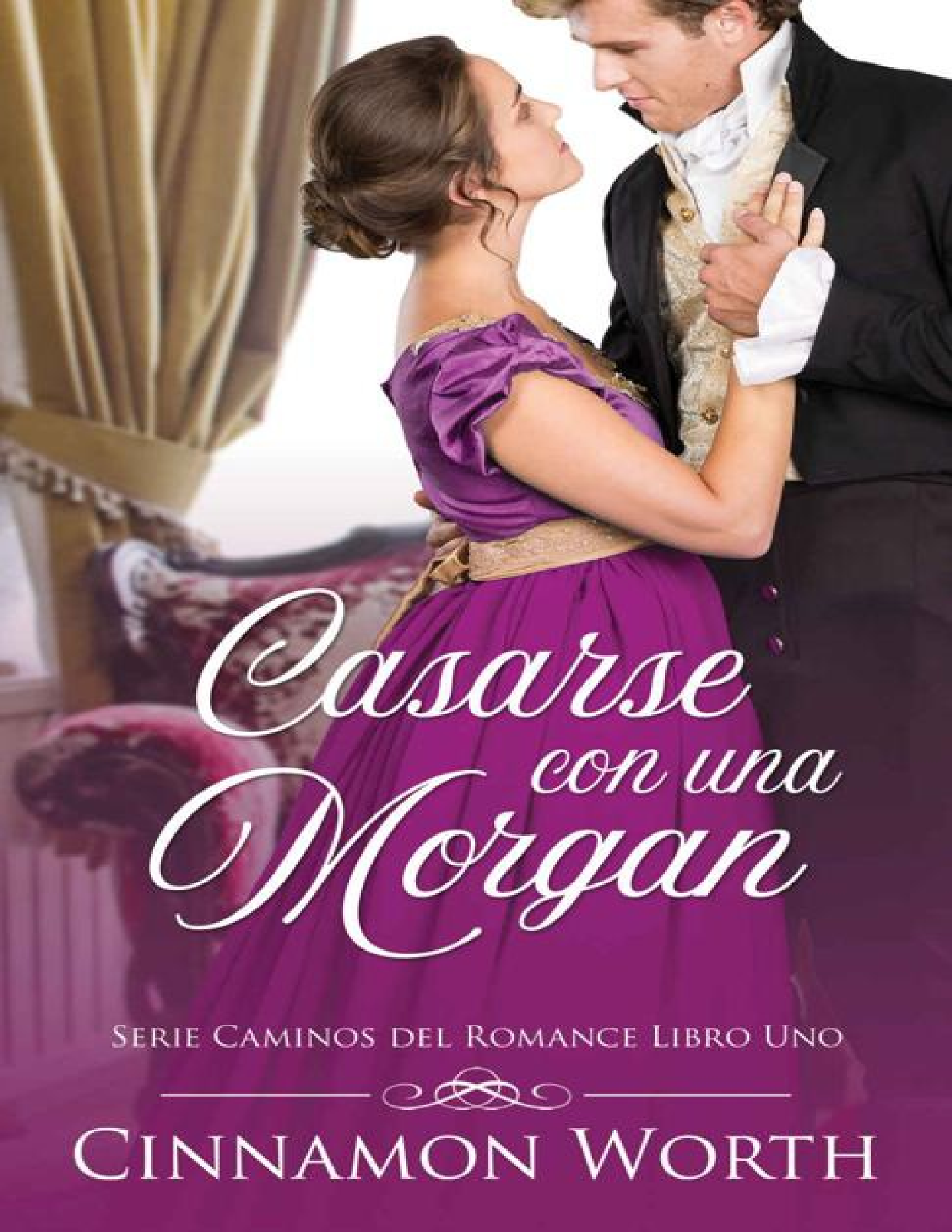


Casarse con una Morgan

Serie Caminos del Romance Libro Uno

Cinnamon Worth

Casarse con una Morgan

(Serie Caminos del Romance Libro Uno)

Por

Cinnamon Worth

Derechos de Autor

Derechos de Autor de Casarse con una Morgan 2019 por Cinnamon Worth. Todos los Derechos Reservados.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin la autorización por escrito de la autora. La única excepción la constituyen los reseñadores, que pueden citar breves extractos en sus reseñas.
Portada diseñada por Blue Water Books

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es pura coincidencia.

C.T. Worth
Facebook
Mailing List

Impreso originalmente: Mayo 2019

Dedicado a mis maravillosos lectores. Gracias por todo su apoyo y comentarios.

Contenido

Casarse con una Morgan
Derechos de Autor
Dedicatoria
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Extracto de El Duque y La Doncella
Capítulo 1
Notas de la Autora
Acerca de la Autora

Capítulo Uno

Phillip Heartford se adentró en el vestíbulo principal del club de caballeros y echó un vistazo al comedor. Considerando la exclusividad del club, había un número sorprendente de clientes. El aroma celestial del tocino frito y la ternera asada llenó la sala, revelando la verdadera razón de la multitud. El menú de hoy incluía sopa blanca. Su atención se desvió hacia la mesa que consideraba casi como un segundo hogar. Sus ojos se iluminaron de placer y envió a su amigo Fitz Atherton una sonrisa deslumbrante. Fue recompensado con un gesto que le invitaba a pasar.

«Heartford», le saludó Fitz antes de volver a llenar su vaso. «He escuchado el rumor de que estás a punto de heredar los bienes de tu familia».

Phillip, quien no esperaba que semejante noticia fuera ya de dominio público, se vio sorprendido por el saludo. Una mueca atravesó su cuidadosamente construida fachada. Afortunadamente, Fitz, ocupado en servir su bebida, no se había percatado del desliz.

Levantando la vista de su tarea, Fitz lanzó una mirada inquisitiva a Phillip. Señalando un bulto negro en las manos de Phillip, dijo: «Parece que te has olvidado de comprobar tu abrigo».

Acomodándose en su silla, Phillip se encogió de hombros como si fuera muy habitual llevar el abrigo a la mesa. «Supongo que sí», dijo. Colocó el abrigo hecho un ovillo sobre su regazo. «¿Crees que podría pedir un vaso de leche?».

Fitz le miró como si hubiera perdido la cabeza. Tomando una jarra, miró con ternura el líquido de color ámbar. «¿Tienes idea de lo bien añejado que está este bourbon? Es una obra maestra».

«Entonces tomaré también una copa de eso».

«No creo que el bourbon y la leche liguen bien», explicó Fitz. Sus ojos se desviaron hacia el regazo de Phillip. Se inclinó hacia él y le dijo: «No quiero alarmarte, Heartford, pero tu abrigo se está moviendo».

Un rápido vistazo a la sala reveló que los demás clientes estaban absortos en sus propias conversaciones, y el único miembro del personal que había en la sala estaba ocupado apilando platos sucios en una gran bandeja. Phillip retiró el borde de su abrigo, mostrando un gatito dormido. «Es callejera».

«Bueno, pon el abrigo y su contenido en el suelo entre nosotros. Se notará menos».

Suavemente, Phillip bajó su abrigo, con cuidado de no perturbar el sueño del felino.

Casi tan pronto como se había enderezado de nuevo, se dio cuenta de que Caleb James se acercaba. Caleb se movía con tanta gracia que prácticamente se deslizaba por la habitación. En más de una ocasión, Phillip había sido sorprendido por su sigilosa aproximación. Inmediatamente se puso de pie y volvió a esbozar una sonrisa radiante. «¡Caleb! Qué agradable sorpresa». Con un gesto de la mano, indicó al señor James que se uniera a ellos, y luego se dirigió a un bufé cercano, dando a Caleb una palmada amistosa en el brazo al pasar. Cuando regresó, traía un tercer vaso. Caleb permaneció de pie, así que Phillip le acercó una silla. «Siéntate», dijo para asegurarse de que no había confusión.

«Heartford, eres tan hospitalario que te comerán vivo cuando tu carrera despegue», dijo Fitz en tono jocoso.

«Ser amable no cuesta nada». Al notar que Caleb permanecía de pie, Phillip añadió: «Es Bourbon... y bien añejado».

Caleb miró la silla. Un destello de pesar recorrió sus facciones. «Me temo que hoy no.

Sólo he venido a buscarlos a los dos».

«Ven», dijo Fitz en tono persuasivo e invitador. «Si Caleb James, está buscando activamente a alguien que no sea la señorita Walker, debe ser importante. Debemos saber más. Y nuestro amigo aquí», agarró a Phillip por el hombro, »está a punto de encargarse de la finca familiar. Estoy seguro de que podemos encontrar alguna diversión en asustarlo acerca de todas sus responsabilidades pendientes «.

«Mientras me deleito torturando a Phillip, en realidad tengo la misión de entregar esto». Caleb metió la mano en el bolsillo interior de su pecho y sacó dos objetos. Entregó uno a cada uno de los caballeros. Los papeles doblados no daban ninguna pista sobre el contenido, pero el sello incrustado en el lacre sólo podía significar que se trataba de invitaciones para la fiesta anual de los Everly en el jardín. «Espero que puedan venir», dijo. Phillip sabía que lo había dicho sólo como una formalidad. Era una conclusión inevitable que cualquiera que recibiera una invitación así asistiría.

Aunque la fiesta anual de los Everly solía celebrarse en Kent, el acontecimiento siempre había sido la comidilla de la ciudad. Todos los que eran alguien abandonaban la bulliciosa ciudad de Londres en plena temporada, si tenían la suerte de conseguir una invitación, claro. La distancia a la finca de los Everly significaba una semana fuera de Londres en plena temporada. Pero teniendo en cuenta el prestigio de los invitados y la suntuosidad de la finca, esos pequeños inconvenientes carecían de importancia. Aun así, a lo largo de los años había habido invitados que, por ignorancia o arrogancia, se habían sentido obligados a sugerir a la Señora Everly que considerara la posibilidad de celebrar el evento en verano. La Señora Everly sonreía y les agradecía sus sugerencias. Al año siguiente, los nombres de estas personas serían borrados de la lista de invitados. Porque estaba perfectamente claro que lo que hacía de su evento lo que era eran las gráciles mariposas que revoloteaban, el embriagador aroma de las flores, los brillantes estallidos de colores de los capullos y las flores, y la promesa de un nuevo amor que siempre acompañaba a la primavera.

Fitz levantó su invitación como si fuera de oro y se la guardó cuidadosamente en el bolsillo. Phillip dejó caer la suya sobre la mesa.

«¿No puedes ahorrarte ni una copa?». preguntó Phillip levantando el vaso con una mano y agarrando la jarra con la otra.

«Me temo que no». Caleb se volvió para irse y luego se detuvo. Dio unos pasos hacia Phillip. «¿Eso que tienes a los pies es un gato?», preguntó mirando a una pequeña bola de pelo acurrucada junto a una silla.

«Encontró uno de camino aquí y lo introdujo a escondidas en el club bajo su abrigo», explicó Fitz.

Phillip miró a Fitz. «Lo dices como si tuviera intención de dejarlo aquí», dijo. «Lo dejaré en casa, pero no quería hacerte esperar».

Caleb soltó una risita. «Que no te pillen. La multa es enorme». Enarcó una ceja, señaló la invitación sin abrir que estaba delante de Phillip y preguntó: «Irás, ¿verdad? Casi había olvidado tu desprecio por seguir el camino obvio». Era una mezcla entre una exigencia y una pregunta.

«Me lo pensaré», dijo Phillip antes de soltar la copa destinada a Caleb y rellenar la suya.

Caleb sacudió la cabeza con aparente incredulidad. «Si no asistes este año, no puedo asegurar que pueda seguir convenciendo a mi tía para que te invite».

«¿Ayudará si envío flores para disculparme?». preguntó Phillip mientras colocaba el tapón en el decantador.

«Ayudará si haces acto de presencia», espetó Caleb antes de marcharse.

Fitz se reclinó en la silla para estirar las piernas. Frunció el ceño mientras estudiaba a Phillip. «¿ De qué iba eso?», preguntó.

«¿Hmmm? preguntó Phillip, claramente confuso.

«¿Cómo pudiste rechazar esa invitación? ¿Y por qué tendrías que pensar en asistir?». Fitz dio un sorbo a su bebida. «Estoy de acuerdo en que la fiesta en sí es la esencia misma del aburrimiento, pero con tus aspiraciones políticas, sabes tan bien como yo que no puedes dejar pasar una oportunidad así». Bajó la voz. «Siempre puedes hacer como yo y aprovechar los días previos a la fiesta para reunirte con quien debas reunirte y encantar a quien debas encantar antes de huir a las colinas para evitar la invasión de los mercenarios».

«No es la fiesta en sí lo que estaba evitando», dijo Phillip en voz baja. «Marymoor está a sólo ocho kilómetros de Brighton Manor».

Fitz dejó su vaso y se inclinó hacia Phillip. «¿Su casa? Debería ser una razón más para visitarla». Fitz sacudió la cabeza. «No puedo imaginar el estado en que debe estar. Y, si vas a heredar pronto, querrás empezar enseguida a ponerla en orden». Tomó un sorbo antes de continuar: «¿Cuándo fue la última vez que la visitaste?».

«Hace cinco años», respondió Phillip. Clavó la mirada en el fuego, componiendo sus rasgos para presentar un rostro inexpresivo.

«Oh.» Se pronunció la palabra de la misma manera que si Fitz hubiera entrado en una tienda a la que estaban robando. Y tal como lo haría en ese hipotético escenario, Fitz retrocedió lentamente.

Fitz, empero, no poseía la gracia inherente a Caleb. Su movimiento llamó la atención de Phillip. Phillip se apartó del fuego, sustituyendo la mirada distante y desolada que había estado llevando por la expresión amistosa y relajada que había puesto antes de mencionar Marymoor. «Pero tienes razón sobre los mercenarios. He oído algunas historias sobre lo lejos que llegan para asegurarse un matrimonio de desamor. Tal vez debería ir. Podría observar y aprender una lección o dos».

«No funciona, amigo mío. Por más que conozcas sus trucos, intentarán atraparte».

«No pretendo evitarlos», explicó Phillip. «Espero unirme a ellos».

«¿Tú? ¿Un mercenario? Imposible», proclamó Fitz. «Si tu familia tuviera dificultades económicas, me habría enterado». El padre de Fitz era, en efecto, un hombre poderoso. La mitad de las deudas de la ciudad se debían al duque de Hastingridge.

Phillip agitó la mano como si quisiera desechar tan ridícula idea. «Oh, no. No tenemos problemas en ese frente». Dio un sorbo a su bebida. «Además, si me vendo, no será por dinero».

Acariciándose la barbilla, Fitz preguntó: «¿Entonces buscas una mujer de familia noble? No pensaba que fueses de esa clase».

Phillip negó con la cabeza. "No. Ya dispongo de suficiente acceso a aquellos que deseo conocer. El linaje de mi mujer no tiene importancia para mí".

"Tienes contactos y no necesitas dinero, así que, ¿qué estás tramando?".

"He estado posponiendo el pago de un favor", explicó Phillip. Su máscara se resbaló ligeramente. A pesar de su mejor esfuerzo, un poco de emoción ahogó su voz. "Pero ha llegado el momento de casarme, así que supongo que debo volver. Es hora de que pague mi deuda".

Fitz negó con la cabeza. "Ya es suficientemente malo que te obliguen a renunciar a tu libertad".

Se hizo el silencio en la mesa, ambos absortos en sus propios pensamientos. Fitz comenzó a dar golpecitos con el pie y Phillip no apartó la mirada de las llamas de la chimenea.

Al cabo de un momento, la mano de Fitz golpeó la mesa, llamando la atención de Phillip.

"Conozco a un sorprendente número de solteros elegibles que pueden ocupar tu lugar y que estarían encantados de pagarme con un favor tan sencillo. Déjame hablar con el hombre al que se lo debes".

"No puedes", respondió Phillip. "Mi hermano está muerto". Miró su vaso y exhaló un suspiro. "No puedo traerle de vuelta, pero puedo vivir la vida que él debería haber tenido".

"¿Tu hermano estaba prometido?" preguntó Fitz.

Una risa amarga escapó de los labios de Phillip. "No, no lo era. Pero no tengo intención de casarme con la mujer que él me habría pedido. Julia le pertenece, y si hubiera vivido, probablemente sería mi hermana. No soy tan deshonroso como para intentar robarle su amor, pero..." Cerró los ojos y sus hombros se hundieron. "Johnathan habría querido que hiciera todo lo que estuviera a mi alcance para protegerla, y eso se lograría más fácilmente si me casara con su hermana".

Fitz reflexionó sobre la idea. "¿Es atractiva?", preguntó.

"¿La hermana?"

Phillip asintió. "La última vez que la vi tenía cara de ángel".

"Bueno, entonces, no puede ser tan terrible".

Phillip tuvo que morderse la lengua para no decir nada más que pudiera dañar la reputación de su futura esposa.

Capítulo Dos

“Allison, gracias a Dios que te he encontrado". Aunque no las separaban más que unos metros, Julia se apresuró a subir los escalones restantes. Su corazón se aceleró y estaba ansiosa por estar al alcance de la mano de su hermana. Sabía que estaba cometiendo una tontería. Que Allison hubiera sido difícil de localizar no significaba que fuera a desaparecer ahora que la habían encontrado.

Sin decir palabra, Allison se volvió. Se levantó con la taza de té en una mano y el plato en la otra. Se llevó el líquido a los labios y bebió un sorbo. Sus grandes ojos azules permanecían visibles sobre el borde de la taza mientras observaba a Julia.

"Llevo casi veinte minutos buscándote. ¿Dónde has estado? te encuentras mal?".

Inclinando la taza hacia arriba, los perfectos labios rojos de Allison formaron una mueca. "Estoy bien. He estado aquí. ¿Por qué te preocupas?"

"Es que no te había visto, y nunca se sabe", murmuró Julia. Se sintió tonta por expresar sus preocupaciones en voz alta. Desde luego, Allison no corría ningún peligro, pero se sabía que estaba enfadada. Julia era la más joven de las dos, pero se sentía muy protectora y maternal con Allison. "No conozco a nadie aquí", continuó Julia, con la esperanza de cambiar de tema. Cuando su ansiedad se disipó, su fatiga se hizo notar. Sus hombros cayeron y pudo escuchar a su madre recordándole que dejara de encorvarse. Notó el silencioso rugido de su estómago. "¿Cómo es que estamos a sólo cinco kilómetros de nuestra casa y, sin embargo, completamente rodeadas de extraños?".

" Pensaba que ese era el atractivo de las fiestas de los Everly", dijo Allison. Cuidadosamente puso su taza de nuevo en su delicado platillo.

"Tal vez. Julia se giró ligeramente, mirando por encima del hombro y observando a la multitud. "En las circunstancias adecuadas, estaría de acuerdo. Pero si estás en una sala llena de desconocidos, sin un alma que te presente, ¿qué sentido tiene?".

La pareja se encontraba en la terraza que daba a los jardines. Los jardines, diseñados por el famoso paisajista André La Norre, no tenían nada que envidiar a los de Europa. Decenas de personas estaban en las barandillas que ofrecían las mejores vistas de esta obra maestra. Entre los topiarios, perfectamente esculpidos, había hombres y mujeres elegantemente ataviados que jugaban, tomaban un refresco o charlaban tranquilamente. El aroma a jazmín, gardenias y rosas llenaba el aire, y el cielo azul despejado proporcionaba a los invitados abundante luz solar.

Allison respondió secamente: "No estamos en una habitación".

"Bueno, no, pero el concepto sigue siendo el mismo", dijo Julia. Una pizca de molestia se deslizó en su tono, y ella interiormente se retorció de consternación. Su mirada se desplazó mientras miraba a su hermana de frente. Detrás de Allison, a varios metros de distancia, había una mesa cubierta de lino color crema con bordes de encaje. Platos de plata y bandejas escalonadas se agolpaban en la superficie. Cada bandeja contenía una nueva delicia, pasteles de todas las variedades, galletas rociadas con chocolate y nata, fresas y bombones. La expresión de Julia se convirtió en una expresión de anhelo.

Allison miró por encima de su hombro antes de que sus ojos se centraran en Julia. "Ni se te ocurra", espetó. "Ya sabes lo que papá diría".

Poniendo los ojos en blanco, Julia murmuró: "Un caballero puede pasar por alto el color del pelo de una dama si está engastado en un bonito peinado, y las imperfecciones de la tez

pueden pasar desapercibidas tras los tonos adecuados de la tela, pero ninguna costurera puede ocultar la figura que lleva una mujer."

"Así es. Ahora, esos caprichos pueden parecer tentadores, pero no pueden valer el riesgo de convertirse en una solterona."

"No, supongo que no". La voz de Julia traicionó sus sentimientos contradictorios al respecto. *Si tan sólo hiciera falta eso para evitar semejante destino. Y ya que estoy destinada a morir sola, ¿por qué no puedo disfrutar de un solo postre?* Julia no pudo contar el número de baberos que había bordado mientras escuchaba a las amigas de su madre hablar del último y adorable bebé que se había unido a su pequeña comunidad. Oyéndolas hablar, cualquiera diría que todos los bebés son atractivos. Julia sabía que las comadronas no estarían de acuerdo. Algunos niños simplemente nacían para ser... diferentes, y ella era uno de ellos. Pero todas las buenas historias requerían una doncella hermosa y una bruja deforme, y ella era la persona perfecta para hacer el papel de Allison. Con su cabello dorado y sus ojos devastadoramente espectaculares, Allison no necesitaba ayuda para asumir su papel de heroína. Pero era su esbelta figura lo que Julia más envidiaba. Se le escapó un suspiro. Su hermana nunca entendería los retos a los que se enfrentaba en tales asuntos, pues estaba claro que Allison no podía engordar. "Ni siquiera sé por qué papá sigue guardando sus elucubraciones. Nunca son ni concisas ni entretenidas", añadió.

"Es cierto. No es Richard Saunders", admitió su hermana. Allison observó la taza vacía que tenía en la mano, y las dos se dieron la vuelta y caminaron en tándem hacia una mesa más pequeña atestada de platos sucios. Una vez que llegaron, Allison añadió su plato a la pequeña pila de platos similares. Junto a esta pila había una pila de cuatro tazas de té, anidadas cuidadosamente para crear una torre tambaleante. Con mano firme, Allison equilibró su taza en lo alto. Era un testimonio de su gracia el hecho de que no sólo hubiera colocado con éxito su taza en su sitio, sino que lo hubiera hecho parecer tan fácil.

Julia se alejó rápidamente y le hizo señas a su hermana para que la siguiera. *Incluso mirar* la torre inclinada la ponía nerviosa. Estaba segura de que exhalaría o haría algún movimiento brusco cerca de la mesa y lograría generar suficiente viento para inclinar la balanza, enviando a todas las pobres tacitas a su destrucción.

"Julia", dijo Allison mientras alargaba el paso. Si estaba intentando alcanzarla, sus esfuerzos fueron inútiles. Con la respiración entrecortada, gritó: "¿Crees que soy un caballo? Ve más despacio".

Una vez que estuvo lo suficientemente lejos de la mesa de platos como para saber que no podría ser considerada responsable si algo salía mal, Julia se detuvo.

Uniéndose a ella, Allison se puso las manos en la cintura y se inclinó hacia delante tragando aire con avidez. Después de unos momentos, se enderezó y dijo: "Dios mío. A esa velocidad casi llegué a pensar que habías visto al tío Edward".

"Lo siento", dijo Julia mientras extendía la mano y la colocaba sobre la manga de su hermana. "No quería cansarte". Sus ojos volvieron a la mesa cargada de comida. ¿Me estoy imaginando que me siento mareada? "Si la costurera se ha quedado sin toda la tela que podría ayudar con la complexión de una niña, ¿crees que habría algún daño en darle de comer?".

Allison se enderezó. "Dime que no sigues pensando en irte a rastras y vivir en algún tugurio... sola".

"Nunca he dicho tugurio", protestó Julia. "Y no es que no quiera casarme, si el hombre adecuado me lo pide. Es sólo que soy práctica, y debes admitir que hasta ahora no he atraído a nadie".

"Nos vamos a Londres el viernes. Allí no te faltarán pretendientes. Te lo aseguro".

Los ojos de Julia se abrieron de par en par mientras enfocaba un punto distante sobre el hombro de Allison. Allison se volvió y gimió. Un hombre bien vestido de mediana edad las saludaba mientras caminaba hacia la terraza.

"Hmmm". Allison se volvió para mirar a Julia. Sonrió con ironía. "Esperaba localizar a alguien que pudiera proporcionarle presentaciones. Y con las conexiones de nuestro tío, podrías encontrar un pretendiente antes de lo que había pensado".

Un escalofrío le recorrió la espalda a Julia. Se acercó y agarró los brazos de su hermana. "Allison", dijo mientras le apretaba las manos, "te lo imploro. No me envíes con el tío Edward".

Allison ladeó la cabeza y sonrió. "Conoce a todo el mundo aquí, y realmente no es tan malo".

"Normalmente no", convino Julia, "pero ambas sabemos por qué viene a la mansión Brighton. Para poder contar a quien quiera escucharle la historia de su valentía al rescatar a aquella mujer. He oído la historia más veces de las que puedo contar. Creo que me volveré loca si tengo que soportar oírla una vez más".

"Qué poco caritativa eres", le reprochó Allison. "¿Cómo puedes envidiar a nuestro amable y solitario tío por querer compartir historias de su juventud?".

Antes de que pudiera responder, la estruendosa voz de su tío llamó: "¡Allison! Julia".

Julia se obligó a sonreír. Luego miró a Allison y notó una expresión que pensó que probablemente reflejaba la suya. "Vaya, si son mis dos sobrinas favoritas", saludó el tío Edward. Se rió y se quitó el sombrero. "Una fiesta preciosa, ¿verdad? Estaba recordando cómo hoy se parece tanto a un día de hace muchos años..."

Cuando dejó de hablar bruscamente, las hermanas se miraron unas a otras, buscando respuestas para explicar aquel repentino cambio.

"¿Señor Morgan?"

Julia giró la cabeza y allí, de pie un palmo detrás de ella, había un hombre joven. Le resultaba vagamente familiar, pero si se hubieran conocido antes, estaba segura de que lo habría recordado.

" Me disculpo por interrumpir, pero cuando la vi, no pude contenerme", dijo el caballero. Su rostro parecía irradiar admiración. "Usted es toda una leyenda. ¿Por qué, no fue aquí, en estos mismos terrenos, donde rescató a una joven?".

Al tío Edward se le hinchó el pecho y sus labios esbozaron una sonrisa de satisfacción: "Qué extraordinario. Estaba a punto de contarles esa misma historia a mis sobrinas".

El joven se quedó con la boca abierta. "Seguramente, ellas ya deben conocer la extraordinaria valentía y osadía que usted demostró. Yo ni siquiera había nacido cuando ocurrió el suceso, pero escuché hablar de él por primera vez dos pueblos más allá".

"Sí", añadió Julia rápidamente, "recuerdo la historia. De hecho, muy vívidamente".

"Ah." Edward asintió y se volvió hacia Allison.

Ella estaba mirando fijamente al joven caballero y se sobresaltó tanto cuando su nombre fue pronunciado un momento después, que prácticamente saltó.

"Allison", dijo Edward, sacándola de su ensoñación, "la última vez que estuvimos aquí, recuerdo que le mostré a Julia el lugar donde tuvo lugar el incidente. En aquel momento, te dolía la cabeza y no pudiste acompañarnos. ¿Quieres que te lo muestre ahora?".

Los ojos de Allison se desviaron hacia el hombre más joven. Julia estaba segura de haber visto algo casi siniestro en la expresión de su hermana. Allison se volvió para mirar directamente a su tío. Cuando habló, su voz tenía toda la dulzura de un pastel. "Sí, por supuesto, tío. Tal vez tu

admirador quiera acompañarnos". Allison miró por encima del hombro al hombre en cuestión y sonrió lo suficiente como para que aparecieran sus hoyuelos. Julia no pudo evitar notar que también movía las pestañas.

Otros dos pares de ojos giraron y ahora miraban fijamente al hombre que aún no se había presentado.

No fue hasta ese momento cuando Julia pudo mirarlo bien. Era muy guapo, pero entonces hizo algo que lo hizo extraordinario. Devolvió la sonrisa de Allison con otra suya. A Julia se le aceleró el corazón. Aquella sonrisa podía ser mortal. Aquella sonrisa le resultaba familiar.

"Me temo que la rodilla me está dando problemas", dijo. Su voz era grave y aterciopelada, como Julia no había notado hasta ahora. "Pero nunca se me ocurriría impedir que la señorita Morgan viviera una aventura tan emocionante. Poder oír hablar de la emoción y estar en el mismo lugar en que ocurrió... será como si hubiera estado allí el día exacto en que ocurrió. Pero -se volvió hacia Julia antes de continuar-, ya que ha tenido el privilegio de ver el lugar una vez, ¿podría ayudarme, señorita Julia, a elegir algunos pasteles de la mesa? Con mi herida, me temo que he perdido el uso de una mano.

Los tres miraron hacia abajo y descubrieron que el hombre llevaba un bastón.

Los ojos de Julia volvieron a su rostro. "Si mi tío no se opone, estaría más que dispuesta a ayudarle, señor".

Antes de que Edward pudiera hablar, el desconocido dijo: "¿Cómo podría oponerse, señorita Julia? Conozco a su tío desde que yo estaba en pañales. Seguro que no podría negarle a un viejo amigo lisiado su compañía durante un rato".

Claramente nervioso, el rostro del tío Edward enrojeció y sus mejillas se inflaron. El desconocido enarcó una ceja, como desafiándole a negar su larga asociación. Al cabo de un minuto, Edward recuperó la compostura y asintió. "No, claro que no. Julia, quédate aquí".

Enseguida, Julia se paró junto a aquel apuesto desconocido, observando las formas en retirada de su tío y su hermana. Allison miró una vez por encima del hombro, con el ceño fruncido. A continuación, el hombre que estaba junto a Julia soltó una carcajada.

"Tu hermana siempre ha mantenido la filosofía de que debes hacer lo que ella dice, pero no lo que ella hace. No me cabe la menor duda de que si yo no hubiera intervenido, serías tú sola la que iría a escuchar ese viejo y cansino cuento, igual que en tu última visita, mientras ella se quedaba aquí comiendo otro bombón." Bajó la mirada hacia el rostro de Julia y lo estudió durante un minuto. "No te acuerdas de mí más que tu tío, ¿verdad?". La pregunta fue formulada en tono juguetón y divertido.

De repente, la voz le resultó muy familiar. El hombre que se les había acercado primero había estado serio, pero cuanto más juguetón se comportaba, más segura estaba Julia de que lo conocía, y muy bien. Se resistía a admitir que no podía darle un nombre, así que esperaba que su pregunta hubiera sido retórica. El creciente silencio le dijo que no. Iba a obligarla a admitirlo. Le ardían las mejillas.

"Te diré una cosa", dijo con un brillo de picardía en los ojos. "Jugaremos a un juego hasta que puedas decirme quién soy".

"No digo que no sepa quién es usted, señor". dijo Julia con cuidado. Levantó la barbilla con la esperanza de que aquel pequeño acto de desafío pudiera convencerle de que no le había olvidado, sino que simplemente había decidido no reconocer su relación. "Pero me gustan mucho los juegos y necesito distraerme".

"Como siempre", dijo él con calidez. "Esa fue tu primera pista. Ahora las reglas son sencillas. Yo te doy una pista y tú la respondes. Si no aciertas, debes probar uno de esos

deliciosos dulces de la mesa. Puedes tomar bocados minúsculos si es necesario, pero un bocado es obligatorio. Sólo entonces, te daré otra pista".

Qué inusitada recompensa. A Julia se le hizo la boca agua al pensar en comer uno de los postres, pero sabía que no debía hacerlo. Sus vestidos para Londres ya estaban hechos y no podía arriesgarse a que le quedaran pequeños. "¿Y cuál será mi recompensa si acierto?", preguntó.

"Si aciertas, responderé a una pregunta de tu elección".

"Si hubiera tomado un desayuno más copioso, te identificaría en este mismo momento, porque por supuesto sé quién eres, pero soy capaz de sobrevivir a un pequeño bocado del parfait, así que supondré que eres el Primer Ministro".

Ella aceptó su brazo y caminaron hacia la mesa. "No soy el Primer Ministro, como sospecho que sabes, pero me impresiona que hayas oído usar el término".

Llegaron a la mesa, y los ojos de Julia se abrieron de par en par al ver la variedad de opciones.

"Si busca un parfait, recomiendo este de aquí. Es delicioso".

"¿Qué te hizo venir a rescatarme de mi tío?". preguntó Julia.

"Sólo responderé a tus preguntas cuando digas mi nombre".

Julia cogió un pequeño cuenco de cristal y una cuchara de la mesa y probó un bocado del postre. Cerró los ojos cuando la dulzura tocó su lengua. Tragó saliva. "Creo que se me debe otra pista", dijo.

"Primero, debes decirme si estás de acuerdo con mi valoración de ese postre".

Ella asintió. "Está buenísimo".

" Personalmente estoy familiarizado con el término Primer Ministro porque he pasado mucho tiempo visitando el Parlamento en los dos últimos años. Pronto se espera que asuma un papel en el Gobierno".

Julia estudió al hombre. Quizá le resultaba familiar porque había visto un retrato suyo en las hojas de prensa de su padre, pero no se le ocurría ninguna razón por la que una persona así pudiera saber quién era ella. "Sé perfectamente quién es usted, pero como este postre me está gustando tanto, me limitaré a tomar otro bocado".

Se rió entre dientes. "Me alegra oírlo. Le confesaré. Escuché a Allison intentando evitar que probaras uno de estos después de haberla visto comerse no menos de cuatro bombones. Estaba siendo cruel".

"Nada bueno de sí mismo escucha un oyente. Habla del diablo y aparecerá".

El hombre asintió. "Bueno, Julia, me consideraré afortunado entonces, porque no fui el tema de tu conversación con tu hermana".

"¿Qué le autoriza a llamarnos a mí y a mi hermana por nuestros nombres de pila?".

"¿Bajo qué circunstancias crees que podría formar tal hábito?"

"Sólo puedo suponer que nos conociste cuando éramos niñas".

Asintió con la cabeza. "Y esa es su siguiente pista".

Julia frunció el ceño, concentrada. Se centró en el cuenco de cristal, tomando con cuidado otra cucharada. Levantó la cabeza y observó las facciones del hombre. Tras una fuerte bocanada de aire, se llevó la mano a la boca. Su entorno se volvió borroso y se mareó. "¿Phillip?", susurró.

Capítulo Tres

“Julia?” Una de las manos de Phillip la sujetaba firmemente por el codo y la otra estaba bien sujeta a su cintura. "¿Te encuentras indispuesta?"

Podía oír las palabras, pero eran distantes, como si estuviera en un sueño. Un sueño maravilloso y feliz. Había un olor celestial a almizcle mezclado con sándalo. No estaba segura de qué era exactamente, pero sabía que olía a hombre. La cama cálida y fuerte que la sostenía parecía hecha a medida para su cuerpo.

"¿Tienes sales aromáticas?", continuó.

¿Sales aromáticas? Su mente procesó la pregunta. *¿Quién era el que hablaba?* El sueño empezó a disiparse y su mente se inundó con los recuerdos de los últimos diez minutos. Desde luego, cree que me voy a desmayar. Respiró hondo y se concentró hasta que el mundo volvió a enfocarse. No era ninguna tonta y no le daría motivos para sospechar lo contrario. Cuando los jardines dejaron de girar y se estabilizó sobre sus pies, se dio cuenta de sus manos y del calor que emanaban de ellas. Instintivamente, se apartó y las manos de él cayeron a sus costados. Ella le miró y abrió la boca para hablar. Se formaron palabras de reproche, pero antes de que salieran de su boca, le miró a la cara. No pudo evitar notar que sus ojos estaban llenos de preocupación y confusión. ¿Cómo no le reconoció? Realmente no había cambiado mucho. "Te pido disculpas. Tu rodilla", dijo señalando su pierna. "No debería esperar que me apoyara cuando usted mismo necesita apoyo".

Phillip enarcó una ceja y se miró la pierna. "Ah, sí", dijo antes de que se le escapara una pequeña carcajada. "Confío en que mantendrá la confidencialidad, pero en realidad no tengo ninguna lesión. El bastón es sólo un accesorio. Vi la oportunidad de darle un buen uso permitiendo que nos proporcionara una razón para excusarnos de la compañía de tu tío". Se acercó y recogió el bastón que había apoyado contra el borde de la mesa.

"¿Cuándo lo dejaste?" preguntó Julia.

"Justo antes de que intentara estabilizarte. Creo que perdiste el conocimiento temporalmente". Recogió de la mesa la chuchería de Julia y se la entregó. "También te quité esto. Parecía que se te iba a caer".

Ella tomó el cuenco y lo examinó. Ya no tenía hambre.

"Quiero verte terminar eso, Julia", dijo Phillip en tono severo. "Sospecho que sólo has desayunado poco y por eso estás tan pálida y mareada".

Podía oír las palabras de su padre. Una imagen del retrato que colgaba en el vestíbulo pasó por su mente: una hija perfecta y ella. Los músculos de su cara se tensaron e ignoró el plato que tenía en la mano.

Phillip sonrió. "¿Recuerdas el día que construimos el fuerte detrás de los campos?".

Julia sí lo recordaba. Había corrido con los chicos de Heartford hacia el bosque. Allison no estaba a la vista porque consideraba indigno correr. Las altas espigas de cereal ocultaban el camino de tierra. Se había sentido muy emocionada. Por primera vez, no podía imaginar que su padre pudiera encontrarla. Era libre.

"Había intentado convencerte de que subieras al árbol y me ayudaras a buscar el lugar ideal, pero te negaste. Aún recuerdo, todos estos años después, que tenías exactamente la misma expresión". Con suavidad, empujó su mano y su contenido hacia ella. "No me importa si tienes hambre. Necesitas comer algo, y esto está disponible". Le dirigió una mirada que le hizo sentir como si una cálida manta acabara de envolver sus hombros. Con una voz que la hizo sentirse

segura, le dijo: "Está mal que tu padre y tu hermana te hagan sentir que debes pasar hambre".

Los ojos de Julia se abrieron de par en par mientras su mente repasaba la conversación que había escuchado íntegramente. Una cosa era que su padre insinuara que su figura estaba llena, pero otra muy distinta era que él escuchara esa crítica. *"No debería escuchar conversaciones ajenas, señor Heartford"*. La calidez la inundó. *Debería haber seguido el consejo de Allison y no hablar tan abiertamente estando acompañada*.

"Sí. Creo que me diste el mismo consejo no hace ni cinco minutos. Pero", dijo con una sonrisa pícara, "¿de qué otra forma habría sabido que Allison deseaba complacer a su tío mientras que usted no?" Su sonrisa desmintió sus palabras.

La felicidad de la que había estado disfrutando dio paso a la incomodidad provocada por la exposición y la humillación. Se agarró los codos con las manos. "No necesito su compasión, Señor Heartford".

" Bien, Julia. ¿Dije que me dabas lástima?"

Realmente no había necesidad. Todo el mundo me compadece. "Y eso es otra cosa", dijo ella levantando la barbilla y mirándole por debajo de la nariz, "han pasado más de cinco años desde la última vez que le vimos, señor Heartford. No entiendo cómo puede creer que es apropiado seguir refiriéndose a mi hermana y a mí por nuestros nombres de pila."

Se enderezó y carraspeó. "Por supuesto, tiene usted razón. Simplemente estaba tan encantado de descubrir a viejos amigos que caí en un hábito formado en mi juventud. Por favor, discúlpeme".

"Sólo si me dice por qué está aquí".

Nuevamente su postura se relajó. "Ahí está mi amigo... el que negocia duro". Metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó una tabaquera. La abrió y la extendió hacia Julia, ofreciéndole parte de su contenido.

Julia frunció el ceño. "No consumo rapé", dijo secamente.

"No creí que lo hicieras", replicó él. "Estoy intentando dejar de hacerlo. He cambiado el rapé por estos caramelos pequeños y duros que vende un confitero cerca de mi casa en Londres". Su mano se movió hacia delante, acercándole un poco más la caja, pero ella negó con la cabeza.

"Está eludiendo mi pregunta, señor Heartford".

Él suspiró, sacó un caramelo de la caja y devolvió el recipiente a su bolsillo. "La finca ancestral de mi familia linda con su propia casa, señorita Julia. Seguramente, usted no esperaba que yo nunca regresara. Y, como debe saber, si se encuentra cerca de Kent cuando los Everly organizan su fiesta anual en el jardín, le costaría mucho rechazar una invitación".

La respuesta no fue satisfactoria. "Pero, ¿por qué has regresado a tu finca ahora, después de tantos años?", preguntó.

"Creo que las reglas de nuestro juego le permiten hacer una sola pregunta, señorita Julia."

"Yo no hice inicialmente la pregunta que usted respondió. Usted ofreció una explicación por su cuenta para ganar mi perdón".

"Debo acotar; que usted hizo una pregunta antes de eso... algo relacionado con mi bastón. Como mi obligación ha sido cumplida, si desea oír más, debe hacer un trueque. Quiero que termine esa nimiedad, pero ha ignorado descaradamente mi consejo. Responderé a otra pregunta cuando termine de comer".

Julia frunció el ceño mientras levantaba la cuchara. Instantes después, cuando el cuarto bocado entraba en su boca, se acercó a la mesa y dejó el plato vacío. Tragó saliva y se giró para mirar a Phillip. "¿Qué te ha traído aquí después de tantos años?".

Phillip suspiró y se pasó una mano por el pelo. "Siento no haberte avisado cuando me fui.

Podría haberme puesto en contacto con tu padre y haber mantenido nuestra amistad. Pero estaba abrumado por la muerte de Johnathan y todas las responsabilidades que recaían sobre mí. Me dije que arreglaría las cosas entre nosotros cuando volviéramos, pero mis padres no podían quedarse aquí sin que les recordara a él, así que nunca volvimos."

"No te pregunté por qué me apartaste de tu vida, te pedí que me revelaras el motivo de tu regreso".

"Sí". Sus ojos se desviaron y se metió las manos en los bolsillos. "Me han informado de que ha llegado el momento de encontrar esposa. Habiendo frecuentado muchos eventos estas últimas temporadas, he determinado que no me llevo bien con las damas de la alta sociedad. He vuelto a casa para ver si aquí me va mejor".

Julia intentó tragar saliva, pero su boca se había secado. Finalmente, encontró la voz y preguntó: "¿Has salido de Londres para buscar pareja? Aquí no puede haber más de una docena de opciones posibles".

Phillip asintió. Y entonces hizo algo muy extraño. La estudió. Su mirada era tan intensa que ella se sintió como si la hubieran desnudado. "Señorita Morgan, usted y yo siempre hemos estado muy unidos. Hoy he venido a esta fiesta con la esperanza de encontrarla. Rezaba para que tuviéramos la oportunidad de conversar en privado".

Sus ojos se oscurecieron. Eso aumentaba su atractivo, pero algo estaba muy mal. Sus rasgos habían perdido toda animación. Una parte de él se había escondido de repente, dejando tras de sí una sombra del chico que ella recordaba. Julia ya no se preguntaba por qué no lo había conocido al instante.

"Una vez fuimos como hermanos. Siempre he confiado en que mantendrías lo que te he dicho en estricta confidencialidad. ¿Puedo hablarte una vez más de un tema muy delicado?".

Julia no podía hablar, así que asintió con la cabeza.

"He vuelto para pedir la mano de tu hermana en matrimonio".

Julia parpadeó. Su hombro se hundió y expulsó una bocanada de aire. "¿Allison?", balbuceó. Debería haberlo sabido. *Por supuesto, él había vuelto por Allison. ¿No habían venido todos por ella? Si al menos no hubiera sido Phillip*.

Julia sopesó sus palabras. Si hubiera sido sincera, habría dicho que Allison estaba muy enamorada de sí misma, pero Phillip Heartford no sería el primer hombre que se hubiera dejado seducir por la belleza de su hermana. Hace tiempo que Julia había aprendido que nada bueno saldría de decir tales verdades. "Aunque se le han acercado muchos pretendientes, no creo que haya habido ninguno que ella admire. Y -hizo una pausa, sintiendo la culpa de traicionar las humillantes circunstancias de su hermana-, ésta es su tercera temporada."

Dejó escapar un largo suspiro. Una suave sonrisa suavizó cada uno de sus rasgos. "Mi corazón se regocija al pensar que algún día podré llamarte mi hermana, Julia".

Los últimos vestigios de esperanza estaban ahora destruidos. La fantasía de que algún día podría encontrar un hombre al que amar estaba totalmente hecha jirones. Recordaba la acogedora casita que iba a adquirir, su cómoda vida en soledad. Pero estos pensamientos, que la habían ayudado a ignorar las tarjetas de baile vacías y las burlas, no hicieron nada para mitigar este dolor devastador. Y lo que era peor, se sentía impotente bajo su hechizo. Habría hecho cualquier cosa por él en aquel momento. Igual que lo habría hecho por él cinco años antes, cuando no era más que una niña de catorce años. Pensó que había perdido su poder sobre ella cuando se marchó sin decir palabra y actuó como si ella no existiera. Pero también creía que le había roto el corazón. Ahora, al escuchar sus palabras, sabiendo que ella haría todo lo posible para asegurar su felicidad, incluso ayudarle en su búsqueda para ganarse el amor de Allison, comprendió que él

no le había roto el corazón hacía tantos años. Pues si lo había hecho, ¿por qué el sentimiento que tenía ahora era mucho peor que cualquier otra cosa que hubiera experimentado?

"Haré todo lo que pueda para ayudarte", dijo. Con esfuerzo, dibujó una débil sonrisa en sus labios, esperando que disimulara adecuadamente su dolor.

Pero su disimulo era innecesario. Él ya no la miraba. Su mirada estaba fija en la cresta de la colina.

Lentamente, y a regañadientes, Julia siguió su mirada. Allí estaba Allison. Su vestido verde pálido ondeaba detrás de ella mientras subía la colina y flotaba con gracia hacia ellos. Su aspecto era impecable.

"Gracias", se apresuró a decir.

Capítulo Cuatro

La cena en casa de los Morgan era un asunto tranquilo. Se escuchaba el tintineo habitual de los vasos, el sonido de los cubiertos al trabajar y, de vez en cuando, el resonar de una tapa levantada torpemente de un plato. Pero, por lo general, la conversación se reducía al mínimo. Por eso, cuando la señora Morgan hablaba, se convertía en el centro de atención.

"¿Le ha gustado la fiesta del jardín?", preguntó mientras cogía un panecillo de la cesta y hacía un pequeño gesto con la cabeza al criado para informarle de que sus necesidades habían sido satisfechas. La pregunta no había sido dirigida a nadie en particular, lo que aumentaba en gran medida la confusión que rodeaba aquel extraordinario evento. Pero a la señora Morgan no pareció importarle el retraso en recibir una respuesta. Untó su panecillo con mantequilla y esperó pacientemente.

El Señor Morgan dejó su vaso. Uno sólo puede adivinar que se había envalentonado con la pregunta de su esposa, porque se aclaró la garganta y preguntó: "¿Te has encontrado con tu tío Edward, Allison? Ha querido presentarte a unos amigos suyos".

"Sí, tuve el placer de verle y de conocer a sus amigos", dijo Allison.

"¿Y qué te pareció?", le preguntó su padre.

Julia observó el intercambio con interés. Para hacer no una sino dos preguntas, abundaban las especulaciones creadas por un comportamiento tan inusual.

La señora Morgan levantó la vista de su plato y se volvió hacia su marido. "¿Quiere decir que nuestras hijas fueron presentadas al duque de Hastingridge? Si las habladurías son creíbles, su heredero aún no está vinculado. Podría ser una conexión importante".

"Si las habladurías son creíbles, mamá, su heredero no está apegado por muchas razones, ninguna de las cuales lo recomienda para el rol de esposo", dijo Allison rápidamente.

"Bueno, no hay que creer todo lo que se oye", dijo desafiante la señora Morgan. "Por ejemplo, usted ha rechazado tantas ofertas, que ahora hay una falsa coyuntura sobre usted. No puedo imaginar a qué espera, pero si espera mucho más, puede perder toda oportunidad".

El señor Morgan se aclaró la garganta. Llamó al criado que traía el plato de patatas. Mientras se llenaba el plato, se volvió hacia Julia. "¿Y qué hay de ti, amor? ¿Conociste a los amigos de tu tío? Estoy seguro de que un hombre así conocería a muchas jóvenes interesantes. Algunas de las cuales podrían no estar rodeadas de una nube de rumores e insinuaciones".

"Julia se quedó fuera", respondió Allison.

La señora Morgan enarcó ambas cejas. Si Allison había esperado redirigir a su madre hacia otro objetivo, lo había conseguido. "¿Por qué, para qué?"

"En realidad, madre, no creerás con quién nos encontramos en la fiesta", dijo Julia. Podía sentir cómo la sonrisa se apoderaba de su rostro. Dejó la servilleta en su regazo. Podía sentir la emoción intentando estallar en su pecho.

La cara de la señora Morgan se frunció ligeramente como si acabara de comer algo amargo. "A menos que se tratara de un príncipe elegible, no imagino que el encuentro hubiera valido la pena para pasar una presentación tan valiosa".

"Era un viejo amigo", sonrió Julia. "Sin duda, estará de acuerdo en que eso es mejor que incluso un duque".

El señor Morgan resopló y sacudió la cabeza. Volvió a su plato, murmurando: "Al menos uno de ellos tiene algo de sentido común".

"Era el señor Heartford. Por fin ha vuelto para pasar una temporada en Marymoor",

explicó Allison.

"¿Ah, sí?" preguntó la señora Morgan. Una sonrisa se dibujó en su rostro. "Estoy de acuerdo. A veces restablecer viejas amistades es incluso más importante que formar otras nuevas." Un brillo apareció en sus ojos y miró a Julia con una sonrisa triunfal.

Julia casi podía leer los pensamientos de su madre. Desde que había hablado con ella, su madre había asumido erróneamente que ella era el objeto de su interés. El amor de una madre es ciego. Ansiaba explicarle que estaba aquí por Allison, pero no lo haría. Había dicho que le ayudaría y aún no había evaluado los sentimientos de Allison hacia aquel hombre. Ciertamente, sus padres estarían encantados si alguna de sus hijas se casara con un Heartford. *Al menos Allison no los decepcionaría*.

"Ah", dijo su padre levantando ligeramente la cabeza antes de dar un bocado a la comida. El sonido fue suficiente para informarle a Julia que estaba perdonada por su tonto error de juicio, y fue una señal de que este experimento había llegado a su fin. El señor Morgan había hablado; era hora de que reanudaran la comida en la comodidad del silencio.



A la mañana siguiente, Julia estaba sentada junto a la ventana bordando. Su aguja perforó la tela y un largo hilo de seda se deslizó por la abertura que había creado. Cuando el hilo ya estaba bien sujeto, Julia se dio cuenta de que era del color equivocado. Acababa de terminar un capullo de rosa y había pasado a las hojas, pero se había olvidado de cambiar de madeja. Suspiró mientras volvía a sacar el hilo rosa. Estaba frustrada, no por su pequeño error, que era fácil de rectificar, sino porque estaba luchando para resistirse al intento de su mente de guiarla por un camino espinoso que sólo la conduciría a la angustia.

La familia acababa de terminar de desayunar y, a excepción del señor Morgan, se había retirado al salón matinal. En años anteriores, la pequeña habitación estaba abarrotada de visitantes, cada uno de ellos compitiendo por la atención de su hermana. Pero con el tiempo, todos los pozos se secaban. Entre los corazones que Allison había magullado y la indulgencia que sus padres habían mostrado por su inconstancia, ahora incluso las perspectivas de Julia se veían afectadas. Pero a Julia no le importaba. Su deseo de casarse había muerto hacía años y agradecía que Allison no pareciera tener prisa. Hacía las cosas menos solitarias. Aunque la soltería sonaba mucho más atractiva si se llevaba a cabo en pareja, Allison se casaría algún día. Decidió simplemente alegrarse de que no hubiera ocurrido ya.

" Esta mañana le envié una carta a mi hermana Anne", comentó la señora Morgan. "Con los nuevos acontecimientos que están ocurriendo aquí, pensé que Julia debería permanecer aquí un poco más de tiempo".

Allison, que había estado leyendo junto al fuego, dejó su taza de té antes de poner una marca en su libro y cerrarlo. Su mirada se centró en su madre.

El corazón de Julia se sintió más ligero. Temía pasar parte de la temporada en la ciudad. Ya había sido bastante malo asistir a bailes y asambleas locales. Sólo podía imaginarse el ridículo y la vergüenza a la que se enfrentaría apareciendo junto a la *alta sociedad*.

"¿Qué acontecimientos?" preguntó Allison.

"Bueno, el Sr. Heartford ha regresado a Marymoor". La señora Morgan lo dijo como si la respuesta fuera tan obvia, que no podía comprender por qué se había hecho la pregunta. Se volvió hacia su hija menor. "Esperaba evitar Londres, y parece que no es necesario que vaya allí para encontrar a su marido".

Julia estuvo a punto de clavarse la aguja. Levantó la vista de su bordado. "No, mamá. Has entendido mal. El señor Heartford no ha venido a por mí".

Con un gesto de la mano y una sonrisa cómplice, la señora Morgan desestimó la afirmación de su hija. "Tu tío le dijo a tu padre que no lo reconocía y, al parecer, tampoco nadie más. No se mezcló, socializó ni saludó a nadie más que a ti, Julia. Apostaría las perlas de mi madre a que nos llamará esta mañana".

Antes de que Julia pudiera responder, su hermana habló.

"¿Pero no crees que sería mejor permitir a Julia explorar todas sus opciones?". preguntó Allison. "¿No debería al menos asistir a algunos de los eventos de la ciudad?".

"Ella ha jurado en repetidas ocasiones que prefiere no hacerlo. ¿No es así, Julia?"

Todos en la sala se volvieron para mirarla. Julia quería esconderse.

"No deseo explorar ninguna opción, ni aquí ni en Londres", dijo. "El señor Heartford no está interesado en mí, como tampoco lo estarán los hombres de Londres. Todo este proceso es una pérdida de tiempo y dinero. Ojalá pudieras aceptar, mamá, que nadie va a casarse conmigo".

La señora Morgan dejó su taza de té. "Julia, niña, no seas ridícula..."

Antes de que pudiera decir más, el mayordomo entró en la habitación llevando una bandeja de plata. Se acercó a la señora Morgan, que miró la bandeja con una sonrisa. Se intercambiaron una tarjeta de visita y unas palabras suaves antes de que la señora Morgan se volviera hacia sus hijas y dijera: "Parece que esta mañana tendremos un invitado".

Sentada, Julia se acercó al borde de su asiento. Pasó con cuidado la aguja por debajo de varias puntadas para mantenerla en su sitio y dejó el aro sobre la mesa.

La señora Morgan miró a Julia mientras decía: "Nuestro vecino, el señor Heartford, de Marymoor, ha venido a visitarnos. Parece que mis perlas están a salvo".

Las puertas volvieron a abrirse y entró Phillip. Las mujeres se pusieron de pie y, tras los saludos de rigor, la señora Morgan indicó a sus hijas que se reunieran, de modo que los cuatro se sentaron cerca de la chimenea.

"¿Le apetece un poco de té, señor Heartford?" preguntó la señora Morgan.

"No, gracias. Me temo que no puedo quedarme mucho tiempo. Tengo una mañana ocupada". Phillip se quitó los guantes y se los puso sobre el regazo.

Las puertas de la habitación se abrieron, pero ese movimiento no llamó la atención de los presentes. Hasta que el mayordomo no se acercó, la señora Morgan no miró en su dirección. Se inclinó hacia él y le susurró algo antes de retirarse. La señora Morgan se levantó. "Le pido disculpas, Señor Heartford. Parece que me necesitan un momento".

El señor Heartford se levantó de su asiento.

Agitando la mano con desdén, la señora Morgan dijo: "Oh, no es necesario. No tardaré más que un minuto. Allison, ¿puedes entretener a nuestro invitado en mi lugar?"

Allison levantó la vista. "Por supuesto, madre".

Una vez que la señora Morgan salió de la habitación, Julia preguntó: "¿Ha disfrutado de su estancia en casa, señor Heartford?"

"Es maravilloso estar de vuelta, pero como mi ausencia duró tantos años fuera, he caído casi en el olvido". Cruzó las piernas y se reclinó en la silla antes de continuar. "Es una situación que es enteramente de mi propia cosecha, pero que estoy decidido a rectificar. Esta mañana haré

varias llamadas en un esfuerzo por restablecer mis amistades olvidadas hace tiempo."

"No creo que esté tan olvidado como alterado, señor Heartford", intervino Allison. Su voz había perdido la dulzura que solía emplear cuando había caballeros presentes. "Cuando nos encontramos con usted ayer, estaba casi segura de que Julia no le reconocía".

Julia se quedó con la boca abierta y miró fijamente a su hermana.

"¿Pero tú sí?", desafió.

"Al principio no", admitió Allison. "Pero sospecho que fue a propósito".

Phillip sonrió. "Admito que esperaba reintroducirme en nuestra comunidad haciendo visitas a domicilio. Prefiero hablar con mis vecinos individualmente en un ambiente más íntimo que el que se permitiría en la fiesta de ayer. Pero no estaba ocultando activamente mi identidad. Simplemente no la anunciaba".

Entrecerrando los ojos, Allison preguntó: "¿No la ocultaba?". Tomó un sorbo de té. "Veo que se ha dejado el bastón en casa. ¿Debo suponer que su rodilla se ha recuperado de repente?".

Julia jadeó. "¡Allison!", reprendió. "Señor Heartford, le pido disculpas. Mi hermana no es ella misma esta mañana".

Phillip no reaccionó a la declaración de Julia. En su lugar, miró directamente a Allison. "Es usted más astuta de lo que recordaba, señorita Morgan. Y usted es demasiado rápida para suponer lo peor de la gente. De vez en cuando llevo bastón, pero sólo como accesorio de moda, no para ocultar mi identidad, edad o forma física".

"¿Entonces, de veras, tiene una lesión en la rodilla?". preguntó Allison levantando una ceja.

El silencio invadió la habitación.

"¿Simplemente se lesionó el día que llevaba su accesorio?", insistió, "y a juzgar por la falta de bastón, ¿se recuperó por completo tan pronto?".

"Me limité a declarar que no tenía intención de engañar cuando llegué a la fiesta y no hice ningún esfuerzo por ocultar mi identidad", explicó Phillip.

"En una decisión impulsiva, mentí sobre mi herida. Pero esta falsedad fue dicha sólo para evitarle un disgusto a su hermana".

"Una mentira es una mentira, señor Heartford. Y no apruebo a los mentirosos".

"Le dije que no tardaría". La voz de la señora Morgan captó la atención de todos cuando irrumpió en la sala; su semblante desenfadado chocaba fuertemente con el de los demás presentes. Se acomodó en el asiento que antes ocupaba y se volvió hacia su invitada. "Ahora, ¿de qué estábamos hablando?"

"En realidad", dijo Phillip, con una expresión que ocultaba todo signo de tensión, "estaba a punto de despedirme. He disfrutado mucho de la visita, pero esta mañana tengo una agenda muy apretada. Espero que le dé mis saludos al señor Morgan".

La señora Morgan hizo un mohín. "¿Tan pronto? Es una lástima. Espero que considere volver a visitarnos pronto".

Phillip se levantó. "No podría mantenerme alejado", le aseguró antes de salir.

Apenas se cerraron las puertas, la señora Morgan se volvió hacia sus hijas y les dijo: "¿No ha sido encantador? Debe ser agradable para vosotras ver el regreso de vuestro amigo de la infancia".

Julia no respondió. Sus ojos se clavaron en la silla que Phillip acababa de abandonar. Había algo allí, pero ¿qué? De repente, supo lo que estaba viendo. Phillip había dejado sus guantes. Era como si la Providencia le estuviera dando la oportunidad que necesitaba para volver a hablar con él a solas. Saltó de la silla, tomó los guantes y salió corriendo de la habitación.

Mientras corría hacia la puerta principal, tuvo pensamientos fugaces sobre la conveniencia de sus acciones. ¿Qué haré si está el mayordomo? ¿Qué parecerá si está solo? Aunque esos pensamientos estaban presentes, eran una armonía con la fuerte melodía que gritaba, él está haciendo esto completamente mal. Debo ayudarle.

Con alivio encontró a Phillip solo en el vestíbulo. Cuando él se volvió y la vio, sus ojos se abrieron de par en par.

"Señor. Heartford, se ha dejado los guantes", dijo ella entrecortadamente. Jadeaba mientras le empujaba las prendas perdidas.

"Oh. Gracias, señorita Julia." Tomó los guantes de su mano. "Dejé mi abrigo con el mayordomo y olvidé que me había llevado los guantes al salón."

"¿Ha ido alguien a buscar su abrigo?" Julia se volvió, buscando a un criado.

"Sí, el mayordomo acaba de salir a buscarlo", dijo, mientras se ponía los guantes.

Julia sintió que se le quitaba un peso del pecho. Podía tener un momento privado con él para decirle lo que necesitaba. "Quisiera disculparme de nuevo por el comportamiento de mi hermana", continuó.

"Sí. Supongo que pudo haber salido mejor", dijo frunciendo el ceño.

Julia asintió y observó el suelo a su alrededor. Podía escuchar el inconfundible sonido de los zapatos de James sobre las baldosas de mármol. Apresuradamente, levantó la vista y soltó: " Nos vemos delante del viejo granero de los Adamson mañana a esta misma hora. Le ayudaré".

Antes de que él pudiera decir nada, ella volvió corriendo al salón.

Capítulo Cinco

"Julia, ¿me ayudas con mi pelo?" Allison estaba en la puerta cepillando su larga cabellera dorada. "María tenía dolor de cabeza, así que la mandé a la cama". Sin esperar respuesta, se dio la vuelta y se marchó.

Después de dejar la guardería, las niñas tenían cada una su propia habitación, pero como se habían acostumbrado a dormir juntas, se encontraban habitualmente por la noche. Después de años de no conseguir sacarlas de esta rutina, sus padres accedieron y les dieron dormitorios contiguos conectados por una sola puerta. Julia cruzó la habitación y entró por la puerta en la habitación rosa pálido y crema que Allison ocupaba desde los siete años. Allison se sentó en el tocador y dejó el cepillo. Tomando el pelo de su hermana en la mano, Julia empezó a dividirlo en secciones.

Sus miradas se cruzaron en el espejo. "No puedo creer lo grosera que fuiste con el señor Heartford", dijo Julia. Llevaba todo el día pensando en el encuentro de aquella mañana. No podía decidir si le alegraba que Allison pareciera no gustarle o si le compadecía. "Le acusaste de mentiroso".

"Mintió".

Julia tomó el cepillo y trabajó en una sección de cabello que se había enredado. No se molestó en sujetar firmemente la base del pelo, y Allison chilló de dolor antes de enviar a su hermana un ceño fruncido a través del espejo mensajero.

"Lo siento", dijo Julia. Ajustó sus manos para minimizar la incomodidad de su hermana mientras seguía trabajando en el nudo. "Todos mentimos de vez en cuando. Al menos él lo admitió libremente".

Allison resopló. " Yo raramente miento en los primeros minutos de encontrarme con alguien a quien no he visto en años." Recogió un collar que estaba sobre el tocador y lo examinó.

Volviendo a dejar el cepillo, Julia dijo: "Pero no actuó con malicia". Con agilidad y rapidez, empezó a trenzar el pelo de Allison. "Estabas muy fría. Pensé que estabas teniendo una mañana difícil. Pero entonces, estuviste perfectamente encantadora durante la visita de la Srta. James".

Con un toque de fuerza, Allison devolvió el collar que había estado sosteniendo a un joyero. Levantó la barbilla y miró fijamente el reflejo de su hermana. "El señor Heartford no ha intervenido en nuestras vidas desde hace cinco años". Alzó la voz y habló con un ritmo entrecortado. "No veo por qué de repente te apetece tanto invitarlo a que vuelva a formar parte de ella".

Julia suspiró. "Es nuestro vecino". Después de terminar una trenza, tomó un alfiler. "¿Arriba o abajo?"

"Arriba".

Recogiendo varias horquillas más, Julia se introdujo las puntas en la boca, sujetándolas con los dientes. Terminó de fijar la primera trenza, insertando cuidadosamente un alfiler en cada sección de cabello y fijando estas secciones al cuero cabelludo de Allison. Luego tomó los mechones restantes en la mano y los separó en grupos. "¿Por qué tratas intencionadamente de enemistarte con nuestro vecino? ¿Te hizo algo antes de irse para ganarse tu desprecio?".

Los ojos de Allison parpadearon durante un breve instante. Fue pura casualidad que Julia viera el movimiento, y el significado de la acción no pasó desapercibido para ella.

"No hizo nada que pudieras considerar irrazonable", dijo Allison, una vez que su mirada

volvió a estar oculta. "Y nunca ha actuado con la intención de hacerme daño".

Las manos de Julia se aquietaron. "Eso no parece una respuesta". Con una fuerza en la voz nacida de la preocupación, preguntó: "¿Qué ha hecho que te haya lastimado sin querer?".

Sacudiendo la cabeza, Allison respondió: "No fue nada. Simplemente...". Tomó aire y miró al techo. "El señor Heartford es un imprudente que actúa sin tener en cuenta las consecuencias para sí mismo o para los que le rodean". Sus palabras eran entrecortadas. Era obvio que estaba luchando para no llorar.

La respuesta no calmó la creciente preocupación de Julia. "Hace cinco años que no le vemos, pero la rabia que sientes hacia él irradia de ti con tanta intensidad". Julia se movió para poder mirar directamente a los ojos de su hermana. "¿Qué es lo que ha hecho?"

Los ojos de Allison se llenaron de lágrimas y se le escapó un sollozo. "¡Me quitó a Johnathan!", se atragantó.

Aturdida por el silencio, Julia tardó varios segundos en responder. Dejó los alfileres que había estado recogiendo para sujetar la segunda trenza, extendió la mano y estrechó a Allison entre sus brazos. Los sollozos desconsolados la sacudieron y frotó la espalda de su hermana hasta que se apaciguaron. Por fin, la respiración de Allison volvió a la normalidad. Julia la soltó y se enderezó. Preguntó suavemente: "¿Por eso no te has casado? ¿Estabas enamorada de Johnathan?"

"No", dijo Allison mientras rebuscaba en uno de los cajones del tocador. "Estoy enamorada de Johnathan. Nunca he dejado de estarlo". Sacó un pañuelo del cajón y se secó los ojos.

Julia volvió a colocarse detrás de su hermana. Recogió las horquillas que había dejado en el suelo y terminó de arreglar el pelo de Allison. Allison se levantó del pequeño banco.

"Gracias", dijo Allison mientras se levantaba y se tocaba el pelo. Caminó hasta el borde de la cama y se sentó.

Julia la siguió. Sin invitación, se sentó junto a su hermana y le cogió las manos. "Allison, lo siento mucho. Nunca lo supe".

"Claro que no lo sabías". A Allison se le escapó una pequeña risa y le dedicó una sonrisa a su hermana. "Nunca lo supo. Lo oculté". Allison se levantó de la cama y caminó hacia su tocador, recuperando el apagavelas una vez que llegó. "Pero no habría importado. Estaba enamorado de otra".

"Me cuesta creerlo", replicó Julia. Mantenía los ojos fijos en su hermana.

"Y, sin embargo, es cierto. Puede que los hombres se fijen en mí porque soy guapa, pero lo que realmente quieren es una mujer como tú." Allison se acercó a las velas que estaban más lejos de la cama y empezó a apagar las flamas.

"Te equivocas", dijo Julia, sacudiendo la cabeza. "Ningún hombre me querrá jamás. ¿Cómo podrían siquiera verme cuando estoy a tu lado? Estoy segura de que no era inmune a tus encantos".

"No ves tu propio valor". Allison pasó junto al espejo y se detuvo a mirar su reflejo. Se arregló un alfiler. "Además, le oí hablar de su amor antes de su muerte".

Julia abrió mucho los ojos y miró a su hermana con incredulidad. "¿Te habló de esos asuntos?".

Con todas las velas apagadas excepto las de los dos candelabros más cercanos a la cama, Allison dejó el apagavelas y volvió a la cama. "No. Estaba hablando con Phillip de ello en el bosque. Los oí por casualidad". Se sentó junto a Julia con las lágrimas de nuevo acumuladas en las comisuras de los ojos a punto de rodar por sus mejillas. "Me enfadé tanto que rogué a Dios que lo castigara. Cuando murió..."

"No puedes culparte", dijo Julia cortándola. "Tú no eras responsable".

"No me culpo. Culpo a Phillip", espetó Allison. "¡Él fue el tonto que se puso en peligro! Debería haber sabido cómo reaccionaría Johnathan si pasaba algo".

Julia se tensó. "No puedes culpar a Phillip de la muerte de su hermano". Sacudió la cabeza. "Fue un accidente. No fue culpa suya como tampoco tuya".

"Fue un accidente que nunca habría ocurrido si Phillip no hubiera entrado en ese lago". El tono de Allison no dejaba lugar a debate. "Yo estaba allí. Johnathan le dijo que el hielo se estaba adelgazando. Le dijo que no fuera, pero Phillip no escuchó. Nunca escucha a nadie". Las lágrimas se derramaron por los bordes de sus ojos. Volvió al tocador y cogió su pañuelo. Se sonó la nariz, regresó y se sentó en la cama. "Si no hubiera sido tan descuidado, Johnathan aún estaría aquí".

Julia abrazó fuertemente a su hermana. Acarició suavemente la espalda de Allison hasta que el llanto cesó.

"Lo que le pasó a Johnathan es una tragedia. Creo que Phillip también se culpa. Pero ambos se equivocan. Fue un accidente. Nadie obligó a Johnathan a intentar salvarlo". Julia habló como se habla a un niño asustado. "Ambos sufrieron. Es natural enfadarse porque uno sobreviviera y el otro no".

Allison se apartó. La ira que había ardido en sus ojos momentos antes se había enfriado, pero los rescoldos humeantes no se habían extinguido del todo. "Oh, Julia, ¿lo amas? No sé si podría soportar tenerlo como hermano. Nunca piensa en cómo sus acciones afectarán a los que le rodean".

"¡No!" balbuceó Julia. "¿Yo? ¿Qué te haría pensar que lo amo? ¿Por qué pensarías que podría pedirme que me casara con él? Eso es absurdo. Jamás podría hacer algo así. Sabes que tengo mi corazón puesto en una casita donde pueda vivir sola".

"Es que, obviamente, ayer quería hablar contigo a solas y hoy ha venido a visitarte. Estabais muy unidos cuando éramos niños".

"Bueno, ya no soy una niña, y apenas conozco a ese hombre. Además, estoy muy segura de que no tendrás que preocuparte de que pida mi mano. Dijo que siempre me ha visto como a una hermana".

"¿Eso dijo?" Los ojos de Allison se entrecerraron. Se dio la vuelta y mulló las almohadas. "Acabo de recordarlo. También me disgusta que mienta. Como hizo con su supuesta lesión".

"Confieso", dijo Julia mientras estrujaba las manos, "que no sabía de tu aversión y no podría haber soñado que era tan profunda. Pero sin duda, debes saber que es irracional y poco saludable aferrarse a la creencia de que él es responsable de la muerte de Johnathan. Aunque sólo sea por tu propio bienestar, debes intentar desprenderte de esa idea". Julia se levantó de la cama y tomó uno de los bastones de cámara en la mano. Se dirigió hacia la puerta que daba a su habitación, pero al cabo de unos pasos se detuvo y se volvió. "Debes olvidar a Johnathan. No puedes vivir tu vida en el pasado. Debes mirar hacia el futuro".

Allison se había metido bajo las sábanas. Se inclinó y apagó la pequeña llama que había cerca de la cama. Oculta en la oscuridad, dijo: "Aunque lo que dices puede ser cierto, no veo ninguna razón por la que deba incluir a Phillip como parte de ese futuro."

"No es necesario, pero debes aprender a dejar de culparle. Es injusto para él, y es señal de que no has aceptado lo que ha ocurrido. Además, parece que tiene intención de pasar más tiempo en Marymoor". El suave resplandor de la vela de Julia iluminó su dormitorio, permitiéndole evitar un choque con las botas que había dejado apoyadas en medio del suelo. "Pasar tiempo con el señor Heartford te ayudará a encontrar el cierre que necesitas".

Allison se incorporó. "Es tan difícil", dijo. "Tiene los ojos de Johnathan, y su postura es tan parecida. Cuando regresaba -después de dejar al tío Edward- caminé sobre la cresta y pensé que estaba viendo un fantasma."

"¿Quieres seguir adelante, Allison? ¿Quieres encontrar un marido que te haga feliz y vivir una vida plena?".

Hubo una pausa, y Julia deseó haberse quedado cerca de la cama para poder leer mejor la expresión de su hermana. "Sí, pero tengo miedo. Si paso tiempo con Phillip y no siento rabia, entonces me llenaré de dolor. Y..." Hizo una pausa. A medida que pasaban los segundos, Julia empezó a pensar que su hermana permanecería en silencio. "Me parece mal vivir mi vida cuando Johnathan nunca tuvo esa oportunidad".

Julia abrió la puerta lo suficiente para entrar en la habitación de Allison. Puso su bastón en la mesa cerca de la puerta y se apoyó en el marco. "¿Crees que él querría verte desperdiciar tu vida porque él perdió la suya?".

"No lo sé."

"Bueno, era mi amigo también". Julia intentó reprimir un bostezo con mínimo éxito. "Creo que él habría querido verte vivir tu vida lo suficiente para los dos".

"Ni siquiera sé cómo". La voz de Allison sonaba pequeña y perdida en la enorme y oscura habitación.

Sin siquiera ser consciente de su movimiento, Julia se deslizó por el espacio que las separaba y se descubrió sentada en el borde de la cama de su hermana, cogiéndole las manos. "Tienes que seguir adelante. Eso no significa olvidarlo. Significa reconocer y trabajar el dolor con el que nunca has lidiado". La llama de la vela que Julia había dejado cerca de la puerta parpadeó, enviando un pequeño haz de luz en su dirección. La mejilla de Allison se iluminó. Brillaba, señal inequívoca de que estaba húmeda. Julia se acercó y se la limpió con la yema del pulgar.

Allison se rió. "¿Y cómo se supone que debo hacer eso?".

"No lo sé con seguridad", respondió Julia. Quería tranquilizar a Allison y esperaba que su tono hubiera compensado su falta de consejo. "Pero creo que aprender a pasar tiempo con Phillip -sin la ira o el dolor- sería un comienzo".

Allison rodó sobre su lado. "Lo pensaré. Allison sonaba exhausta y emocionalmente agotada.

Necesita descansar. Julia se levantó de nuevo y se dirigió a su habitación, recogiendo la vela por el camino. Una vez más, la pesada puerta crujió al cerrarse. Justo antes de que el pestillo tocara el cerrojo, Julia dijo en voz baja: "Es todo lo que pido", pero no supo si sus palabras fueron escuchadas o si su hermana ya se había dormido.

Capítulo Seis

Julia escuchó el canto de los pájaros mientras caminaba por el sendero erosionado que llevaba al viejo granero. La caminata no fue el paseo agradable y tranquilo que había esperado. Dado que el granero no se utilizaba desde hacía décadas, hacía tiempo que los caminos que conducían a él habían dejado de recibir ningún tipo de mantenimiento. De hecho, el sendero por el que ahora caminaba podría haberse perdido por completo si uno no supiera buscarlo. El desvío de la carretera principal estaba prácticamente oculto por ramas caídas y maleza, que obstaculizaban el camino a intervalos periódicos. Los árboles creaban un dosel de hojas que bloqueaba los rayos del sol. Eso no sólo oscurecía el camino, sino que el suelo permanecía ligeramente húmedo a pesar de no haber llovido en cinco días. Si bien el suelo húmedo no suponía una amenaza real, en las zonas más bajas se escondían pequeñas manchas de barro resbaladizo. Julia tuvo que caminar con cuidado para no resbalar.

Es una suerte que sea una ávida caminante. Allison nunca podría recorrer este camino sin sufrir al menos dos caídas.

A medida que se alejaba de la carretera principal, la enormidad de lo que estaba haciendo empezó a calar hondo. Después del desayuno, Allison la había llevado aparte y la había sermoneado sobre los peligros de la incorrección. Le habían recordado que, a menos que se encontrara en un espacio público, nunca debía ponerse en situación de quedarse sola, especialmente con un hombre soltero. Y aquí estaba, dirigiéndose a una zona remota para una reunión clandestina organizada por ella misma.

Desechó de inmediato la idea de que Phillip hubiera actuado de forma inapropiada. Pero, como había dicho Allison, esas normas no sólo servían para proteger su reputación. También estaban destinadas a garantizar su seguridad. ¿Cómo podía saber si ese granero era seguro? El granero estaba tan aislado que sería ideal para una tropa de bandidos. ¿Y si se topaba con ellos mientras dormían tras una agotadora noche de robos y saqueos? ¿Le harían daño, la harían prisionera o algo peor? ¿Y si el granero estaba infestado de ratas rabiosas? Julia se acercó más despacio mientras su mente consideraba todas las posibilidades.

Una ramita se quebró a unos metros detrás de ella. El sonido la sobresaltó tanto que dio un paso adelante sin mirar el terreno. Su zapato aterrizó en una pequeña bolsa de barro y su pierna se deslizó hacia delante. En cuanto perdió el control, supo que no podría recuperar el equilibrio. Cerró los ojos, preparándose para lo inevitable. Pero en lugar de sentir la fría y dura superficie del suelo golpeando contra su cuerpo, sintió un par de brazos cálidos y suaves, pero fuertes, que atrapaban su cuerpo. Abrió los ojos mientras la enderezaban. Una vez más, estaba cara a cara con Phillip Heartford.

Con toda la dignidad que pudo reunir, hizo una reverencia y murmuró: " Señor Heartford".

Él le devolvió el saludo quitándose el sombrero. Ella trató de ignorar la sonrisa de desconcierto en su rostro, pero sus esfuerzos se vieron frustrados cuando él bromeó: "Tiene que dejar la costumbre de caer en mis brazos, señorita Julia".

Las mejillas se le calentaron. Sintió que los dientes le rechinaban, pero hizo un esfuerzo consciente por contenerse. En ocasiones, este hábito le había hecho doler la mandíbula. Reanudó la marcha y él se alineó con ella.

"Pero parece que te he asustado", añadió, como si viera que sus esfuerzos por reducir su

malestar habían tenido el efecto contrario. "Le pido disculpas".

"No es necesario, señor Heartford. Sólo me ha asustado". Una ardilla que llevaba una nuez en la boca cruzó el sendero y se metió entre la maleza. No mostraba signos de rabia. "Si me asusté", dijo Julia reflexivamente, "fue por mi propia imaginación hiperactiva".

Phillip se frotó la barbilla. "Me parece recordar a una niña que insistía en que algún día se convertiría en la reina de las hadas". Se giró ligeramente y examinó su espalda. "Pero no veo, ni sentí, ninguna ala en tu espalda cuando te agarré hace un momento". Llegaron a un tronco de árbol volcado, y Phillip le ofreció su ayuda. "¿Significa eso que sigues siendo sólo una aprendiz de hada?".

"Gracias", dijo Julia aceptando su ayuda y saltando con cautela la barrera. Una vez superado el obstáculo, Julia levantó la barbilla y dijo con voz regia: "Nunca fui una simple aprendiz de hada, señor. Fui la aprendiz de hada".

Phillip tuvo la decencia de al menos parecer arrepentido. "Por supuesto, no pretendía ofenderte, aprendiz de hada", dijo mientras ejecutaba una extravagante reverencia.

Con una mirada, Julia le informó que tenía permiso para levantarse. "Pero", dijo, manteniendo su aire de dignidad, "he decidido que mi piel es demasiado clara para la vida de un hada. Después de todo, pasan mucho tiempo al aire libre".

Con una solemne inclinación de cabeza, Phillip respondió: "Sí, me imagino que eso podría disuadir a muchas doncellas inglesas de buscar una oportunidad así. Y no se puede negar que sería una pena terrible dañar su perfecto cutis".

Julia bajó la cara, sabiendo que su comentario la había sonrojado, pero su mirada permaneció fija en Phillip. Él apartó la mirada de ella, pero su cuello se había enrojecido. Se preguntó si se habría dado cuenta de lo inapropiado de su comentario.

Añadió apresuradamente: "¿Has considerado alguna ocupación alternativa?".

Julia conocía este patrón. Él había descubierto su paso en falso e intentaba desviar su atención hacia otra cosa. "Ella fingió reflexionar sobre la pregunta. "Había jugado brevemente con la posibilidad de convertirme en cazadragones, pero entonces descubrí que alguien ya había librado a estos bosques de esas terribles bestias".

Phillip rió. "Sí, eso hice".

Julia divisó la raíz de un árbol justo a tiempo para sortear el obstáculo. Cuando Phillip le tendió el brazo, ella lo sujetó, razonando que aquel camino se había vuelto más traicionero con el tiempo y que aceptar ayuda era mucho menos humillante que una segunda caída.

"Entonces, ¿debo entender", preguntó mientras sus ojos barrían el área circundante, "que después de mi valiente batalla final para salvar nuestras tierras, la guarida del dragón nunca fue repoblada?".

"No. Algo así requiere la fuerza de muchas imaginaciones fuertes", concedió Julia. "La mía sola fue insuficiente para atraerlos a regresar a la zona". A pesar de los evidentes peligros que suponían esas criaturas, Julia no pudo evitar que un deje de decepción asomara a su voz. "En realidad, cuando te fuiste, murieron muchas criaturas míticas por estos lares".

"Qué pena. Ahora que nuestros hogares son tan corrientes, parece que nosotros también tendremos que abandonar las locuras de la juventud y asumir los papeles de adultos como es debido."

Julia se alisó el vestido pasando las manos por su largo. "Pues sí. Por eso nos hemos reunido hoy, ¿no?". Su tono, al igual que su humor, ya no tenía ningún matiz juguetón. "Tienes intención de casarte, y yo estoy aquí para ayudarte. Si eso no es un paso hacia la edad adulta, no puedo decirte qué lo es".

"En realidad, no he venido hoy aquí para obtener tu consejo sobre cómo cortejar a la bella princesa. He venido porque tu petición de reunirnos era demasiado atrevida". Él dejó de caminar, y ella lo siguió. "Debes tener más cuidado, Julia".

Julia sintió que sus músculos se tensaban, su mandíbula se apretaba y sus ojos se entrecerraban. Le quitó la mano de la manga y cruzó los brazos sobre el pecho.

"No te enfades", continuó. "Tu hermana está en su tercera temporada. Aunque espero casarla pronto, esto no es de dominio público. Y aunque no debiera, el hecho de que Allison aún no haya conseguido marido se refleja mal en ti. No debe hacer nada más que perjudique sus oportunidades de encontrar un buen partido."

"No veo cómo esto es de su incumbencia, señor Heartford." Julia comenzó a marchar hacia delante. Con unas largas zancadas, Phillip estaba de nuevo a su lado. Ella no lo miró, pero le espetó: "Hablas como mi padre".

"Prefiero pensar en mí como un hermano".

Sus palabras fueron pronunciadas con tanta calidez y afecto que Julia sintió que su ira se desvanecía. Enseguida se enfadó consigo misma por perdonarle tan fácilmente. Acababa de criticarla por estar aquí cuando él mismo estaba haciendo precisamente lo mismo. Además, ella sólo estaba aquí porque quería ayudarle. Sin embargo, si fuese sincera consigo misma, admitiría que siempre le había resultado difícil permanecer enfadada con él durante mucho tiempo.

Ella lo miró de reojo y los bordes de sus labios se levantaron ligeramente. "¿Y cuándo surgió ese afecto fraternal?", preguntó. "No recuerdo haberme sentido tan protegida cuando me empujaste al lago o", movió el retículo hacia el brazo más alejado de él, "cuando me dejaste un caracol en el bolso".

Se frotó la nuca. "Lo siento. Había olvidado lo horrible que he sido en ocasiones". Se metió las manos en los bolsillos de los calzones.

Julia soltó una risita y volvió a ponerle la mano en el brazo. Fue recompensada con una cálida sonrisa.

"Pero para responder a tu pregunta", continuó Phillip, "supongo que mi deseo de protegerte surgió mientras estaba fuera. Crecí durante ese tiempo. Me di cuenta de que había sido un niño egocéntrico. Al hacerlo, llegué a comprender cuál es mi lugar en este mundo".

Enarcó una ceja y le miró con recelo. "¿Y crees que tu lugar implica actuar como mi hermano?". La incredulidad que sentía era más que evidente en su tono.

"Precisamente", dijo él.

Ella aclaró su garganta. "Bueno, si esperas que esa sea nuestra relación oficial, te sugiero que dejes de lado por un momento tu preocupación fraternal y escuches lo que tengo que contarte. Si no lo haces, antes verás la mano de mi hermana en tu mejilla que en tu brazo". Julia pisó una roca que sobresalía de la superficie. Su agarre de Phillip se tensó brevemente hasta que ya no corrió peligro de tropezar.

Doblaron una curva. El oscuro sendero se abría a un campo muy pequeño y cubierto de maleza. Ante ellos se alzaban los restos de un granero en ruinas. La estructura debería haber parecido fuera de lugar en aquel enclave salvaje habitado únicamente por la Madre Naturaleza, pero el tiempo no había sido benevolente y, en su estado ruinoso, ahora parecía más natural que hecho por el hombre. Los restos de pintura habían desaparecido hacía tiempo. Se habían caído al suelo más tablas de las que permanecían clavadas al armazón. Las enredaderas serpenteaban por lo que quedaba de la pared oeste de la estructura.

"Bueno, ya estamos aquí, así que no veo razón para apresurarnos", dijo Phillip. "Pero preferiría no aventurarme mucho más cerca. El edificio ya no parece sólido".

"Qué lástima. Me pregunto dónde vivirá el fantasma", se dijo Julia.

"¿Perdón?"

"Oh. Estaba recordando cuando éramos niños. Nos escondíamos aquí de Johnathan y Allison. ¿Recuerdas?", preguntó.

"Sí. Sabía que Johnathan nunca nos buscaría aquí. Pensaba que el edificio se caería en cualquier momento y que no era seguro entrar. No puedo decir que se equivocara".

" Pues bien, Allison creía que este granero estaba embrujado. Por eso supe que no se atrevería a buscarnos". Los ojos de Julia se iluminaron mientras estudiaba los inquietantes restos.

"¿Tuviste miedo?" preguntó Phillip.

"Oh, no. Volví todos los días durante una semana con la esperanza de encontrarme con el fantasma, hasta que llegué a la conclusión de que se había mudado. Si hubiera tenido este aspecto entonces, creo que se habría quedado". Julia dio unos pasos hacia el granero. Phillip extendió la mano hacia ella. Antes de que su mano la tocara, Julia se dio la vuelta. Mirando su brazo extendido, soltó una risita. "No te preocupes. Mantendré las distancias". Julia le miró directamente a los ojos deslumbrantes y le dijo: "¿Sabes? Si tuviera miedo de los fantasmas, no habría tenido miedo cuando nos escondimos. Nunca puedo tener miedo cuando estoy cerca de ti".

Phillip parpadeó y su respiración se hizo superficial. Las puntas de sus orejas se volvieron rosadas. Permaneció en silencio durante varios minutos mientras se aflojaba la corbata y se paseaba nervioso. Al cabo de un rato, se aclaró la garganta. "Señorita Julia, tenía algún consejo que deseaba impartir".

Avergonzada, Julia se volvió hacia el granero y dijo: "Es usted un hombre ocupado. Siento haberme perdido. Como usted misma señaló, Allison quería mucho a su hermano Phillip. Nunca lloró su muerte. Naturalmente, tú posees muchos de sus rasgos y manierismos; por lo tanto, le recuerdas lo que se perdió". Se permitió un momento de autocompasión antes de serenarse y volverse hacia Phillip. Lo que encontró fue un rostro dolorido que la miraba fijamente.

"No son mis rasgos o manierismos lo que ve. Yo lo maté". Sus ojos eran oscuros, y parecía una cáscara de la cazadora de dragones que había caminado con ella hasta aquí.

"No. No lo hiciste. Fue sólo un accidente". Julia se acercó y tomó sus manos entre las suyas. "Allison lo sabe, pero está dolida. Igual que tú. No lo había visto hasta ahora, pero haces bien en elegirla. Os necesitáis la una a la otra. Podéis ayudaros mutuamente en vuestro dolor común".

Phillip se rió, y el sonido hizo que Julia sintiera un escalofrío.

Julia sólo podía suponer que dudaba de su capacidad para ganarse la buena impresión de su hermana. Ella quería ofrecer palabras de aliento. "Ella pasará tiempo contigo, pero debes esperar hasta que ambos estéis menos dolidos antes de intentar cortejarla".

"¿Esperas que capture su corazón?" preguntó Phillip.

Julia soltó las manos y se enderezó. "Naturalmente", dijo.

Phillip abrió la boca para hablar, pero luego la cerró y la miró. Sus ojos se movieron hacia arriba como si estuviera contemplando un gran rompecabezas. Finalmente, dijo: "¿Y cómo voy a encontrar ese tiempo para ayudarla a superar su dolor? ¿Voy a enfrentarme a ella delante de tu madre durante una de mis llamadas de veinte minutos?".

"En realidad", sonrió Julia, evidentemente muy satisfecha de sí misma, "ya he pensado en eso. Mi hermana y yo tenemos previsto visitar el invernadero de los Everly el próximo miércoles. Llegaremos al mediodía. Usted pudo mantener correspondencia con el hijo del señor

Everly, y siguen siendo buenos amigos, ¿verdad?".

Phillip asintió y miró al suelo.

"Entonces deberías poder conseguir fácilmente una invitación".

"¿Para visitar un invernadero?", preguntó.

"Por supuesto. Allison está muy interesada en la horticultura".

Phillip levantó la mirada y mostró una mueca en el rostro. "¿Horticultura?"

"Sí. Veo por su expresión que no comparte esta pasión, así que le sugiero que repase antes del miércoles. Ahora si me disculpa, señor Heartford". Julia hizo una reverencia y caminó por el perímetro del granero.

"Espera", la siguió. "¿No te vas a casa? ¿No quieres que te acompañe?"

"No. Por favor, no me esperes", respondió ella. "Tengo más asuntos que atender, pero no temas. No me acercaré al granero. Te veré el próximo miércoles", respondió ella.

Capítulo Siete

Con bastante enfado, Phillip se apresuró a marchar por la senda oscura que se alejaba del granero.

Cuando la reprendí por concertar una cita conmigo, supuse que era la primera vez que hacía algo tan impropio. Pero por la forma en que me despachó, tal vez reunirse con hombres en medio del bosque le resulte algo frecuente y normal. Apretó los dientes. ¡Y me agarró de las manos! ¿Por qué tenía que hacer algo así? ¿Y cómo podía hacerlo con tanta facilidad?

Los puños cerrados se balanceaban rápidamente hacia delante y hacia atrás al unísono de cada larga zancada. Un destello de resentimiento permaneció en el fondo de su mente. Una parte de él deseaba culpar a Johnathan por haberle puesto en esta situación, pero la culpa actuaba como un poderoso guardián y se negaba a permitirle reconocer otros sentimientos que no fueran la ira. Mientras se preparaba para luchar contra la espesa maleza para entrar en el camino principal, le asaltó un pensamiento. Este era el único camino hacia o desde el granero. Si quería descubrir con quién se había reunido, sólo tenía que esperar allí y averiguarlo.

Exploró los alrededores en busca de un lugar discreto donde esperar. Desgraciadamente, en medio del bosque tal lugar consistía en un claro bastante pequeño que se ocultaba tras lo que parecía ser un arbusto espinoso. No era lo ideal, pero tendría que arreglárselas. Trepó y se abrió paso hasta el claro, seguro de que estaba estropeando un par de calzones en perfecto estado. Unas cuantas espinas rebeldes lograron encontrar el resquicio de su armadura entre la manga y el guante. Atacaron con veneno. Cuando por fin llegó al claro, se miró las muñecas y descubrió varios rasguños que le punzaban terriblemente. Aunque le había parecido que el arbusto tenía tres metros de alto cuando intentó trepar por él, ahora que estaba a salvo en el claro, reconoció que ni siquiera le llegaba al pecho. Tendría que agacharse en una posición incómoda para que no se notara. Comenzó una disputa interna sobre cuándo debía adoptar esta postura, pero el sonido del zumbido de Julia puso fin al debate. Se hizo un ovillo y agradeció a los cielos que su irritación hubiera acelerado su viaje por el sendero, dándole el tiempo suficiente para urdir y ejecutar aquel plan.

Para disgusto de Phillip, Julia no se detuvo en el camino. Continuó hacia la carretera principal. Cuando había afirmado que tenía asuntos que atender, aparentemente esos asuntos no se encontraban en ese lugar. Entonces, ¿por qué no había querido que él la acompañara? ¿Y cómo iba a salir de este lío antes de perderla de vista? El zumbido de la mujer era cada vez más débil, y él podía decir que venía de la dirección que conducía a su casa. Si él podía oír su zumbido, ¿sería ella capaz de oír el chasquido de las ramas, el raspado de las espinas y el temblor de las hojas que era inevitable una vez que él intentara salir de su posición actual?

Simplemente tendré que tener cuidado.

Con la gracia de un elefante, Phillip consiguió liberarse de su espinosa prisión y pronto estuvo en el camino principal. Julia no debió alarmarse mucho por el jaleo que había montado, pues no investigó y ya no estaba a la vista.

Se apresuró a bajar por la carretera intentando sacudirse el polvo a medida que avanzaba. Percibió el débil sonido de una voz femenina y aminoró el paso. En silencio, se acercó. La voz era la de Julia. Se detuvo. Aunque el camino se curvaba suavemente y esta característica le había permitido mantenerse fuera de su vista hasta el momento, si avanzaba un poco más, estaría en su línea de visión. Una segunda voz llegó a sus oídos. Era la de una chica joven.

"Por favor, señorita Julia, no creemos que sea correcto tomar todo su dinero. ¿De qué va

a vivir?"

El dulce tintineo de la risa de Julia resonó en el bosque. "No tienes por qué preocuparte, Emma. Esto es sólo el dinero de mis alfileres. Mi padre me lo dio para comprar cosas sin importancia, como cintas o encajes. No lo necesito, y deseo dártelo a ti".

"¿No se enfadará si no vuelves con las cintas o el encaje?".

"Te prometo que ni se dará cuenta. Y si te hace sentir mejor, la semana que viene guardaré un poco para mí. Puedo usarlo para comprar un poco de caramelo, y si prometes no decírselo a tu madre, compartiré un poco contigo. Ahora, toma esto y vete. Una dama nunca debería estar tan lejos de casa sin una carabina".

La niña soltó una risita y se despidió. El tarareo de Julia se reanudó y comenzó a desvanecerse. Phillip permaneció en su sitio, sin habla.

Capítulo Ocho

Caleb James se inclinó hacia delante, apoyó los brazos en el escritorio y estudió a Phillip Heartford. "¿Le gustaría visitar el invernadero de mi tío?", preguntó. En su rostro se dibujó una sonrisa divertida.

"Sí. Phillip metió la mano en el bolsillo del pecho y sacó un pequeño libro encuadernado en cuero. Lo abrió en un lugar marcado con una cinta y pasó unas páginas. "Mi agenda está abierta el próximo miércoles, si te parece bien", añadió antes de cerrar el libro y devolverlo a su bolsillo.

"Tan seguro de tu invitación, que supongo que ya la habrás anotado en tu pequeño libro de citas", dijo Caleb con una sonrisa burlona. Cogió un abrecartas tallado en marfil, se echó hacia atrás y golpeó el marfil contra el brazo de su silla tapizada mientras escrutaba a Phillip. "¿Puedo preguntarle cuándo adquirió interés repentino por la horticultura? Creo recordar que dijiste que la ciencia era tan emocionante como ver crecer la hierba".

Phillip resopló. "¿Me creería si le dijera que una reciente batalla con unos arbustos me ha abierto la mente a la idea de aprender sobre mi enemigo?", preguntó, subiéndose la manga y mostrando en la muñeca los arañazos que había recibido ese mismo día.

"Eres un brillante estratega, y la corona se beneficiaría enormemente de tu mente si la pusieras en práctica contra las fuerzas francesas, pero no". Caleb dejó de golpear y posó la punta del abrecartas sobre su labio inferior. "Sin embargo, creo que tu petición tiene algo que ver con los planes de mi hermana de ofrecer una visita ese mismo día a las chicas Morgan".

Caleb volvió a dejar el abrecartas. Apoyó la barbilla en el puño y cerró los ojos. Un minuto después, los abrió y miró fijamente a través del escritorio. "Las conocí en la fiesta de mi tío. Ahora me acuerdo. Mi tío me presentó a la morena regordeta cuando llegué. Me sonaba el nombre de Morgan, pero desde luego no pensé en ti. Luego, estaba hablando con el padre de Fitz cuando un amigo suyo se acercó corriendo y me presentó a una guapa rubia que también se llamaba Morgan".

Phillip disimuló un pequeño bostezo y luego dijo secamente: "Sí, lo sé".

"¿Lo sabes? No me lo digas, tú estabas allí". Los ojos de Caleb se entrecerraron.

"Estuve. Y me aseguré de saludar a tu tía y decirle lo espléndido que había sido".

"¿Pero me dejaste allí a mi suerte?". La mano de Caleb se apoyó en el escritorio y sus dedos golpearon la superficie en rápida sucesión. La línea de la mandíbula de su rostro cincelado parecía aún más afilada que antes.

Sacudiendo la cabeza, Phillip lanzó a su amigo una burlona mirada de lástima. "¿No tenías a Fitz para entretenerte?"

"Claro que no". Phillip pudo notar por el tono de Caleb y el agitar de sus brazos que estaba realmente dolido. "Se fue el día anterior con la intención de evitar el espantoso asunto. Al parecer, su soltero de reserva se había puesto enfermo y no pudo hacer de escudo entre él y las solteras asistentes. No puedo creer que ni siquiera saludara".

Con un suspiro, Phillip dijo: "Realmente no fue un desaire. Me colé sigilosamente, me mantuve en la sombra y sólo asistí para conocer el lugar. En realidad, sólo quería observar y volver a familiarizarme con las caras. No tenía intención de hablar con nadie, tu tía aparte".

"Hmm. ¿Ninguna intención? Entonces, ¿entiendo que mientras yo no merecía recibir tu saludo, alguna joven sí? Una de las hermanas Morgan, supongo".

Phillip no dijo nada, confirmando así la acusación.

La sonrisa volvió al rostro de Caleb. "Cuando nos conocimos y descubriste quién era mi tío, hablaste a menudo de este lugar. Había olvidado hasta hace unos momentos con qué frecuencia se mencionaba a Julia Morgan. No había duda de que estabas enamorado. Si alguien puede entender hasta dónde puede llegar un hombre por amor, soy yo. Y en cuanto a tu admiración, puedo entender por qué la encuentras tan atractiva. Supongo que es esa rubia tan guapa".

"Creo que estás pensando en la señorita Allison Morgan", dijo Phillip en voz baja. "El pelo de Julia es más oscuro".

"Interesante", dijo Caleb mientras volvía a tomar el abrecartas y lo hacía girar con los dedos. Su mirada se clavó en el hombre que tenía enfrente. "Así que es la señorita Julia la que ha despertado tu repentina fascinación por las plantas".

Phillip desvió la mirada. Tragó saliva. "Si está enfadada conmigo por no haberla encontrado y visitado en la fiesta del jardín, pido disculpas". Se frotó las palmas de las manos contra las perneras de los pantalones.

Riendo, Caleb sacudió la cabeza. "No es posible que pienses que puedes escapar tan fácilmente. Durante años me has visto suspirar por Mary. Disfrutabas burlándote de mí y torturándome. Las tornas han cambiado, amigo mío, y tengo la intención de disfrutarlo".

La boca de Phillip se secó. "¿Cómo está la señorita Walker?" preguntó débilmente.

"Oh no. La señorita Morgan-o es la señorita Julia-no puedo recordar cuál era la mayor, le gusta la horticultura, ¿supongo?"

"No. No creo que le guste en absoluto. La señorita Julia. Es la menor de las dos y no es una de las aficiones que más le interesan. Es su hermana mayor la que está interesada en sus plantas".

"Ah, así que mientras la señorita Morgan disfruta de la visita, usted puede ayudar a entretener a la señorita Julia."

Phillip dejó escapar un suspiro. "No. Como creo que mencioné hace tiempo, no tengo intención de mantener una relación romántica con la señorita Julia".

"La señorita Julia ahora, ¿verdad? Antes era simplemente Julia".

"La fuerza de la costumbre. Éramos amigos de la infancia".

"Si tiene tan poco interés en la hermana menor Morgan, ¿por qué busca una invitación para unirse a una gira que ambos estamos seguros que le aburrirá hasta las lágrimas?"

"Me gustaría reencontrarme con la señorita Morgan."

"¡Ja!" Caleb dio una palmada en el escritorio y se levantó. "¿Cuántas veces te burlaste de mí porque al principio me atrajo la belleza de Mary? Y aquí estás, todos estos años después, volviendo a casa sólo para descubrir que tu interesante, divertida e imaginativa amiga es un poco hogareña. De repente, tu afecto se desplaza hacia su guapa hermana".

A Phillip se le encendió la nariz. "¡Claro que no es fea!", espetó. "Y mis afectos no han hecho tal cambio. Sólo espero casarme con la señorita Morgan. Aunque no me desagrada, tampoco *siento* especial afecto por ella. El afecto no juega ningún papel en esto".

Acomodándose en su silla, Caleb inclinó la cabeza hacia un lado y enarcó una ceja. "Pero a juzgar por tu comportamiento, me aventuraré a decir que aún sientes cierto apego por su hermana".

Phillip se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas. Con los hombros encorvados hacia delante, sacudió la cabeza como si encontrara el suelo entre sus pies muy decepcionante. "Bien", dijo apretando los dientes. "Sí, me gusta. Lo admito, una vez me creí enamorado de la señorita Julia, pero si Johnathan hubiera vivido, ella se habría casado con él".

Levantó la cabeza y miró a Caleb. "Ella sólo estaba destinada a ser mi hermana. No tomaré lo que pertenece a mi hermano sólo porque esté muerto. Sería deshonrar su memoria. Además -dijo, rompiendo el contacto visual y resoplando mientras negaba con la cabeza-, ella siempre lo quiso. Ahora cuando me mira, sólo ve sombras de él". Suspiró. "Quiero que forme parte de mi vida, pero ya no soy el niño egoísta que era cuando nos conocimos. Entiendo que mi papel en su vida es el de hermano, no el de marido". Su voz bajó hasta hacerse casi inaudible. "Casarme con la señorita Morgan significa que puedo seguir protegiendo a Julia, y sus perspectivas de matrimonio mejorarán una vez que su hermana mayor se case".

La expresión de Caleb daba a entender que Phillip le parecía un loco. "¿Puedo resumir lo que acabo de oír? Según tengo entendido, te culpas por la muerte de tu hermano, así que te castigas casándote con una chica que no te interesa especialmente para poder ver cómo tu verdadero amor se casa con otro."

"No intento castigarme. Es sólo que acepto que Julia no siente por mí lo que una vez creí sentir por ella". Encorvándose en su silla, el pecho de Phillip se apretó mientras pensaba en lo que estaba a punto de decir. "Quiero que se case con alguien a quien ame. Y aunque yo no soy tal hombre, puedo darle una mejor oportunidad de encontrar una pareja sentimental casándose con Allison Morgan, una mujer que no me resulta ni más ni menos agradable que cualquier otra mujer con la que pudiera casarme."

" ¿Así que la señorita Morgan," preguntó Caleb con una voz que mostraba su incredulidad, "la rubia muy bonita, no ha tenido ofertas y de alguna manera está perjudicando las perspectivas de matrimonio de la señorita Julia?".

Phillip se encogió de hombros. "Ella no ha aceptado ninguna oferta de todos modos, y está en su tercera temporada. Puede que sus padres no estén preparados para aceptarlo, pero si no encuentra pareja esta temporada, permanecerá en la estantería". Sabiendo que el tema de conversación se había desviado de Julia, Phillip trató de recomponerse. Se enderezó y borró todo rastro de vulnerabilidad de su rostro. "Usted sabe que muchos en nuestro círculo asumirán que hay problemas con la familia si la hija mayor, más justa, no pudo encontrar pareja".

"¿Tiene conocimiento de por qué la señorita Morgan no ha podido conseguir un compañero?"

"No, ni tampoco me importa especialmente. La conozco desde hace tiempo y sé que puedo vivir con sus defectos. Ella ama el campo y puede quedarse aquí, cerca de su familia, mientras yo dedico la mayor parte de mi tiempo a construir mi carrera política."

Caleb negó con la cabeza. "Bueno, si estás decidido a casarte con ella, al menos tienes ventaja". Caleb miró hacia el fuego y se levantó. Se acercó y pinchó el tronco, haciendo saltar chispas por la chimenea. "Incluso eres elegible para una mujer que no está desesperada. No estoy seguro de por qué quieres malgastar tu miércoles recorriendo nuestro invernadero cuando puedes simplemente acabar con este asunto".

Frunciendo el ceño, Phillip preguntó: "¿Qué quieres decir?".

Caleb se apartó del fuego y miró a Phillip a los ojos. "Quiero decir, ¿qué te impide ir a verla ahora y pedir su mano?".

"¿No se espera que yo la corteje primero?".

Riendo, Caleb devolvió el atizador a su lugar en la chimenea y volvió a su escritorio. Una vez sentado, dijo: "Tal vez, si fueses el héroe de una novela romántica. Pero como no lo eres - hizo una pausa y dirigió a su amigo una mirada significativa-, estás perdiendo el tiempo con semejantes tonterías."

Phillip se burló. "Si es tan fácil, y puedo ir a explicarle que debería casarse conmigo

porque puedo ofrecerle seguridad y comodidad, ¿por qué no has ido a pedir la mano de Mary Walker?".

"Porque Mary Walker no está en su tercera temporada, sin opciones y mirando a los ojos la soltería". Como solía ocurrir cuando hablaba de Mary, el tono de Caleb era vehemente. "Además, quiero que Mary esté tan profundamente enamorada de mí como yo de ella cuando nos casemos. Me repugna la idea de un matrimonio sin amor; por lo tanto, la idea de casarme con ella antes de que se haya enamorado de mí implica demasiado riesgo. ¿Y si descubro una vez que sea demasiado tarde que ella nunca podrá llegar a amarme de vuelta?". Su rostro se descompuso al hablar de este temor oculto. Hizo una pausa y luchó visiblemente por mantener la compostura. "Pero como tú no ves el amor como un componente importante de una unión, no veo tu necesidad de esperar".

Phillip asintió mientras sopesaba los méritos del argumento de su amigo. *Tal vez sea mejor acabar con esto de una vez. Una vez que mi destino esté sellado, dejaré de entretenerme con fantasías tontas. "Entiendo lo que dices"*, dijo al fin. "Entonces, ¿crees que puedo simplemente presentarle mi oferta, y ella estará de acuerdo?"

"Ciertamente hay una posibilidad razonable. Sin embargo, primero debes recurrir a su padre. Ayúdale a comprender la precaria situación en la que se encuentra su hija. Él te ayudará a persuadirla".

"¿No crees que sería mejor primero pasar tiempo con ella?"

"Si quieres conseguir algo, empieza por lo más fácil. Sólo si eso falla, intentas una ruta más difícil. En otras palabras, si se lo pides y ella se niega, puedes intentar seducirla y pedírselo de nuevo". Inclinó la cabeza hacia un lado y abrió los brazos, mostrando las palmas de las manos. "Al menos, si preguntas primero, no habrá confusión sobre tus esfuerzos de cortejo".

Phillip frunció el ceño. "¿Perdón?", preguntó.

Caleb se explayó más. "Imagina que no dices nada. Ya sabes que nunca se te ha dado bien enmascarar tus emociones. Si simplemente acudes a la visita sin revelar antes tus intenciones, ella verá a un hombre que siente una evidente aversión por las plantas y afecto por su hermana. Ella asumirá que usted está allí para pasar tiempo con la señorita Julia. Pero si mañana le pides que se case contigo, ocurrirá una de dos cosas". Hizo una pausa y se inclinó hacia delante. Mirando a Phillip directamente a los ojos, pronunció sus siguientes palabras lentamente: "Si acepta, no tendrás que perder todo ese tiempo intentando conquistarla. Si te rechaza, sabrá que estás aguantando la gira por su bien. Cada pequeño esfuerzo que hagas demostrará tu empeño en conquistar su corazón. Será aún más romántico que te estés comprometiendo en cosas que encuentras desagradables simplemente para verla".

"¿Entonces estoy invitado para el miércoles?"

"Claro que la tienes. Y la invitación no depende de si buscas o no su mano de antemano. Y por supuesto, acompañaré al grupo para proteger el honor de mi hermana, y porque verte intentar perseguir a una dama promete ser muy entretenido."

Phillip se levantó y le tendió la mano. Los dos hombres se estrecharon la mano antes de que Phillip se dirigiera hacia la puerta. Al salir, le respondió: "Gracias. Reflexionaré sobre su consejo".

Capítulo Nueve

Una gélida brisa sopló junto a Phillip mientras cabalgaba a través de las puertas de la finca de los Morgan. El tiempo había sido particularmente agradable en los últimos tiempos, pero esta mañana, las nubes grises se habían reunido en lo alto, generando un ambiente sombrío que se hacía eco de sus propios sentimientos. Luego de muchos años, Phillip había perfeccionado el arte de aislar sus emociones. Sin embargo, volver a Marymoor había despertado algo en él. Si fuera sincero consigo mismo, sabría que había sido Julia la que le había llegado al corazón. Pero si se hubiera atribuido el mérito, en lugar de sentir gratitud, se habría enfadado. Ahora, más que nunca, el entumecimiento era su aliado. Estaba a punto de cambiar el curso de su vida, y el camino que estaba decidido a tomar estaba muy lejos de ser agradable.

Desmontó y ató su caballo a un poste. No había concertado ninguna cita y no preveía una estancia prolongada. No había necesidad de llamar a un mozo de cuadra. Buck podía esperar aquí mismo, listo para llevárselo en cuanto acabara esta prueba. Acariciando las crines del animal, susurró: «Bueno, Buck, deséame suerte».

Sentía las piernas pesadas mientras subía las escaleras hasta la puerta principal. Llamó y, una vez saludado, pidió que le entregaran su tarjeta al señor Morgan. Esperó, confiando a medias en que el hombre estuviera indispuesto, pero sus esperanzas se desvanecieron cuando el mayordomo regresó, cogió su abrigo y su sombrero y le hizo señas para que le siguiera.

«Señor Heartford», dijo el señor Morgan a Phillip cuando entró en el despacho. «Lamento no haberle visto en su última visita. Tenía intención de pasarme por Marymoor y darle la bienvenida a casa».

El saludo fue cálido y exuberante. A Phillip siempre le había caído bien el señor Morgan.

«Gracias», respondió Phillip. Había ensayado lo que quería decir, pero había olvidado la necesidad de bromas. «Todavía estoy en el proceso de hacer que Marymoor vuelva a estar presentable después de mi larga ausencia».

«Sí, puedo imaginarlo». El Sr. Morgan caminó hacia su escritorio. Phillip se quedó bastante tieso cerca de la puerta. «Ven y siéntate», dijo el señor Morgan mientras se acomodaba detrás de su escritorio. Una vez que Phillip estuvo sentado frente a él, el señor Morgan preguntó: «¿Has venido a hablar del lago? Tu padre y yo teníamos un pacto de caballeros. Me concedió derechos de pesca, pero dejó claro que cuando la propiedad pasara a ti, tendría que renegociar los términos.»

«No, señor. No estoy aquí por el lago. Estoy aquí para discutir el futuro de su hija».

Las cejas del Sr. Morgan se enarcaron. Se echó hacia atrás. La sonrisa jovial que había estado luciendo fue sustituida ahora por la sorpresa. «No me gustaría ser presuntuoso, así que tal vez, usted podría aclarar mejor su significado», dijo con cautela.

«Obviamente, usted sabe que voy a hacerme cargo de Marymoor, por lo que supongo que sospecha que necesito una esposa. He pensado mucho en ello. Mi familia siempre ha esperado forjar una alianza con la suya, e imagino que una nueva esposa estaría muy contenta viviendo cerca de sus padres.»

El señor Morgan permaneció en silencio unos instantes. Luego acercó su silla al escritorio y se sentó más derecho. «Entonces, ¿está hablando de matrimonio? ¿Con una de mis chicas?»

«Sí», se le secó la garganta a Phillip. Sentía las palmas de las manos húmedas. «Usted me ha conocido toda mi vida, y espero que sea consciente de mi carácter y posición».

Las mejillas del señor Morgan se inflaron y soltó un largo suspiro. «No cuestiono su carácter. Es sólo que me sorprende que se haya encariñado con una de mis hijas tan rápidamente.»

Phillip suspiró y apartó la mirada. La mirada del señor Morgan se clavó en él.

«No has establecido ningún vínculo, entonces».

Phillip miró hacia su regazo. «Sus dos hijas son chicas encantadoras, señor, pero no. No lo he hecho».

Asintiendo, el señor Morgan comentó: «Me ha sorprendido, señor Heartford. En mis tiempos, nuestros padres arreglaban este tipo de uniones, así que ciertamente no tengo expectativas en cuanto a apegos.» Se frotó la nuca. «Yo no sentía ningún apego especial por mi esposa cuando nos casamos. De hecho, apenas la conocía. Pero ahora», dijo con una sonrisa de satisfacción, »todos los jóvenes parecen querer parejas sentimentales. No sé si tal unión conduce a una mayor felicidad. Después de todo, ¿cómo se puede conocer el amor sin afrontar juntos las pruebas de la vida? Pero llegas tú y trastornas mi idea de cómo piensan los jóvenes. ¿Qué te ha convencido de tomar el camino tradicional para encontrar esposa?».

Por fin. Phillip se había preparado para esto. Hizo que sus extremidades dejaran de temblar. «He llegado a la edad de contraer matrimonio y comprendo sus ventajas», dijo. Juntó las manos en el regazo por si se negaban a dejar de temblar. «Necesitaré un socio para administrar Marymoor y producir un heredero. He crecido con sus hijas. Me preocupo por las dos y sé que ambas serán excelentes esposas. Hace cinco años, la señorita Morgan me salvó la vida. Ella fue la que corrió y encontró ayuda después de que rompí el hielo. Esta es su tercera temporada, y sus perspectivas se han reducido. El mundo puede ser duro con una solterona».

Los ojos del señor Morgan se abrieron de par en par. «¿Es esta realmente su tercera temporada?» Abrió un cajón y empezó a revolver papeles. Mientras rebuscaba, preguntó: «¿Insinúa que Allison no tiene perspectivas?».

«Ha rechazado a muchos pretendientes, lo que a su vez ha ahuyentado a otros. Menciono la precaria situación de su hija no para alarmarle, sino porque deseo ayudar».

« Admito que había pensado que se refería a Julia», admitió el señor Morgan. Sacó un montón de papeles del cajón y los puso sobre su escritorio. «¿De verdad cree que Allison corre peligro de no encontrar pareja? Podría aumentar su dote».

«No sé cuántas llamadas recibe regularmente, señor Morgan. La encontré en dos bailes la temporada pasada, y su tarjeta de baile no estaba más que medio llena».

Levantando brevemente la vista, el señor Morgan preguntó: «¿De verdad hay tanta escasez de caballeros?». Metió la mano en el bolsillo, sacó un par de gafas y bajó la cabeza hacia los periódicos. «Hasta ahora, he dejado esto en manos de mi mujer». Con las gafas puestas, escaneó los documentos. «Han pasado tres años», murmuró, con el rostro cada vez más pálido.

«Podemos elegir una fecha para la boda después del final de la temporada, si lo prefieres. Podemos mantenerlo en secreto, y si ella encuentra un pretendiente mejor, puedes...»

«No. No, hijo mío. No es tu elegibilidad lo que me preocupa. Simplemente no veo cómo podrás convencerla. No creo que ella entienda lo grave de sus circunstancias.»

«Si pudiera hablar con ella...»

«Sí. Por supuesto.» El señor Morgan se puso de pie. «¿Podría esperar en el salón? Puedo mostrarle dónde está».

Phillip se levantó de su asiento y los dos hombres cruzaron la habitación. «No hace falta que me lo enseñe. Sé dónde está el salón», dijo Phillip cuando llegaron a la puerta, »pero tengo una petición. Cuando mande llamar a su hija, ¿podría abstenerse de mencionar nada sobre

nuestro encuentro?».

Un asentimiento le aseguró a Phillip que podía hacer su propuesta en sus propios términos.



De espaldas a la puerta, Phillip oyó que se abría. Sabía que debía ser ella. Los pasos eran demasiado ligeros para ser los de su padre. Escuchó un grito ahogado y se giró para ver a Allison de pie a unos metros de distancia. Le sobresalía la vena del cuello y parecía tan quieta y rígida que su parecido con una muñeca era asombroso.

«Señor Heartford,» dijo, su voz era más baja de lo normal y estaba desprovista de emoción. «¿Hay algo en lo que pueda ayudarle?»

El sabor de la bilis le subió a la garganta, pero tragó saliva y esbozó su mejor sonrisa. Se inclinó. «En realidad, tengo una propuesta de negocios para usted». Señaló un par de asientos. «¿Podríamos sentarnos y discutirla?

«No creo que tenga elección en ese asunto», murmuró Allison mientras se acercaba a las sillas que él había estado mirando. Se sentó, pero su espalda permaneció rígida. Se ubicó en el borde de su asiento.

«Es cierto; las mujeres tienen menos opciones en nuestra sociedad», dijo él mientras tomaba asiento frente a ella. Se reclinó hacia atrás, dando a entender que estaba relajado, pero su rodilla rebotó nerviosamente. Sonrió antes de continuar. «Por eso creo que mi oferta puede interesarte. Pronto se me concederá mi primogenitura...».

«Creo que quieres decir la primogenitura de Johnathan», corrigió Allison. Sus labios formaron una apretada línea.

«Sí, en efecto. Eso es más exacto». Se sentó más erguido y se aflojó ligeramente la corbata. Introdujo la mano en un bolsillo oculto en el forro de su abrigo, sacó un pañuelo y lo utilizó para secarse la frente. Fue un acto de la Providencia que ella hubiera mencionado a Johnathan. Más que nada, lo hacía para honrar la memoria de su hermano, y en su momento de necesidad, cuando más inseguro estaba de su plan, Dios le había enviado un recordatorio para ayudarle en su resolución. Allison se mostraba tan fría e insensible. No era de extrañar que hubiera ahuyentado a medio Londres. Pero él la había conocido de niña, y bajo ese exterior no era terrible. Aunque nunca habían estado muy unidos, siempre había tratado a Johnathan con amabilidad. «En mi familia, de quien se espera que se haga cargo de Marymoor se espera que demuestre que está preparado para tal responsabilidad».

Allison puso los ojos en blanco. «¿Y eso qué tiene que ver conmigo?».

Tragó saliva antes de contestar. «Se espera que tome una esposa».

Phillip oyó su respiración agitada. Sus ojos se abrieron de par en par.

«Además de demostrar mi voluntad de asumir responsabilidades, el matrimonio beneficia directamente a la hacienda. Una mujer está mejor preparada para llevar la casa y una esposa está más interesada en llevarla de manera más eficiente que un ama de llaves», continuó. Volvió a guardarse el pañuelo en el bolsillo. «Una esposa me daría más tiempo para ocuparme de otros asuntos». Si miraba con atención, veía algunos rasgos de Julia en el rostro de Allison.

«Por fascinante que sea, Sr. Heartford, no veo por qué esto tiene algo que ver conmigo».

«Bueno, tengo aspiraciones políticas. Siempre las he tenido». Mirando hacia arriba, sus ojos se encontraron brevemente. Él apartó la mirada enseguida y se movió incómodo. «Siendo el segundo nacido, yo, naturalmente, no esperaba que tuviera que administrar una finca ...»

Las manos de Allison se cerraron en puños y dijo: «No, pero las cosas cambian. Y estoy segura de que sabías que tenías que adaptarte».

Su rostro se calentó. «Lo que estoy intentando hacer, sí. Pero pensé que si pudiera encontrar una mujer que fuese capaz de dirigir la finca, una que disfrutase de la vida aquí en Kent, podría...»

Allison cerró los ojos. «Por favor, dígame que ha venido a pedirme sugerencias sobre mujeres que podrían estar dispuestas a comprometerse de por vida por una asignación garantizada, señor Heartford. De lo contrario, podría verme obligada a considerar la ridícula idea de que usted tiene intención de buscar un noviazgo conmigo.»

Phillip se puso nervioso. ¿De verdad había sido tan ambiguo? «N-no, no busco un noviazgo ni su consejo», tartamudeó.

«¿Estás intentando ofrecerme un trabajo?», preguntó ella.

¿Intentaba sugerirle alternativas para disuadirle de su propósito? No importaba. No se dejaría disuadir. Era persistente. Si hoy no podía ganarse su mano, al menos no habría confusión sobre sus intenciones. «Sí, en cierto modo supongo que sí». Su voz tembló cuando las palabras salieron de sus labios.

Los ojos de Allison recorrieron la habitación. Phillip había visto una vez un ratón en un granero. Se había escabullido por el suelo antes de percatarse de los grandes ojos vigilantes de un búho. En aquel momento, el ratón se inquietó, igual que Allison ahora. Pero a diferencia del ratón, Allison tenía determinación, y él observó cómo su miedo era sustituido por resolución.

«Antes de que digas nada más, te ruego que me expliques por qué tu familia consideró aceptable abandonar tu finca durante cinco años y, sin embargo, de repente, ahora que las tierras van a ser transferidas a ti, la finca debe ser administrada. Esto apesta a hipocresía. Si tu padre podía ostentar el título mientras permanecía ausente, ¿por qué se espera que tú ocupes la propiedad?».

«Es una condición peculiar», concedió con un suspiro. «Parece que hace muchas generaciones, un heredero recibió la propiedad. No vivió en la tierra ni aprendió a administrarla. Si su padre no hubiera intervenido para salvar la finca, podría haberse perdido». Phillip sacudió la cabeza y continuó: «No mucho después, el hombre perdió a su esposa, así que el padre del hombre intervino de nuevo para ayudar ofreciéndose a criar a su hijo».

«Un hombre que no está dispuesto a criar a su propio hijo es realmente un irresponsable», dijo Allison.

«Sí», asintió Phillip. « Como sentía que no había logrado enseñar a su propio hijo el significado del deber para con su familia, el hombre mayor se esforzó por inculcar esta cualidad a su pupilo. Uno de esos principios que adoptó el niño fue la necesidad de vincularse con la tierra y aprender a administrarla». Phillip se removió en su asiento. «Una vez que el niño creció y asumió la responsabilidad de la propiedad, añadió una cláusula en el derecho. Ahora, para heredar, en el momento en que la propiedad pasa de manos, la nueva familia debe ocupar la propiedad durante cinco años. Transcurrido ese tiempo, se supone que el nuevo propietario tendrá el debido respeto por la propiedad y comprenderá lo que se necesita para administrarla».

Allison enarcó una ceja y preguntó: «Si el derecho se estableció para garantizar la buena gestión de la tierra, ¿tu padre te enseñó esta habilidad antes de partir?».

«No.» Phillip rió entre dientes. «Lo ideal sería que lo hubiera hecho, pero dedicó su tiempo a enseñar a Johnathan. Los derechos a veces se establecen con un objetivo en mente, pero eso no garantiza que se cumpla».

El reloj del vestíbulo dio las campanadas de media hora y su resonante canto traspasó las sólidas puertas.

«Si tu familia debe vivir en la finca durante cinco años, no veo cómo puedo ayudarte a mantener tu título de propiedad mientras vives en Londres».

«No es necesario que toda mi familia viva aquí». La rodilla de Phillip rebotó rápidamente hacia arriba y hacia abajo. Miró en todas direcciones menos en la de Allison. «Si me caso, mi mujer podría vivir aquí mientras yo vivo en otro lugar, y se cumpliría la condición».

«¿Estás sugiriendo que nos casemos para poder volver a Londres y cargarme con la responsabilidad de cuidar de tu hogar ancestral? Además, como no sabes lo que haces, ¿he de llevar a cabo esta tarea sin ningún tipo de orientación por tu parte?», preguntó ella.

Phillip abrió mucho los ojos. Se sintió como si le hubieran dejado sin aliento. *¿Cómo podía creer algo así?* «Yo diría que te estoy ofreciendo la libertad de vivir tu vida como te plazca, en un entorno que conoces y aprecias -que está cerca de tu familia- mientras te aseguro que tendrás amplios recursos a tu disposición». Sus palabras se precipitaron, alimentadas por la indignación y la pasión. «Te libero de la presión de recibir pretendientes cuando has demostrado que no deseas casarte. Te estoy haciendo el cumplido de reconocer que eres lo bastante inteligente como para dirigir una gran hacienda sin mi ayuda, y te estoy ofreciendo el tipo de seguridad que necesitarás a la muerte de tu padre. Además, nuestras dos familias han deseado durante mucho tiempo ver nuestras tierras unidas, y estaríamos creando esa alianza. Tu padre es un terrateniente muy capaz, y estoy seguro de que será un excelente tutor».

«¿Cómo te atreves a afirmar que no deseo casarme?», preguntó ella, alzando la voz. «¿Cómo te atreves a afirmar saber algo de mí?».

Se le desencajó la mandíbula y balbuceó: «Por todo lo que acabo de decir, ¿eso es lo que has oído?».

Ella frunció los labios y espetó: «También he oído el resto, señor, y estoy igual de ofendida. ¿Dice que soy inteligente, pero cree que soy tan crédula como para aceptar la monumental tarea de intentar arreglar una finca que ha estado abandonada durante cinco años por culpa de la adulación?».

«No», pronunció. Cerró los ojos, esperando encontrarle sentido a este giro en la conversación. Podía sentir la tensión en su frente. «Es seguridad lo que ofrezco».

«¡Ja!»

Sobresaltado, abrió los ojos y descubrió los de ella encendidos de furia.

«Si crees que valoro tanto la seguridad, ¿por qué no he aceptado una de las ofertas anteriores que me habrían dado eso mismo sin dejarme viviendo sola y trabajando hasta la extenuación?».

Atónito, Phillip sólo pudo mirar. Una nube pasó por encima del sol y oscureció la habitación. Este cambio sacó a Phillip de su estupor. «Pensé que no estabas dispuesta a cambiar tu libertad por seguridad, pero te ofrezco ambas. Pensé que con el tiempo habrías llegado a ver los méritos de mi oferta».

«Ha sacado conclusiones precipitadas sobre mis motivos porque, como he dicho antes, apenas me conoce. Entiendo que no es consciente de lo insultante que ha sido su proposición comercial, y reconozco que sus motivos eran puros, pero creo que tiene la costumbre de no pensar en las implicaciones de sus actos y me lo ha vuelto a demostrar. Me temo que debo

declinar su oferta, señor Heartford. Le deseo suerte en encontrar a alguien más desesperada que yo». Allison se levantó de su asiento.

Phillip se sorprendió. Había pensado que ella le pediría tiempo para contemplar su oferta. Incluso había pensado que ella podría negarse cortésmente, pero nunca había considerado que podría ofenderse. Debería haber escuchado a Julia. Ella conocía a su hermana mejor que nadie. ¿Por qué se había dejado convencer por Caleb James?

«Espero que comprenda que no puedo quedarme aquí todo el día, señor Heartford. ¿Confío en que conoce la salida?»

«Sí. Sí, por supuesto». Se puso de pie y caminó hacia la puerta, pero se detuvo a pocos metros. «Veo que me he equivocado, señorita Morgan. Me falta experiencia en estos asuntos. Espero que si tengo la suerte de volver a pasar tiempo con usted en el futuro no me eche en cara mi falta de conocimientos».

«Si no hablamos más de esto, intentaré olvidar lo que ha pasado.»

«Pero si soy capaz de ganar su afecto en el futuro, ¿podría entonces renovar mi oferta?»

«Puedo asegurarle, señor Heartford, que tal día nunca llegará».

Capítulo Diez

«¿En qué pensabas?» Julia se paseaba de un lado a otro por el césped frente al viejo granero.

«Estaba pensando que me consideran un buen partido. Además, tenía la impresión de que tu padre aprobaba el emparejamiento». Phillip se apoyó en un árbol, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Julia detuvo su marcha y lo miró con odio. «Bueno, no es a mi padre a quien le has pedido que se case contigo, ¿verdad?».

«No, pero tengo entendido que las hijas suelen someterse a las sugerencias de sus padres».

Su mirada se intensificó, haciendo bastante obvio que no encontraba su declaración útil o divertida. Respiró hondo y soltó el aire lentamente por la nariz antes de hablar. «No has hablado más de veinte minutos en los últimos cinco años. No puedes esperar lanzarte y convencer a alguien de que se case contigo después de tan poco tiempo».

«¿De qué hablas?» Phillip se apartó del árbol y salió de debajo de su sombra. «Nos conocemos desde hace años. Ella ya debería tener una idea muy completa de la clase de hombre que soy, de lo que implicaría la vida conmigo y, si no lo sabía, los matrimonios son poco más que un acuerdo comercial.» Una vez bajo los cálidos rayos del sol, se detuvo y miró a Julia. Entrecerró los ojos y contempló a la mujer de ardiente temperamento que tenía delante. Cuando estaba enfadada, apenas parecía consciente de su regordeta figura, la figura en la que él había puesto sus manos el día anterior. Era difícil olvidarla, con su suavidad y su calidez. Forzando su mirada hacia arriba, se encontró embelesado por su cara bonita y redonda, sus grandes ojos color avellana en los que podía perderse, su pelo color avellana oscuro recogido y suelto por los hombros... y una hoja atrapada en sus sedosos mechones. Cogió aire y se le oprimió el pecho mientras caminaba hacia ella. A poco más de medio metro de ella, le quitó la hoja del pelo. Luego volvió a su lugar bajo el sol, cruzó de nuevo los brazos sobre el pecho y dijo: «Vengo a la mesa con la oferta más sólida y la unión de nuestras dos familias uniría nuestros estados. Este ha sido el deseo de ambas familias durante generaciones. No entiendo cómo pudo negarse».

Las duras líneas del rostro de Julia se relajaron. Suspiró y sus hombros se hundieron. «Allison quiere para su matrimonio mucho más que eso. Quiere que su matrimonio se base en el amor».

«Qué idea tan ridícula».

En cuanto hubo hablado, se dio cuenta de lo cansada y resignada que parecía Julia. Era una mujer sensata. Debía ver la sabiduría en sus palabras. Ella también debía sentir la frustración y el desafío de intentar aconsejar a su tonta hermana. No te preocupes, Julia, pronto asumiré esta responsabilidad.

«¿Crees que un matrimonio por amor es ridículo? ¿No crees en el amor?» preguntó Julia. Sonándo casi dolida.

Una vez más, me equivoco. Julia también cree que su hermana puede encontrar una pareja. Phillip negó con la cabeza, apreciando la ironía de que ella, entre todas las personas, hiciera semejante pregunta. «Cuando era joven, una vez me creí enamorado. Luego aprendí que uno sólo ve lo que quiere ver». Le dedicó una sonrisa agridulce antes de volver a mostrar una expresión de fría indiferencia que rayaba en el enfado. «Ahora, soy un hombre, y he dejado de lado esas creencias infantiles. Por lo que ella misma admite, ya ha generado muchas

especulaciones al rechazar innumerables ofertas. ¿Cuántos hombres más valientes puede haber? No todos los demás poseen la suficiente confianza en sí mismos como para capear un rechazo sumario.»

«¿Entonces estás decidido a intentarlo de nuevo?», preguntó. «Pedir la mano de Allison, eso es.»

«Lo estoy». Desplegó los brazos y se metió las manos en los bolsillos. «Ella tomó una decisión tonta en un momento de apuro. Pronto entrará en razón, y no le echaré en cara su reacción inicial».

«Eso es muy loable de su parte, señor Heartford». Julia bajó la cabeza hasta que su bonete ocultó su rostro. «Si piensa volver a acercarse a ella y esperar una reacción más favorable, ¿puedo sugerirle que primero dedique algún tiempo a reconstruir su amistad?».

«Esperaba que se acercara a mi punto de vista por razones prácticas». Los dos permanecieron en silencio durante un minuto. Él frunce el ceño. «¿De verdad crees que se dejará convencer por algo tan intrascendente como unas cuantas visitas al teatro o a museos?».

«Creo que es exactamente el tipo de cosa que la hará cambiar de opinión».

«En ese caso, supongo que intentaré seguir tu consejo». Dio un rápido golpecito con el pie. «Pero está bastante molesta conmigo, y no me la imagino de acuerdo con esas salidas. Nunca diré que entiendo el pensamiento femenino. ¿Por qué iba a enfadarse conmigo por ofrecerle generosamente protegerla y apoyarla durante toda su vida? Si alguien debería enfadarse, debería ser yo. Rechazó mi oferta tan rápidamente que debería haber herido mi orgullo».

Julia suspiró y sacudió la cabeza. «Aunque creo que puedo convencerla de que al menos pase tiempo contigo, me había aferrado a un pequeño resquicio de esperanza de que tus sentimientos fueran más profundos. Esperaba que esa fría respuesta no fuera más que una fachada para ocultar tu dolor. Pero si su rechazo realmente no hiere su orgullo, usted no está enamorado, señor Heartford». Julia miró hacia el camino que se alejaba del granero. «Dada esta revelación, no sé por qué debería siquiera ayudarle en esta empresa. Deseo mucho más para mi hermana».

Phillip caminó alrededor de Julia para que su cuerpo la bloqueara del camino, y ella se volvió hacia él. «Así que es mejor morir sola como una solterona que contraer matrimonio con alguien a quien no amas pero que te tratará con respeto».

«Allison nunca se convertirá en una solterona». Julia dijo las palabras, pero el miedo en sus ojos sugería que no las decía en serio. «Ella es hermosa. Ha tenido más ofertas de las que puedo contar».

«Como alguien no tan estrechamente asociado con su familia, estoy al tanto de más chismes que la rodean». Phillip sopesó en su mente el costo de proceder de esa manera. Por dolorosa que fuera la verdad, ignorarla provocaría un dolor mayor. «Ha quemado muchos puentes y herido el orgullo de varios jóvenes, algunos de los cuales han insinuado que fueron ellos los que decidieron dejar de llamar y que su decisión se basó en los problemas de carácter de Allison».

Julia se quedó boquiabierta. «Pero eso no es cierto».

«Sin embargo, hay varias fuentes que han difundido esas mentiras. Y, usted debe saber que en nuestra sociedad, es mucho más fácil asumir que la mujer tiene la culpa si no se asegura un matrimonio después de un largo conocido que culpar al hombre.»

«¿Quiere decir que nadie la aceptará?» Las lágrimas se agolparon en las comisuras de los ojos de Julia. «¿Es por eso que ha venido a hacer su oferta?»

Asintió lentamente. «En parte», dijo. «Yo también necesito una esposa y ella lo hará tan bien como la que más. Y, si se casa, creo que descubrirás que se te presentarán más oportunidades».

Julia se veía conmocionada. Él deseaba tenderle la mano y consolarla. «Por favor, no te preocupes por mí. Si un hombre me evita porque cree falsos rumores sobre mi hermana, no creo que merezca mi tiempo. Pero usted me ha causado preocupación en nombre de mi hermana». Se dio la vuelta y reanudó su paseo. «Si su futuro parece tan sombrío, debo ayudarte». Lo había dicho en voz alta, pero tan bajo que parecía que intentaba convencerse a sí misma. Antes de continuar, miró directamente a los ojos de Phillip. Con urgencia en su voz dijo, «Pero no debes actuar tan audazmente otra vez. Allison quiere y merece amor. Sí, puede que sea egoísta a veces, pero es mucho más que eso. Debes cortejarla. Creo que puedo convencerla de que pase tiempo contigo, pero al principio sólo debes intentar ganarte su amistad».

A pesar de esforzarse por ocultar sus sentimientos, sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa, pero al cabo de un momento recuperó el control, esbozando una falsa sonrisa y estirando la mandíbula. «Hasta que no me rechazaron de forma tan contundente, no era consciente de que ya no contaba con su amistad», dijo, levantando la mano y alisando su corbata.

«¿En serio?» Julia parpadeó sorprendida. «Después de su última interacción, cuando nos llamó, ¿esto no le quedó claro?».

Phillip se apartó de Julia y observó a un par de pájaros que bailaban en el aire. «Pensé que habíamos preferido bromear entre nosotros», dijo en voz baja. «No lo veía como una discusión».

Intentó ahogar la risa con una tos. «Bueno», dijo después de aclararse la garganta, »creo que descubrirías que ella tiene una perspectiva diferente sobre ese asunto. Créeme, tienes que ganarte su amistad. Si accedo a ayudarte, deberás esperar a que te lo diga antes de volver a intentar que la relación avance más».

Phillip levantó la ceja derecha. Se volvió y miró a Julia a los ojos. «¿Estás sugiriendo que intente ganarme su corazón?»

«No. No creo que estés buscando amor, y sería muy injusto por tu parte hacer que te ame cuando no vas a corresponderle. Espero que seas capaz de encariñarla lo suficiente como para que pueda sopesar lo que le ofreces frente a sus otras opciones sin permitir que sus emociones influyan en su razonamiento.» Sopló una brisa en el campo y Julia se abrazó a sí misma.

«¿Crees que eso bastará para que diga que sí?».

Se ciñó el chal alrededor de los hombros. «No lo sé, pero creo que es importante que ambos puedan sopesar lógicamente sus opciones».

«He conseguido una invitación para visitar el invernadero. ¿Sería demasiado pronto para intentar forjar esta amistad, o debería planear reunirme contigo allí?».

Julia permaneció un momento en silencio, con los labios fruncidos de forma asimétrica. «¿Dices que me dijo que fingiría que esto nunca había ocurrido?», preguntó.

«En realidad, creo que dijo que olvidaría lo ocurrido».

«Entonces sí, ven a la visita, pero no vengas a llamar antes. Hablaré con ella e intentaré ablandarla, para que esté más receptiva a ver tus encantos».

Capítulo Once

El carruaje que transportaba a las hermanas Morgan avanzaba lentamente. No había ninguna razón práctica para esa lánguida velocidad. Era uno de esos días en los que todo el mundo se relaja y el mundo se ralentiza. Tal vez, los caballos querían disfrutar de su entorno, o el conductor había dejado que su mente vagara a la deriva. No se podía precisar la causa, pero incluso la Madre Naturaleza mostraba sus tendencias letárgicas encontrando más fácil aguantar la respiración que respirar. Y cuando soltaba una pequeña bocanada de aire, era tan débil que apenas provocaba un aleteo incluso en las ramas más ligeras de los árboles. Ambas hermanas se contentaron con renunciar a la conversación a cambio de la comodidad de un silencio relativo. El sonido del carruaje, los pájaros y el repiqueteo de los caballos fueron suficiente entretenimiento para el corto trayecto hasta la finca de los Everly. Precisamente por eso, a Julia le sorprendió un poco que su hermana se dirigiera a ella.

«Julia, sé que no tienes ningún interés particular en la horticultura, así que quiero darte las gracias por acompañarme», dijo Allison mientras se acercaba y tomaba la mano de Julia entre las suyas. «Ha sido una semana dura, y la perspectiva de esta salida contigo ha conseguido hacerla soportable».

Una oleada de culpabilidad inundó a Julia. «¿Fue ese asunto con el señor Heartford lo que te resultó angustioso?».

«En cierto modo, sí. Si hubiera sido sólo su propuesta, habría podido ignorarla, pero el acoso interminable de papá era demasiado». Allison apretó las manos de Julia antes de soltarlas y volver a sentarse. Una cálida sonrisa se dibujó en su rostro. «Pero hoy, no quiero ni pensar en ese hombre. Hoy sólo estaremos tú, yo y la señorita James».

El carruaje atravesó las puertas de la finca de los Everly y ambas chicas miraron por las ventanillas. Allison tenía una expresión de asombro y emoción que Julia notó con el ceño fruncido. El chófer había recibido instrucciones de llevar el carruaje a la parte trasera de la casa, ya que estaba más cerca de los jardines y así aprovecharían mejor el tiempo. Cuando el carruaje rodeó la casa, apareció la señorita James. Su hermano estaba a su lado y Phillip Heartford se apresuraba a cruzar el campo para reunirse con ellos.

La mirada de Allison se volvió hacia su hermana. La calidez y el afecto que habían llenado sus ojos momentos antes habían desaparecido, sólo para ser reemplazados por el fuego de la ira que permanecía en su lugar.

«¿Sabías que se reuniría con nosotras?». siseó Allison cuando el carruaje se detuvo.

«¿Cómo puede alguna de nosotras saber qué acciones tomará la otra?» preguntó Julia con una sonrisa nerviosa.

Caleb despidió al lacayo y se adelantó. Tras abrir la puerta, tendió la mano a Allison y la saludó. «Señorita Morgan. Me alegro de volver a verla». Una vez que Allison estuvo bien sujeta en tierra firme, la ayudó y saludó a Julia de manera muy parecida.

Violet James se apresuró y agarró una mano de cada chica. «Me alegro mucho de que hayáis podido venir. Espero que no os importe, pero mi hermano y su amigo se unirán a nosotros».

Las hermanas Morgan asintieron a Phillip, que se había unido con éxito al grupo, y él hizo una reverencia a su vez.

La señorita James enlazó los brazos con Allison y condujo al grupo hacia el invernadero. «No creo que pudiéramos haber pedido un día mejor», dijo alegremente.

Phillip le ofreció el brazo a Julia y siguieron a la señorita James y a Allison. Caleb se quedó atrás. Entre los tres grupos había suficiente espacio como para que no fuese posible hablar en grupo. Sin embargo, unos intervalos tan considerables permitían mantener conversaciones privadas, una cualidad que Julia aprovechó al máximo.

Me he esforzado al máximo para convencer a mi hermana de que perdone su metedura de pata, señor Heartford, pero mi padre se negó a dejar el tema. Ha causado mucha tensión en nuestra casa, y sea merecida o no, Allison le considera parcialmente responsable».

Los músculos del cuello de Phillip se crisparon. «Estaba a punto de mencionar que he echado de menos tu amistad estos últimos días, pero si eliges catalogar mi propuesta como un paso en falso, puede que tenga que reconsiderarlo», dijo antes de meterse las manos en los bolsillos. «En todo caso, fue la forma en que me rechazaron lo que demuestra una falta de etiqueta».

«Oh. Por el amor de Dios.» Julia le quitó la mano del brazo y le dio un manotazo juguetón. «¿Todavía deseas casarte con ella o no?»

«Sí, pero no permitiré que critiquen mis modales cuando no he hecho nada malo». Levantó la barbilla y cruzó los brazos sobre el pecho. «En todo caso, actué con nobleza».

Julia suspiró. «Fallo mío. No pretendía insinuar lo contrario. Fue una mala elección de palabras». Se levantó y le puso la mano en el antebrazo. Esperaba que la acción sirviera para recordarle que debía acompañarla. Él bajó el brazo. «Gracias», dijo ella una vez que volvieron a sus posturas anteriores. Su mano se sentía como si estuviera destinada a estar aquí, como si el brazo de Phillip estuviera en casa. *Tal vez tenga razón. Tal vez esté destinado a ser mi hermano.*

Después de unos pasos, se dio cuenta del silencio. «Sólo quería decir que mi hermana se siente presionada por nuestro padre, y que le ha transferido el estrés que esto le ha causado a usted. Si es un poco difícil, pero no te lo tomes como algo personal».

Con una pequeña sonrisa, Phillip se inclinó y susurró: «No esperaba menos de ella y nunca me lo tomo como algo personal. Sin embargo, según mi experiencia, me evitará hasta que me perdone».

Julia se llevó el dedo índice a los labios. Tras un momento de reflexión, dijo: «Cuando surja la oportunidad, inventaré una excusa para alejar al señor y a la señorita James de ella. Debes aprovechar ese tiempo para congraciarte. Tienes demasiado terreno que recuperar».

«Haré lo mejor que pueda. Es una pena que tu hermana no tenga tu simpatía», respondió.

Caminaron unos metros en silencio antes de que Julia preguntara: «¿De verdad me has extrañado?».

«Sí. Él apartó la mirada, haciendo que ella se decepcionara al no poder verle más la cara. «En realidad te he traído algo del pueblo. La próxima vez que estemos solos te lo daré».

Julia se llevó la mano a la boca. «¡No me has traído un regalo! Eso sería escandaloso».

«No lo consideres un regalo. Considéralo un pequeño detalle de agradecimiento por toda tu ayuda".



Phillip tuvo que concentrarse para no gemir cuando entraron en el invernadero. La

habitación estaba impregnada de un aroma a flores que le resultaba nauseabundo. Aunque no le disgustaban las plantas, no le gustaban demasiado la suciedad y los insectos que con tanta frecuencia acompañaban a la vegetación. En silencio rezó para que la señorita James creyera en la idea de la brevedad a la hora de hacer visitas guiadas.

«Mi tía abuela se interesaba por la horticultura y mandó construir esta estructura en 1779», comenzó Violet. En un instante, Phillip comprendió que sus plegarias quedarían sin respuesta. «Su marido empezó entonces a regalarle plantas exóticas de todo el mundo». Condujo al grupo por un sendero que atravesaba el bien organizado conservatorio. Se detuvieron ante una puerta que parecía conducir a una pequeña habitación separada del resto del recinto. «Mi tío abuelo le regaló plantas de América. Muchas de estas variedades crecen en condiciones mucho más cálidas y secas que aquí en Inglaterra. Hizo acordonar esta zona para crear un entorno más acorde con el hábitat nativo de estas plantas». Violet hizo una pausa y miró a su hermano.

No la había seguido por el sendero. Se había quedado cerca de la entrada, a varios metros de distancia. Parecía satisfecho con la espalda apoyada contra el marco de la puerta, las piernas y los brazos cruzados.

«Caleb, acércate», dijo Violet. «Desde ahí no se ve nada».

Descruzó las piernas y apoyó un pie en el marco de la puerta. «No estoy aquí para ver las plantas. Ya las he visto antes», respondió con desgano. «Prefiero mantenerme al margen y permitir que nuestros invitados disfruten de ellas. Puedo ver todo lo que necesito desde aquí».

Phillip miró con nostalgia hacia la puerta y sintió punzadas de envidia.

Violet se encogió de hombros. «Como queráis». Se volvió hacia los tres invitados que estaban cerca de ella. «La zona detrás de esta puerta es bastante pequeña, sería mejor que os hiciera pasar de uno en uno».

Cuando por fin le llegó el turno a Julia de acompañar a la señorita James a la pequeña sala para ver el sedum, Allison sorprendió a ambos hombres invitando a Phillip a acompañarla a la esquina opuesta de la sala para admirar los cítricos.

Se detuvieron frente a un pequeño grupo de árboles que estaban en flor. Allison suspiró y sacudió la cabeza. «Bueno, eso no podría haber funcionado mejor para ustedes», dijo.

«¿Perdón?» preguntó Phillip, con la sorpresa y la confusión reflejadas en su voz.

«No está aquí por su interés en las plantas, señor Heartford. Ha venido hoy para convencerme de lo equivocado de mi proceder. Para ello, tenía que encontrar la manera de hablar conmigo, y ahora nadie tendrá que inventar una excusa tonta para darnos la oportunidad de estar a solas», respondió, como si su significado hubiera quedado perfectamente claro. «Seguramente, no puedes pensar que soy tan ingenua como para no ver lo que intentas hacer».

Phillip se cruzó de brazos y sacó la mandíbula en una muestra de desafío. «Señorita Morgan, su evaluación puede ser correcta, pero de todos modos, uno normalmente no lo señalaría tan directamente».

«No soy nada si no soy directa», respondió ella. Si le molestaba el enfurruñamiento de Phillip, no dio ninguna indicación. En cambio, dijo: «Voy a hacerte una pregunta sencilla, y te agradecería una respuesta sincera. ¿Por qué has vuelto a Marymoor?». Lo miró detenidamente.

Phillip se movió incómodo, sintiendo como si ella estuviera escudriñando cada línea de su rostro, escudriñando hasta el más mínimo de sus movimientos. Intentó ocultar su enfado y se prometió a sí mismo que estudiaría estrategias para adaptarse a sus peculiaridades después de casarse. «Por si mi declaración no era lo bastante obvia, he venido a casa para ganarme tu favor con la esperanza de que eso me permita ganar tu mano», respondió.

Ella resopló. «¿Y por qué pretendes mi mano?», insistió.

Phillip cerró los ojos y se frotó las sienes. Con la pasión de un nabo respondió: «¿Por qué cualquier pretendiente persigue algo así? Amor, por supuesto».

Sus ojos chispearon de alegría y su risa llenó el aire. «Tu mentira es tan descarada que ni siquiera puedes convencerte a ti mismo».

«¿No era eso lo que deseabas oír?»

«Lo que deseo es que seas sincera, no sólo conmigo, sino también contigo misma». Allison puso los ojos en blanco y apartó la mirada de él.

Los árboles que tenían delante aún eran jóvenes. Podían florecer, pero no estaban listos para fructificar.

«Usted no es un hombre desagradable, señor Heartford...»

«Me alegra mucho oír eso», intervino él.

«Pero», dijo ella dirigiéndole una mirada que le hizo callar, »no somos el uno para el otro. Con el tiempo, imagino que podríamos aprender a gustarnos, pero nunca podrás reescribir la historia y convencerme de que es un hecho. No nos llevábamos bien de niños. No habrías vuelto aquí porque tuvieras amor en el corazón. Al menos no amor por mí».

Phillip sonrió satisfecho. «He escuchado, señorita Morgan, que los chicos en sus equivocados intentos de demostrar afecto, a menudo muestran su amor de maneras torpes e ineficaces». Arrancó una flor del árbol y se la ofreció.

Allison miró por encima del hombro y Phillip siguió su mirada. La puerta de la zona donde estaba Julia permanecía cerrada, y el señor James miraba fijamente una mancha en el suelo como si fuera lo más fascinante que hubiera visto en su vida. «Un esfuerzo muy valiente», siseó, »pero no soy tan confiada como mi hermana. Y si insiste en seguir con esto, Sr. Heartford, descubriré la verdadera razón por la que está aquí».

«Y yo deseo descubrir lo que uno debe hacer para ganarse su aceptación a un noviazgo, señorita Morgan». Sus ojos se fijaron en la puerta cerrada.

Un movimiento llamó su atención y Phillip miró hacia Caleb. Caleb se había apartado del marco de la puerta. Erguido, con los brazos cruzados sobre el pecho, carraspeó. Phillip inmediatamente comprendió el significado de la mirada en su dirección. Se volvió hacia Allison. «Ya casi han terminado, señorita Morgan. Quizá deberíamos ir al otro extremo de la sala».

Ella asintió, y los dos cruzaron el espacio en un silencio incómodo.



«¿Qué tal ha ido la excursión?» Preguntó la señora Morgan. Estaba sentada ante su secretaria escribiendo cuando regresaron sus hijas.

«Vi algunas plantas de América que aún no había visto», dijo Allison.

La señora Morgan frunció el ceño mientras se ponía en pie y cruzaba la habitación. «Pareces menos entusiasmada de lo que hubiera esperado». Tomó la barbilla de Allison con la mano, le levantó la cara y la estudió. «Espero que no te estés enfermando».

«No, mamá. Sólo estoy cansada».

Dejando caer la mano a su lado, la señora Morgan dijo: «Qué pena. Sé lo mucho que te apetecía hacer esta excursión. ¿Por qué no te vas y descansas un poco antes de cenar?».

Obviamente, la perspectiva de disponer de algún tiempo para estar sola atrajo mucho a Allison, ya que no necesitó más indicaciones para retirarse a su habitación. Una vez que se hubo ido, la señora Morgan se volvió hacia Julia.

«¿Te ha gustado el viaje, querida?», preguntó con indiferencia a la más joven.

«Por supuesto. No puedo decir que las plantas me parecieran muy interesantes, pero la compañía fue encantadora. El señor James y el señor Heartford se unieron a nosotras».

«¿Lo hicieron?» La señora Morgan miró la carta que había estado escribiendo. «Le estaba escribiendo a Anne. Sé que te comenté que te iba a permitir quedarte aquí un poco más, pero dado que me equivoqué sobre dónde estaba el afecto del señor Heartford, no veo razón para retenerte aquí.»

Los hombros de Julia cayeron. «¿Me va a enviar a Londres?». Un ataque de mareo la asaltó, y su estómago dio un vuelco.

«No temas», dijo su madre volviendo a su carta. «Enviaré a tu hermana y ella te ayudará».

«Pero no necesita quedarse aquí... quiero decir, con el señor Heartford en Marymoor...».

La Sra. Morgan hizo un gesto con la mano, desechando la conversación. «No creo que el hombre le interese especialmente», dijo. «Tu padre puede estar convencido de que sus opciones son limitadas, pero yo conozco a mi hija. Cuando encuentra algo que quiere, al final lo consigue. Y no veo ninguna razón para obligarla a perder el tiempo aquí cuando no hay nada en Kent que le interese».

Su madre tomó su pluma y reanudó la escritura.

Julia permaneció de pie.

Sin levantar la vista de su carta, la señora Morgan preguntó: «¿Necesitas algo?».

«Estaba pensando que si me quedaba en casa...»

La señora Morgan dejó la pluma y giró en su silla tan deprisa que Julia dio un respingo. «¡Por el amor de Dios! A veces la única manera de conseguir algo que necesitas es alejarte de ello», le espetó su madre. «Ahora vete a practicar con el piano».

Julia se alejó. *Quizá mamá tenga razón. Si me voy de casa y le demuestro a papá que no podré encontrar marido, puede que por fin acceda a permitirme fundar mi propio hogar.*

Capítulo Doce

Allison miró al otro lado del vagón. Sentada con el puño en la boca y mirando por la ventanilla, estaba Julia. Llevaba el entrecejo fruncido y Allison habría apostado dinero a que bajo el puño se escondía un enorme ceño fruncido. «¿Por qué estás tan triste?», le preguntó.

«¿Necesitas preguntarlo? Julia no se molestó en mirar a su hermana. «Sabes cuánto he temido esto». Intentó disfrutar de lo que quedaba de campo: los árboles, los campos, el cielo azul y despejado. Cuando llegara a casa de su tía, lo único que vería al mirar por la ventana serían edificios imponentes y humo. Al menos Allison estaría cerca. Normalmente compartían habitación cuando visitaban Londres.

Allison puso los ojos en blanco. «Si la perspectiva de asistir a la temporada te angustia tanto, ¿por qué no te negaste?».

«Fui a ver a papá. Le dije que no era necesario que asistiera a la temporada. Le dije que deseaba utilizar mi herencia para llevar una vida modesta y cómoda, y que para ello no necesitaba un marido. Me dijo que hay una gran diferencia entre poseer fondos y acceder a ellos».

«Él conoce tu perdición», dijo Allison. Volvió a bajar la cabeza y abrió un libro. «No crees lo suficiente en ti misma».



«Cedrick, ¿crees que queda mejor el azul o el dorado?» Phillip estudió los dos chalecos que le tendió.

«Yo prefiero el verde, señor».

Phillip volteó hacia el chaleco de seda verde que había tirado en una silla cercana. Prissy, la gata que había adquirido el día que le invitaron a la fiesta del jardín, yacía acurrucada sobre él. No había necesidad de despertarla para saber que el chaleco verde estaría ahora cubierto de pelo. No conocía las preferencias de Allison, pero Julia prefería el azul. «Creo que me quedaré con el azul», dijo. Durante toda la semana había intentado convencerse de que había perseguido a las chicas Morgan hasta Londres por Allison. Era su deber, y simplemente se dedicaba a cumplirlo. Pero cuando había llamado a su familia y descubierto que se habían marchado de Kent, no habían sido pensamientos sobre Allison los que habían inundado su mente. No. Había sido la idea de que Julia ya no estaba cerca lo que había hecho que el miedo y el pánico corrieran por sus venas. Por supuesto, eso era simplemente porque necesitaba protegerla, como debe hacer un hermano. Si ella no estaba cerca, no podría mantenerla a salvo. No era más que eso. Allison era astuta. No necesitaba a nadie que la vigilara.

«Cedrick, ¿estás seguro de haber escuchado bien al señor James?»

«Sí, señor. Me pidió que le dijera que las hermanas Morgan estarían allí esta noche».

Una vez que Cedrick terminó de vestirlo, Phillip bajó las escaleras volando. Su carruaje le esperaba, ya que su indecisión había retrasado su partida. Cuando el carruaje se detuvo frente a

la mansión de los Weston, Phillip cerró su reloj de bolsillo y lo guardó. Los festejos habían comenzado diez minutos antes.

Salió de su carruaje pero no llegó lejos antes de encontrarse con su amigo Fitz. Los dos se saludaron cordialmente.

«¿Por qué no estás ya dentro?» preguntó Phillip.

Con un encogimiento de hombros, Fitz respondió: «Cumplí mi condena y saludé a los que más probablemente informarían de mi aparición a mi padre. Ahora puedo ir a jugar a las cartas». Miró a Phillip un momento antes de preguntar: «¿Te apetece acompañarme? Ya es tarde. Seguro que ya estás harto de estas cosas».

Phillip negó con la cabeza. «Me temo que esta noche no».

Los amigos se despidieron y Phillip subió las escaleras de dos en dos. Al acercarse a la puerta principal, se detuvo a saludar al señor y la señora Green, amigos de sus padres.

«Señor Heartford», dijo alegremente la señora Green, «me alegro mucho de verle de nuevo. Nos encontramos con sus padres en Cromwell, y su madre no paraba de comentarnos sus logros.»

A Phillip se le calentaron las mejillas. No supo si fue por el esfuerzo de subir las escaleras tan deprisa o por el cumplido. «Mi madre no es muy objetiva», respondió.

«No. Ninguno de nosotros lo es, en realidad». Ella se inclinó y su sonrisa se desvaneció. «Pero la vi recuperarse del shock de la muerte de Johnathan. Era muy querido para ella, ya lo sabes. Sin ti, no sé si habría podido sobrevivir».

Phillip ahogó un nudo en la garganta. Durante cinco años, Johnathan le había atormentado. Cada día Johnathan le había guiado en sus acciones. Pero cuando había descubierto que Julia se había ido, se había olvidado de pensar en su hermano. Ahora, al oír las palabras de la señora Green, era como si hubiera reaparecido el fantasma. «Todos le extrañamos mucho».

«Él también habría estado muy orgulloso de ti. Parece que estás logrando todos sus objetivos».

«Él dio su vida para salvar la mía», dijo Phillip antes de aclararse la garganta. «Lo menos que puedo hacer es intentar vivir lo suficiente para los dos».

La amable sonrisa de la señora Green volvió. «Qué bonita manera de honrarle. Estoy segura de que estará mirándote ahora, agradecido de que hagas tanto para rendirle homenaje».

El señor Green tocó la mano de su esposa. «Fue maravilloso verte, Heartford, pero debemos entrar ahora. Lilian tocará esta noche».

Tras comprobar sus abrigos y sombreros, los tres entraron en la sala principal. Mientras los Verdes tomaban asiento, Phillip observó a la multitud. Sus ojos se posaron inmediatamente sobre Julia y Allison. Estaban cerca de la ponchera, riendo. Dio un paso adelante antes de ver al joven que al principio había quedado oculto detrás de Allison. Aceleró el paso.

«Señorita Morgan, señorita Julia», saludó, todo el tiempo con los ojos fijos en aquel desconocido.

«Oh, señor Heartford, qué sorpresa. No sabía que había vuelto a Londres», dijo Allison. Derrochaba encanto, lo que pilló a Phillip por sorpresa.

«Bueno, parece que todo nuestro pueblo ha huido a la ciudad. No me podía permitir quedarme atrás».

Con una de sus sonrisas características, Allison respondió: «En efecto, no. Esperaba, señor Heartford, que pudiera acompañarme. Olvidé recoger un programa».

Phillip le ofreció el brazo a Allison y se alejaron de la ponchera. Necesitó todo el control que poseía para resistirse a volver a mirar a Julia. La estaba dejando sola con un hombre del que

no sabía nada. Imágenes asaltaron su mente: su piel de alabastro contra el vestido rubí oscuro, la tela que caía con gracia sobre su cuerpo revelando cada una de sus curvas, los sedosos mechones de pelo que se habían escapado de su cofia y atraían la mirada hacia su clavícula. El sonido de su risa parecía resonar en la habitación. Sin duda, ni siquiera una ninfa podría producir un sonido más tentador. Ella tentaría a cualquier hombre, y a el no le importaba la forma en que aquel hombre en particular la había estado mirando. ¿Por qué, precisamente ahora, Allison se había interesado tanto por su compañía? Sólo había elegido a Allison para poder proteger a Julia, pero ¿cómo iba a hacerlo desde el otro lado de la habitación?

El resto de la velada resultó igual de frustrante. Cuando intentaba hablar con Julia, Allison intervenía. Cada vez que Julia conseguía librarse de las pirañas, su hermana encontraba otra que lanzar en su camino. Allison, que hasta entonces se había mostrado distante cuando no le evitaba, de repente le encontraba fascinante y se mostraba casi pegajosa. Él había contado su independencia entre sus atributos, y esta nueva faceta de su personalidad lo dejó muy preocupado por su futuro. Toda la velada fue exasperante. Tenía que escapar y, al cabo de una hora, encontró una oportunidad.

De vuelta a casa, se dio un baño y se instaló en su biblioteca. Un buen libro solía ser una excelente distracción. Sin embargo, esa noche, hasta su libro favorito había perdido su encanto. Miró hacia la silla de su derecha. Prissy estaba apoyada en un reposabrazos y sus brillantes ojos verdes lo miraban fijamente. Extendió la mano y la acarició detrás de las orejas. Ella le respondió con un ronroneo.

Phillip respiró hondo y se recostó en su asiento. «¿Qué debo hacer?», preguntó a la gata.

Con un movimiento de su cola, Prissy saltó de su asiento y se alejó.

Todas las mujeres constituyen un misterio, independientemente de la especie. Phillip cerró su libro. En cuanto se levantó para dejarlo en la estantería, entró Cedrick con una tarjeta de visita.

«¿Quién podría llamar a estas horas?». preguntó Phillip mientras sacaba la tarjeta de la bandeja. La pregunta era retórica, pues sólo había una respuesta, y un rápido vistazo a la tarjeta confirmó lo obvio. «Dígale al señor James que estoy en mi mecedora y que no recibo visitas».

La puerta se abrió y Caleb entró. Se volvió hacia Cedrick. «Dígale al señor Heartford que ya lo he visto en su mecedora, y que si me veo obligado a escuchar la actuación de Lilian Green y a asistir a un evento en el que ni siquiera tiene la decencia de quedarse, me verá».

Cedrick miró a su jefe y Phillip le hizo un gesto con la mano para que se fuera. Se marchó sin decir palabra. Prissy también se escabulló por la puerta antes de que se cerrara. *Evitando al señor James, por lo que veo. Ese gato es un excelente juez de carácter*.

«Tiene usted los modales de un erizo de mar», dijo Phillip, ciñéndose la bata con fuerza. «Si se empeña en visitarme, permítame que me cambie».

«¿Volverás, o es tu intención huir dado que esto podría percibirse como una visita social?».

Phillip lo fulminó con la mirada, pero se marchó sin responder. Cuando regresó, completamente vestido, Caleb no estaba en la biblioteca. Phillip fue a su estudio y encontró al señor James sentado en una silla, fumando uno de los puros que guardaba en un cajón cerrado con llave. Antes de que pudiera preguntar cómo había accedido su invitado a su cajón, Caleb habló.

«¿Dónde estabas?»

«¿Qué? Vistiéndome». Phillip tenía que preguntarse a veces por qué seguía siendo amigo de este hombre.

«No. Esta noche. ¿Dónde estabas?»

«¿Te refieres al evento?»

Caleb asintió.

«No es que sea de tu incumbencia, pero cuando llegué no me sentía bien, así que me fui después de las primeras actuaciones», respondió Phillip. Se acercó al cajón, lo abrió y sacó un puro para él. «¿Cómo llegaste a mis puros?».

«Fitz me dijo dónde escondías la llave», dijo Caleb con la misma indiferencia que podría emplear para dar indicaciones a alguien. « Yo estaba allí específicamente para apoyarte y ayudarte a ganar el afecto de tu joven dama. ¿Y te sentiste mal?» Lo dijo en tono acusador. Levantó una ceja y observó a Phillip con tal escrutinio que Phillip se sintió físicamente incómodo.

«Irrumpes en mi casa, robas mis puros, y tienes la audacia de interrogarme en mitad de la noche...»

«Sí. Y es un solo puro».

Phillip se hundió en una silla. Cortó la punta del puro, pero antes de encenderlo lo tiró sobre el escritorio. Había sido una noche dura. Dejó caer la cabeza entre las manos y se frotó las sienes. Miró cansado a Caleb, que no mostraba ni rastro de su típica actitud despreocupada. Phillip necesitaba a alguien con quien hablar y, como siempre, Caleb se había enterado. Después de soltar un profundo suspiro, Phillip dijo: «Yo... no sé si puedo hacer esto».

«¿Hacer qué? ¿Asistir y participar de forma fiable en un acto social?».

Phillip puso los ojos en blanco. «No. No sé si podré casarme con la señorita Morgan».

Caleb dio unas caladas antes de responder. «Bueno, ya que ella tampoco parece dispuesta a casarse contigo, no veo el porqué de la cara larga». Se acercó y tomó un cenicero. Con un movimiento de muñeca, quitó la ceniza de la punta del puro. «Hay algo más. ¿Por qué no sabes si puedes casarte con ella?».

«Porque un hombre siempre quiere lo que no puede tener», dijo Phillip, más para sí mismo. Si no se hubiera encontrado con la señora Green. Había empezado a creer que podría permitirse ser feliz y tener ese resquicio de esperanza antes de caer en la oscuridad era mucho peor que no haber visto nunca la luz.

Capítulo Trece

No fue hasta después de mucho insistir que Phillip se encontró llamando a las hermanas Morgan a la mañana siguiente. Rápidamente descubrió que Allison había vuelto a ser la de siempre, ignorándole casi por completo. No le cabía duda de que si su tía no hubiera estado presente, lo habría tratado mucho peor. Pero por fin tuvo la oportunidad de hablar con Julia, y eso le tranquilizó el corazón como ninguna otra cosa podría haberlo hecho.

«Lamento muchísimo que no pudiéramos hablar anoche, señor Heartford. Allison tiene tantos conocidos. No tenía ni idea de lo ocupada que me tendría». Julia brillaba esa mañana. Phillip se preguntó si su confianza se había visto reforzada por la atención que había recibido la noche anterior. Tarareaba mientras colocaba en un jarrón las flores que él le había traído.

«Deja eso», dijo su tía al otro lado de la habitación. «Podemos dejar que los criados se ocupen de eso».

Julia miró a su tía y, al ver que había vuelto a centrar su atención en el punto de aguja, colocó dos de las rosas delante del jarrón. Con cuidado, apartó algunas hojas de la vegetación, permitiendo que los colores de las flores se vieran sin obstáculos en la habitación. Se inclinó y aspiró la dulce fragancia de una flor antes de arrancar una espina del tallo. Phillip se quedó hipnotizado. Era grácil y elegante.

La imagen de ella arreglando el centro de mesa en el gran vestíbulo de Marymoor bailó en su mente. Sus pendientes captarían la luz de la ventana, igual que cuando su madre realizaba esta tarea. Sería una amante maravillosa, pensó. Esto no serviría. No podía quedarse aquí, mirándola. «¿Está disfrutando de Londres, señorita Julia?», preguntó, con la esperanza de alejar esas imágenes.

«Lo encuentro abrumador. Pero es muy agradable ver una cara familiar. Gracias por su visita».

Phillip le ofreció el brazo y juntos volvieron al lado de la habitación donde estaba sentada su tía. «La verdad es que me decepcionó mucho descubrir que te habías ido de Kent. Pensé que si tenías intención de irte, me lo habrías mencionado».

«Nuestra madre tomó la decisión de forma bastante repentina», explicó Julia. Todavía estaban a varios metros del sofá donde se sentaba su tía. Julia se detuvo. Se inclinó hacia ella y le preguntó: «¿Realmente te decepcionó saber que me había ido?».

«Sí.» Levantó la vista y vio a Allison mirando en su dirección. «Y a la señorita Morgan también, por supuesto».

Julia frunció el ceño. «Sí. Debería haber mencionado que se marcharía. Sería difícil ganarse su afecto desde lejos». Aunque había hablado en voz alta, parecía estar hablando consigo misma. Añadió con una débil sonrisa: «Anoche parecíais llevaros bastante bien».

«Siempre ha sido más sencillo contigo. Con esa, volvemos al principio». Con un movimiento casi imperceptible de la cabeza, señaló a Allison.

Julia la miró. Se llevó la mano a la boca para ocultar una carcajada. «Por la expresión de su cara, creo que tiene suerte de que no vaya armada, señor Heartford. Aunque es totalmente inverosímil en su caso, casi adivinaría que está celosa».

«Esa no es una mirada de celos. Es la mirada que una madre osa lanza a un cazador cuando protege a sus oseznos».

«¿Crees que te considera peligroso?»

«No sabría decirlo. Conozco a tu hermana desde hace tanto tiempo que creo que puedo predecir su comportamiento con cierta exactitud, pero nunca he sido capaz de adivinar sus pensamientos.»

«¿Qué os retiene?» preguntó la tía de Julia. La tía dio unas palmaditas en el cojín del asiento contiguo.

Las dos reanudaron la marcha. «Si están libres esta tarde a las dos, el señor Weston nos ha pedido que le acompañemos a dar un paseo por Hyde Park, cerca de la zona donde había estado la entrada a la Gran Feria. Si por casualidad se encontrara allí, podría acompañarnos. Podría permitirle preguntarle a Allison en qué está pensando».

«¿Es el Sr. Weston ese joven encantador con el que hablaba cerca de la fuente de ponche?»

«Sí. Allison tiene una idea tonta sobre él y yo», explicó.

«Le veré a las dos».

«¿De qué estáis cuchicheando?» preguntó Allison.

«Nada importante», respondió Julia. Aceleraron el paso y se unieron al resto de la familia.



Aunque no fue necesaria ninguna recompensa para atraer a Phillip a unirse a la fiesta de Julia en Hyde Park aquella tarde, las miradas de Allison y el señor Weston cuando apareció le divirtieron tanto que se sintió generosamente recompensado. Al principio, Allison parecía lívida. Pero si la evaluación de sus sentimientos era correcta, ella enmascaró ingeniosamente sus verdaderos sentimientos en cuestión de segundos. Entonces, antes de que él se diera cuenta, ella lo había cogido del brazo, ralentizado el paso y lo había vuelto a aislar de Julia.

Una vez fuera del alcance de sus oídos, Allison se inclinó hacia él y le preguntó: «¿Qué está haciendo, señor Heartford?».

«Como le he dicho, estaba paseando y casualmente vi su fiesta».

Allison apretó los labios. Le palpitaba una vena del cuello. Tras unos tensos minutos de silencio, dijo: «Hace años, tuve una experiencia que me enseñó que las cosas rara vez son como uno cree que son. Desde su regreso, he debatido conmigo misma si divulgarle los detalles de esa lección».

«Le agradecería cualquier lección que quisiera impartir, señorita Morgan. Como sabe, creo que hay ventajas en un encuentro entre nosotros». Se levantó y se aflojó la corbata. «Sin embargo, soy consciente de que nuestra relación ha sido tensa desde mi regreso. Usted ha declarado que no éramos íntimos de niños, pero al menos éramos considerados y agradables. No puedo explicar el cambio, pero creo que si podemos devolver nuestra relación a su estado anterior, podríamos encontrar satisfacción en el matrimonio.»

Allison resopló y soltó la mano del brazo de él. «Yo estaba allí el día que Johnathan murió», dijo.

«Sí», respondió él. Sin perder un paso, se abalanzó y recogió una flor que había volado de un árbol y aterrizado en el camino. Se volvió hacia ella con las dos cejas levantadas y una

palma hacia arriba. «Ya lo sé. Corriste a buscar ayuda».

«No», dijo ella con más insistencia, »estaba en el bosque antes de que llegarais al lago. Oí lo que os dijisteis, antes... antes de que muriera».

Por un segundo, Phillip pensó que su corazón se había detenido. Dejó caer la flor. Luego intentó reanudar su mirada de indiferencia. «Lo siento», dijo levantando un hombro. «Me temo que no recuerdo nada anterior al accidente».

Los ojos de Allison se entrecerraron. «¿De verdad? Yo creo que sí». Phillip se negó a mirar en su dirección. «Discutiste. Habías visto a Julia en brazos de Johnathan. Te enfrentaste a él por ello. Él te dijo que no tenías derecho sobre ella. Dijo que estaban enamorados. Era perfectamente obvio que sentías el dolor de un amante despechado».

Una ola de desorientación le invadió. Los sonidos que le rodeaban parecían desvanecerse. Creyó escuchar los latidos de su propio corazón, pero tal vez sólo podía sentirlos. Tenía la boca seca, pero con voz temblorosa y apenas audible dijo: «¿Has escuchado eso? Yo... estaba tan enfadado con él... con los dos en realidad». Empezó a temblar y le escocían los ojos. «Me dijo que no saliera al lago. Me dijo que el hielo se estaba acabando. Pero necesitaba alejarme de él, estar sola. Quería ir a un sitio donde no me siguiera». Dejó de caminar. Bajó la cabeza y se agarró el puente de la nariz. «Siempre tenía miedo del lago. No sabía que se había descongelado tanto. Había estado en él unos días antes». Le reconfortó saber que el señor Weston y Julia estaban absortos en la conversación y era improbable que volvieran la vista hacia ellos. Allison le dio una reconfortante palmada en el brazo. «Fue culpa mía», ahogó las palabras. Metió la mano en un bolsillo y sacó el pañuelo. Respiró hondo e intentó controlar sus emociones.

«No», dijo Allison con firmeza. «Sé lo que se siente al aferrarse a la culpa durante años. Preguntarse si se hubiera hecho algo de otra manera, si se hubiera dicho otra cosa. Sé lo que es necesitar tener una razón. Necesitar a alguien a quien culpar». Pero su muerte fue una tragedia sin sentido. Ahora lo acepto, y te aconsejo que hagas lo mismo».

Permanecieron en silencio, cada uno absorto en su mundo. Phillip fue el primero en volver al presente. «Gracias», dijo en voz baja.

Ella asintió con la cabeza. Una vez pasado el momento, reanudaron el paseo.

Allison soltó: «¿Has vuelto a por Julia? Si no es así, no permitiré que interfieras en sus esfuerzos por encontrar marido».

El hombre la miró con las cejas fruncidas. «No. Johnathan ganó su corazón. ¿Cómo podría quitarle más?» Extendió la mano para agarrarla, pero ella esquivó hábilmente sus maniobras. «Lo decía en serio cuando dije que deseaba tu mano», suplicó. «Mis padres siempre tuvieron la esperanza de que su hijo mayor se uniera a los Morgan. Admito que en mi juventud albergaba la tonta idea de estar enamorado de Julia, pero era sólo porque malinterpreté su amabilidad como afecto. He crecido y ya no soy aquel muchacho tonto. Tal vez describir mis sentimientos hacia ti como amor sea una hipérbole, pero siento afecto y -le ofreció una débil sonrisa- sé que podemos aprender a hacernos felices el uno al otro».

Le ofreció el brazo y ella le puso una mano en la manga. «Por muy romántica que haya sido esta confesión», dijo ella con una sonrisa, »hay un secreto que te he estado ocultando. Creo que te ha hecho sufrir mucho, y siento haberte ocultado esta información». Soltó un suspiro y se inclinó hacia él. «Amaba a Johnathan, y sentí celos cuando le oí confesarse contigo en el bosque. Estaba enfadada con Julia por hacer que se enamorara de ella».

«Yo, mejor que nadie, lo entiendo. No necesitas dar explicaciones ni disculparte....»

«No», le cortó ella. El enfado y la impaciencia rezumaban por sus poros. «No me has dejado terminar. Julia nunca amó a Johnathan. Te estaba mintiendo. Sólo te lo dijo porque sabía,

tan bien como yo, que ella sólo te quería a ti. Te dijo que estaban enamorados para alejarte de ella, con la esperanza de que si no estabas allí, él podría ganar su corazón.»

Phillip negó con la cabeza. «Pero los vi juntos...».

«Lo que viste», interrumpió ella, «fue a Johnathan agarrándola después de que ella tropezara con la raíz de un árbol». Le quitó la mano de la manga y juntó las suyas. «Julia se había mortificado. Llegó a casa llorando unos días antes de vuestro enfrentamiento y me lo contó todo. Le preocupaba haberse puesto en una situación comprometida, pero le aseguré que nadie había visto las secuelas de su accidente. Por eso estaba allí aquel día. Seguí a Johnathan al bosque. Quería asegurarme de que su reputación permanecía intacta».

Phillip volvió a dejar de caminar. Sus brazos cayeron a los costados y murmuró para sí: «Pero yo lo detuve primero».

«Sí. Supe que me había arriesgado siguiéndole hasta un lugar tan apartado, y pensé en esperar a que pasaras antes de hacer notar mi presencia». Allison se mordió el borde del labio. «Pero entonces se cayó y sólo pude pensar en pedir ayuda. Después de que muriera... pensé en decírtelo. Pero te culpaba de su muerte y estaba enfadada con Julia por haberle robado el corazón». Dio unos pasos, se volteó y regresó. Una lágrima rodó por su mejilla. Miró a Phillip. Sus ojos se llenaron de remordimiento. «Me sentí despojada de mi felicidad y estaba enfadada. Actué por venganza. Te dejé creer que estaba enamorada de él. Y cuando te estabas recuperando, cuando ella suplicó verte, dejé que se preguntara por qué se le denegaba la admisión».

Phillip se quedó mirando al suelo durante varios segundos. Tragó saliva. Finalmente, dijo con un temblor en la voz: «Gracias por contarme todo esto, pero no veo en qué puede cambiar nada».

Al igual que el humor del día cambia rápidamente cuando una nube pasa por encima del sol, el remordimiento y el arrepentimiento de Allison fueron sustituidos por la ira y la incredulidad. «Ella todavia esta enamorada de ti. Y he visto cómo se te ilumina la cara cuando estás cerca de ella. Tú también la quieres. Pero si pretendes jugar con sus emociones, te haré sufrir como lo habría hecho Johnathan».

Phillip levantó la mirada. «Me ha dado mucho en qué pensar, señorita Morgan. Cuando hayamos alcanzado a los demás, espero que me disculpe».

«No están muy lejos. Puedes irte. Me disculparé».

Capítulo Catorce

Caleb estaba sentado con una pierna sobre la rodilla y los dedos entrelazados. Detrás de él había un fuego voraz. Mirando por encima de las puntas de los dedos, sus ojos se clavaron en Phillip, que se paseaba de un lado a otro. «Deja de hacer eso», le espetó. «Me estás mareando». Hizo un gesto a Phillip para que se acercara. «Siéntate antes de que hagas un agujero en la alfombra».

Phillip se dirigió hacia el fuego. Miró la silla vacía antes de desplomarse en ella. En cuanto sus piernas tocaron el asiento, su rodilla empezó a rebotar.

Caleb gimió. «Eres como un cachorro. Tienes demasiada energía».

«Estoy nervioso», dijo Phillip.

Tamborileando con las puntas de los dedos, Caleb preguntó: «¿Estás seguro de que no es excitación?».

«¡No! ¿Por qué iba a estar emocionado? He venido aquí para casarme con la señorita Morgan. No sólo se niega a considerar mi oferta, sino que ha presentado una demanda escandalosa, y ya no sé cómo actuar con la señorita Julia.»

«Imagínate», dijo Caleb con la diversión bailando en sus facciones. «Una chica rechaza tu oferta porque estás enamorado de su hermana menor».

Phillip levantó la cabeza y miró a Caleb. «Nunca dije que estuviera enamorado de ella». Se pasó las manos por el pelo y gimió. «Sí, cuando era joven e inmaduro, puede que lo creyera, pero ahora...». Hizo una pausa. ¿Qué siento por ella? «Ella y yo estamos destinados a ser hermanos».

Caleb bajó las manos a su regazo y ladeó la cabeza. «Puedes repetirte algo cien veces, pero eso no hará que sea así. Os he visto juntos». Esbozó una sonrisa de satisfacción. «Te aseguro que parecíais mucho más cómodos e íntimos juntos que yo cuando estoy con Violet». Caleb cogió una copa de la mesa que había junto a su silla y bebió un sorbo. Hizo girar el vaso y observó cómo el líquido formaba un pequeño embudo. No levantó la vista cuando habló. «Permítame preguntarle algo. Fitz es hijo de un duque. Es el tipo de joven soltero que hace las delicias de las casamenteras mercenarias. Dado que siente un afecto fraternal tan fuerte por la señorita Julia, imagino que estaría encantado si le pido a mi madre que organice una pequeña cena, y me aseguro de que nuestro amigo sea emparejado con su hermana menor.»

Phillip abrió los ojos de par en par. Se levantó de la silla y empezó a pasearse de nuevo. «¿Por qué haría algo así? Ella no es en absoluto su tipo».

Con los ojos muy abiertos, Caleb levantó la vista de su asiento y preguntó: «¿Es eso lo que te molesta? Podría pedirle a Fitz que trajera a uno de sus amigos. ¿Sabías que ha adoptado la nueva costumbre de llevar a un soltero a todos los actos sociales a los que asiste? Cree que es prudente llevar un sacrificio para los mercenarios en caso de que se acerquen demasiado e intenten robarle su libertad. Estoy seguro de que puede traer uno de calidad que encontraría a la señorita Julia simplemente encantadora».

«No. Eso es suficiente. La señorita Julia acaba de salir del colegio. Sería de mala educación que un caballero mostrara interés por ella. Especialmente, mientras su hermana mayor aún está fuera y soltera».

«Qué peculiar. Quizá alguien debería mencionárselo a... ¿era el señor Weston?». Caleb se levantó y se acercó a un armario.

«Su hermana está detrás de ese ridículo intento de emparejamiento. Estoy seguro de que

sus padres preferirían tener a la mayor comprometida antes de lanzar solteros en dirección a la señorita Julia.»

«Sin embargo, ¿han enviado a la señorita Julia hasta aquí, a Londres?»

«No a encontrar marido», espetó Phillip. Las palabras de Caleb habían provocado en Phillip una pesada sensación de hundimiento en la boca del estómago. Seguramente, no se espera que ella acepte una propuesta esta temporada. «Ella simplemente asiste a esta temporada para ganar experiencia», dijo Phillip, con una confianza que no sentía. «Su padre conoce mis intenciones hacia la señorita Morgan y esperara hasta que nuestro compromiso sea oficial antes de que Julia considere seriamente pretendientes. Este año, su presencia en Londres tiene como único objetivo ayudarla a superar su inseguridad y darle exposición. El próximo año, saldrá en serio».

«Hmmm, exposición.» Caleb sacó una jarra y rellenó su vaso. «Entonces no veo qué hay de malo en presentársela a algunos de mis amigos. ¿No dijiste que querías casarte con la señorita Morgan para asegurarte de que la señorita Julia tuviera éxito? La exposición añadida, como usted dice, la ayudará a prepararse».

Phillip entrecerró los ojos y miró a su anfitrión bajo los párpados encapuchados. «Es prematuro lo que sugieres».

Caleb cruzó la habitación con su característico estilo de suave elegancia. «Y cuando pasen los meses y ella esté bailando con una ristra de hombres, ¿no sentirás más que felicidad por su éxito?».

El rostro de Phillip se calentó. «En este momento, no encuentro ningún pretendiente lo suficientemente bueno».

«Por supuesto que no». Caleb se reclinó en su silla y puso los pies sobre una otomana cercana. «Porque estás enamorado de ella».

«Lo estoy. Las palabras habían brotado solas, pero al oírlas, Phillip no dudó de su veracidad. « Sin embargo, ella no está enamorada de mí», añadió como una idea tardía. Phillip volvió a sentarse cerca del fuego, se tumbó y, de repente, pareció despojado de todo exceso de energía nerviosa.

«Según la señorita Morgan...»

Sacudiendo la cabeza, Phillip soltó: «La señorita Morgan no sabe hasta dónde ha llegado Julia, en un esfuerzo por ayudarme a intentar conseguir la mano de otra. Su hermana mayor, de hecho. Esas no son las acciones de una mujer enamorada». Bajó la cabeza y los hombros y permaneció encorvado en su silla mirando al suelo.

«Sin embargo, estaba dispuesta a llegar incluso más lejos para ayudar a su amor a conseguir un partido ventajoso».

Phillip no dijo nada durante varios minutos, y su expresión permaneció oculta. Finalmente, giró la cabeza y, desde su posición agachada, miró a Caleb. «¿Qué debo hacer?»

Caleb retiró una pelusa de su chaqueta. «Me parecería bastante obvio. Ya te has declarado a una mujer a la que no amas. Debería ser sencillo pedirle la mano a una dama a la que realmente amas».

«Pero no me importaba si la señorita Morgan rechazaba mi oferta. Creo que si Julia hiciera lo mismo, me aplastaría».

«Si tuviera la mitad de las seguridades que tú tienes de haber ganado el corazón de Mary, cabalgaría tan rápido como pudiera y caería a sus pies, rogándole que me aceptara. Ni siquiera me importaría el estado de mi ropa o la fatiga del viaje».

Phillip levantó un ojo. Caleb era algo más que un quisquilloso cuando se trataba de su

vestimenta.

Ignoró la mirada y Caleb añadió: «Serás tonto si no te pones en marcha pronto».



Julia recorrió el mercado con la mirada y no vio señales de él. Se dirigió a un puesto de verduras. Este lugar se encontraba a barlovento de la pescadería. Nunca antes había estado en esa clase de mercados, ya que nunca había participado en la preparación de sus comidas. Agradeció que Phillip le hubiera enviado una capa para que se la pusiera. Sin ella, su ropa la habría hecho destacar, y odiaba desesperadamente ser el centro de atención. Por el rabillo del ojo, vio dos preciosos vestidos en tonos pastel. Echó un breve vistazo y vio que las mujeres eran claramente adineradas y apreciaban la atención que estaban recibiendo. No estaba segura, pero pensó que era posible que hubiera visto a una de ellas en el último acto al que había asistido. Se volvió hacia los tomates, pero cuando pasaron, captó un pequeño fragmento de su conversación.

«No tema, la hermana de la señorita Morgan es muy hogareña. Estoy segura de que el señor Weston sólo pasa tiempo con ella con la esperanza de ganarse la simpatía de la señorita Morgan. Y ambas sabemos que, en cuanto descubra lo fría y despiadada que es, entrará en razón».

A Julia se le encogió el corazón. No es que tuviera ningún interés en el señor Weston, pero por un instante había empezado a creer que podía ser deseable, que podía ser digna de amor.

«Había oído rumores de que la señorita Morgan podría estar recibiendo ofertas del señor Heartford. Ella permaneció a su lado durante una buena parte de la noche.»

«No puedo precisar las intenciones del caballero, pero la oí decir que era un amigo de la familia y nada más».

Julia se esforzó por escuchar más mientras las mujeres se alejaban.

«Si espera ganarse su mano, imagino que podremos buscarlo una vez que ambas estemos casadas y enviudemos. Estoy segura de que continuará disponible».

Sus voces se ahogaron en el mar de ruido y Julia se permitió mirar en su dirección. Sus espaldas en retirada pronto desaparecieron de la vista. ¿Era así como la gente percibía a Allison? Julia sintió alivio al saber que era Phillip quien la perseguía. Era leal y no se dejaría disuadir por la fachada artificial que su hermana presentaba al mundo.

«¿Julia?»

Se giró para encontrar a Phillip. Él también llevaba ropa que le permitía pasar desapercibido.

«Me sorprende que pudiera encontrarme, señor Heartford. Estoy segura que no llamaría la atención de ninguno de los conocidos de mi hermana».

«Entonces los conocidos de su hermana están ciegos», dijo él. Se volvió hacia el dueño del puesto y compró una bolsa de zanahorias. Una vez finalizada la transacción, le ofreció el brazo a Julia. «Podría encontrarte entre cualquier multitud», le aseguró.

Julia señaló su bolsa. «¿Sus criados no seleccionan sus productos?».

«Lo hacen. Pero una amiga me recordó no hace mucho la importancia de ayudar a los menos afortunados. Me hizo querer ser un mejor hombre». Los dirigió hacia un panadero y

seleccionó varias barras de pan. «He estado comprando comida cada semana para enviarla a un orfanato. A veces me gusta hacer la compra yo mismo. Así puedo meter algunos caramelos».

Tras recibir su bolsa del panadero, siguieron caminando entre las hileras de puestos. De repente, Julia se detuvo. «Me viste con Emma. ¿Cómo lo supiste? ¿Cuándo nos viste?».

Sus mejillas se sonrosaron. «Es una historia divertida», dijo mientras una risita nerviosa salía a la superficie. Sus ojos se movieron y empezó a parpadear rápidamente. «Cuando volvía a casa, después de la primera vez que nos vimos en el granero, me enfrenté a unos arbustos agresivos. Eso retrasó mi viaje y...»

«Ya veo», dijo Julia, antes de que pudiera terminar. «Me estabas espiando». Hizo la acusación lentamente, pronunciando cada palabra con cuidado. Levantó un dedo índice y se lo puso en la barbilla. Él abrió la boca para hablar, pero ella continuó. «Con toda probabilidad, me habría cruzado contigo durante tu refriega con la vegetación. No hay razón para que no me hubieras pedido ayuda. A menos que tu accidente hubiera sido un esfuerzo intencionado por esconderte. Y esos movimientos que haces con los ojos ahora mismo no dejan lugar a dudas».

Phillip parecía un cachorro que hubiera entrado en casa arrastrando barro. Una mirada en su dirección y Julia no pudo evitar reírse.

Su risa le tranquilizó y le dijo: «Ésa es una de las muchas razones por las que siempre me has caído bien. Me conoces tan bien».

«Y a mí me gusta que seas tan fácil de leer», replicó ella.

«¿Ah, sí?», desafió él. Se le borró toda expresión de la cara y se quedó inmóvil.

Ella soltó una risita ante sus payasadas y miró al cielo. Unas cuantas nubes blancas y esponjosas vestidas de plata se habían reunido en lo alto para observar a la pareja. Su presencia le recordó la naturaleza intrusiva de las acciones de Phillip. «Pero, ¿por qué me observabas?», preguntó.

«Estaba preocupado por ti», explicó él. «Quería asegurarme de que no corrías ningún peligro».

Los labios de Julia formaron una fina línea. «Ya no soy una niña. Aunque aprecio tu preocupación, tal vez deberías tener más fe en mi juicio».

Phillip asintió tímidamente. «¿Me perdonas si te doy esto?», dijo metiéndose la mano en el bolsillo. Sacó un pequeño paquete envuelto en papel y se lo entregó.

«¿Es éste el regalo que me prometiste cuando fuimos a visitar el invernadero?». preguntó Julia, tomando el paquete con cautela.

«No es un regalo. Es un agradecimiento. En realidad no es nada. Mientras estábamos en Kent, pasé por el mostrador de la confitería y oí al tendero mencionar que uno de sus clientes tenía especial predilección por los caramelos de menta. Recordé tu afición por ellos y supe que hablaba de ti».

Julia se sintió tan conmovida que casi se le llenaron los ojos de lágrimas. «¿Te acordaste?»

«Han sido tus favoritos desde que tenías tres años».

Guardó el paquete en el bolso y se aclaró la garganta, intentando reprimir sus emociones. «Aquí estoy, una vez más, haciéndote perder el tiempo. Estamos aquí para elaborar una estrategia sobre Allison».

La confusión de Phillip era evidente. «¿Allison?»

«Sí, estaba claro por la forma en que te persiguió en el parque que la probabilidad de que la hicieras aceptar...»

«No», se apresuró a responder. «Ya no tengo intención de seguir con eso». Phillip miró a

su alrededor. Había gente por todas partes. «Julia, hay un pequeño parque cerca. ¿Puedo llevarte allí?»

¿Qué acababa de decir? Su corazón se aceleró y estaba segura de que algo iba mal. «¿Para qué?»

«Necesito hablar contigo, pero preferiría un lugar un poco más privado».

Julia consideró su petición un momento y luego asintió. El parque estaba muy cerca pero, como Phillip había predicho, estaba mucho menos concurrido. Julia se sobresaltó cuando llegaron a una zona algo apartada y Phillip dejó de caminar.

Dio un paso adelante, y ahora, directamente frente a Julia, la miró a los ojos. «Allison no me quiere, y descubro que ella ya no es suficiente para mí». Gotas de sudor se formaron en sus sienes. «Yo... es decir, mi corazón ha sido capturado por otra».

La aprensión de Julia se convirtió en ira. Cerró las manos en puños, sin importarle el agudo dolor que le causaban las uñas clavándose en su piel. Sus dientes rechinaron, pero esta vez no se detuvo. ¿Cómo se atreve a hacerle esto a mi hermana? «Allison tenía razón; nunca te paras a pensar en tus actos». Se cruzó de brazos. «Un hombre con un corazón tan voluble, no tenía derecho a hablar con nuestro padre tan pronto. Has causado un desastre».

«Los-los deseos de mi corazón nunca han cambiado», tartamudeó Phillip. «Yo sólo... es decir... yo no... nunca amé a Allison».

Si Julia le oyó, no lo demostró. «Convenciste a nuestro padre de que a mi hermana se le acababa el tiempo», afirmó, con tono cortante. «Le diste esperanzas de que llegarías y salvarías el día». Rompió el contacto visual y negó con la cabeza. «Fuiste demasiado atrevido cuando te acercaste a ella por primera vez. Naturalmente, ella expresó inquietud, y aunque juraste que no te desanimarías, ahora has decidido simplemente rendirte». Su mirada se clavó en la de él. «¿Has pensado en cómo afectará a su reputación otro pretendiente perdido? Si tu corazón es tan desleal, ¿por qué esperaste a renunciar a ella hasta después de hacer público tu interés?».

«Mis intenciones no son de dominio público. No creo que una visita privada a una finca privada y hablar con ella en público dé lugar a muchas especulaciones», intervino Phillip.

«Le aseguro que sus atenciones se hicieron notar aquí. Y en casa somos una comunidad pequeña. Si no cree que sus intenciones eran obvias para el señor James, es usted un tonto. En cuanto diga algo, se correrá la voz y empezarán las especulaciones».

«¡Es la segunda vez en esta semana! ¿Por qué todo el mundo sigue insinuando que soy tonto?». Murmuró Phillip.

Incluso en su rabia, podía percibir la irritación en su voz.

«El señor James no dirá nada. Es un buen amigo y probablemente respeta más a tu hermana por haber sido demasiado prudente para aceptar mi oferta. Pero -continuó con un tono más suave y tierno- mi corazón no es voluble. Habría persistido en mis esfuerzos por ganar su mano, pero ella me ayudó a ver que mi corazón siempre ha pertenecido a otra.»

«¿Tu corazón? Tú, que me juraste que el amor no era importante en el matrimonio hace menos de una semana, ahora, ¿de repente te encuentras enamorado?»

«No de repente. Este amor echó raíces hace mucho tiempo, y aunque intenté ignorarlo, bloquearlo de la luz del sol, se ha negado a morir. Estoy enamorado de ti desde que tengo memoria, Julia». Alargó la mano y le tocó el brazo, pero en cuanto su piel entró en contacto, ella se apartó como si la hubieran tocado con fuego.

«¿Yo? ¡Cómo te atreves!» La mente de Julia se agitó mientras procesaba lo que había oído. «Cuando descubriste que mi hermana no caería rendida a tus encantos tan fácilmente, recurriste a tu segunda opción. Al parecer, cualquier chica Morgan sirve, incluso la más

sencilla». Ella retrocedió ante él. «Usaste mis propias palabras contra mí. Inventaste una estúpida historia sobre el descubrimiento de tu amor por mí, porque yo te había confiado. Te dije que creía en los encuentros amorosos». Sus ojos se llenaron de lágrimas. «¿Crees que soy tan patética que aceptaría ciegamente tus mentiras? ¿acaso es eso?»

«¡No!» balbuceó Phillip. Dio un paso adelante, pero ella le tendió el brazo, deteniéndole inmediatamente. «Siempre te he querido. Sólo que no tenía motivos para tener esperanzas...»

Julia se burló. «¿Siempre me has amado? ¿Debo creer que estabas enamorado de mí cuando le pediste a mi hermana que se casara contigo? o ¿Era que me amabas, pero sentías que alguien bonita podría ayudarte mejor con tus aspiraciones políticas?»

«Julia, eres hermosa. Es lo que siempre he pensado. Sólo que no creía que llegarías a amarme».

«Y, sin embargo, fui yo quien acudía a ti todos los días pidiendo verte hace tantos años, cuando te estabas recuperando de tu experiencia cercana a la muerte. Y fuiste tú quien se negó a hablar conmigo».

«Me negué a verte porque me habías roto el corazón, y yo estaba demasiado afligido por la muerte de Johnathan».

Julia se apartó de él. «Allison tiene razón. Eres un mentiroso. Fue inteligente al rechazarte. Y aunque estoy segura de que le resulta aún más difícil aceptarlo, señor Heartford, ni siquiera la hogareña chica Morgan está dispuesta a conformarse con usted.» Ella corrió por el camino con la mano levantada hacia su boca dejando atrás a un hombre destrozado.

Capítulo Quince

Phillip se paró con una mano en la cadera y usó la segunda para enfatizar sus palabras. La postura conseguía dar a entender un conocimiento superior sobre un tema y, al mismo tiempo, sugerir indiferencia hacia él. Era una pose que Caleb James había perfeccionado, pero parecía un traje mal ajustado al cuerpo de Phillip Heartford. Mirando mal a Caleb, y usando una voz aguda y quejumbrosa Phillip dijo: «Sólo ve con ella, y dile lo que sientes».

Lentamente, Caleb sacudió la cabeza, como divertido. «¡Esa es posiblemente la peor impresión que he visto de mí!». Su voz delataba su indignación.

Ignorándole, Phillip replicó: «¿Por qué te hice caso? Me diste el mismo estúpido consejo con respecto a la señorita Morgan». Se alejó unos pasos de su anfitrión, murmurando entre dientes: «Siempre diciéndome que huyera y me declarara. Después de cinco años, ¡ni siquiera le has pedido un noviazgo a la señorita Walker!». Giró sobre sus talones y marchó hacia Caleb. Señalando con el dedo índice, lo agitó enérgicamente hacia su amigo y le dijo: «¡Eres un hipócrita!».

Caleb recogió una fresa de la bandeja. «Está claro que las cosas no salieron como habías planeado y no te interesan mis sugerencias. Entonces, ¿qué vas a hacer?». Mordió la parte carnosa de la fresa y desechó el tallo en un cuenco antes de agarrar otra.

Phillip suspiró profundamente y su cuerpo se desinfló. Toda la ira y la tensión que había exhibido momentos antes se disiparon, dejando tras de sí a un hombre cansado y destrozado. Cruzó el patio y acercó una silla a la mesa que ocupaba Caleb. Se dejó caer en ella, bajó la cabeza y se pasó los dedos por el pelo.

«Ella no me quiere», dijo, con la voz tensa, »y debo casarme. La temporada aún no ha terminado. Supongo que debo encontrar a otra persona». Bolsas oscuras colgaban bajo sus ojos.

Caleb dejó la fresa que tenía en la mano. «¿Eso es todo? ¿Ese es tu plan maestro?»

Phillip giró la cabeza: «Creía que ya habíamos establecido que no necesitaba ni deseaba tu consejo».

«Sí, pero eso fue cuando pensamos que tenías algo mejor en mente que simplemente rendirte».

Phillip se levantó. «Agradezco todo lo que han intentado hacer, pero este proceso me está costando demasiado. Sólo quiero acabar con esto». Se acercó al muro bajo que rodeaba el patio y estudió los jardines que había debajo.

Vertiendo leche en su té, Caleb dijo: «Si sientes que esto es intentarlo, imagina toda una vida con una mujer a la que aceptaste porque fue la primera en decir que sí.»

«Prefiero no imaginar nada».

Caleb levantó la vista y estudió a su invitado. «Parece que te vendría bien descansar. Deberías irte a casa e intentar pensar en otra cosa».

«Por fin me das un buen consejo», dijo Phillip con cansancio. No tardó en marcharse.

Una vez solo, Caleb levantó su taza de té. Bebió un sorbo y miró a lo lejos, como hacía siempre que intentaba resolver un enigma.



«Puede que seas capaz de engañar a nuestros tíos, Julia, pero tus expresiones reflejan las mías. ¿Qué te pasa?» Allison apartó las mantas y se metió en la cama junto a Julia. Una vez cómodamente instalada, se subió el edredón hasta la barbilla.

«No sé a qué te refieres», insistió Julia. Se puso boca arriba y miró al techo. «Si parezco desorientada, tal vez sea porque un carámbano acaba de meterse en mi cama».

Allison se puso de lado para mirar a su hermana. «Este carámbano te pondrá los pies fríos si te niegas a confesar». Apartándose un mechón de pelo que se le había soltado, añadió: «Te ayudaré a recordar». Su tono era firme, una clara indicación de que no tenía intención de dejar de lado el tema. «Dado el momento, supongo que algo ocurrió durante el paseo de esta tarde. ¿Por qué no empiezas por ahí?»

Julia cerró los ojos y murmuró: «Si quieres un cuento antes de dormir, creo que un cuento de hadas te resultará más interesante que oír hablar de mi paseo sin incidentes».

«Ya he oído todos los cuentos de hadas que conoces», le aseguró Allison. Se apoyó en un codo para poder ver mejor la cara de Julia. «Dime, ¿a dónde fuiste de paseo?».

Tras una breve mirada de reojo, Julia respondió: «Fui a la librería».

Allison sonrió. En la habitación a oscuras, la luz de las velas y el fuego rebotaba en la superficie de los dientes de Allison. «¿Llegó el libro que pedí?».

«No. Quiero decir que olvidé preguntar». Nada más decir esto, Julia dio un respingo. Las palabras habían salido demasiado rápido. No había sonado convincente.

«Estás mintiendo», declaró Allison.

Julia no podía negarlo, pero sí intentar reconducir la conversación. «Es una acusación atrevida», afirmó.

Los ojos de Allison se clavaron en su hermana. «La librería lleva cerrada una semana. El dueño salió de la ciudad para visitar a su sobrina». Se inclinó más y estudió a Julia mientras preguntaba: «¿Fuiste a ver al señor Heartford?».

A Julia se le calentó la cara. Ella rodó su cuerpo lejos de Allison para que su cara ya no pudiera ser vista. «No. No lo vi». Podía sentir la mirada de su hermana clavándose en su espalda. «Fui a otra librería», añadió.

«Pero sólo hice un pedido de libros en la de Marley, y tú lo sabes», le informó Allison. La almohada hizo un suave crujido cuando Allison volvió a recostar la cabeza sobre ella. «Si te niegas a decirme la verdad, Julia, tendré que contarle a madre lo de tus encuentros secretos con el señor Heartford cerca del granero».

Los músculos de Julia se tensaron y permaneció en silencio durante varios minutos.

«Sé mucho de ti», se burló Allison. «¿Has reanudado tus reuniones secretas? ¿Es ahí donde estabas? ¿Dijo algo que te molestó?»

Un imponente reloj de pie se erguía en el pasillo, frente a su dormitorio. Incluso a través de las puertas cerradas, el sonido de sus mecanismos llenaba el espacio.

«Le aseguro que está mal informada». dijo finalmente Julia. Había intentado mantener una voz uniforme y convincente, pero su ansiedad se había filtrado. «Nunca me reuniría con un

hombre sin un acompañante. Sería muy impropio. Pero si hubiera visto al señor Heartford, estoy segura de que lo único que habría hecho habría sido confirmar como un hecho cada una de las acusaciones que usted hizo contra él. Le concedo que tenía razón. Actúa sin pensar y es un mentiroso».

Allison sacudió a su hermana y le preguntó: «¿Qué dijo?».

«¡Nada!» Julia cerró los ojos y se tapó la nariz con las sábanas. Sabía que su hermana no podía verle la cara, pero no vio razón para arriesgarse. «Ya te he dicho que no le he visto desde nuestro encuentro con él en el parque». Su voz apagada sonaba cansada. «Pero», añadió, dejando caer las mantas para asegurarse de que sus palabras eran claras, »he reconsiderado tu postura al respecto. Estoy de acuerdo en que no es necesario mantener relaciones estrechas con todos nuestros vecinos. Si no te importa el señor Heartford, no te presionaré más para que resuelvas tus diferencias. Imagino que puedes procesar tu dolor por su hermano de la mejor manera que consideres».

«¡No me desagrada el señor Heartford!» protestó Allison.

Esta declaración bastó para provocar una respuesta involuntaria. «¡Ja! Me habías engañado. Os he visto juntos, y fuiste muy elocuente sobre tu desdén hacia él cuando fuimos a casa de los Everly».

Fuera, empezó a caer una suave lluvia. Las gotas que golpeaban las ventanas proporcionaban un golpeteo tranquilizador.

«Estaba agotada y cansada de ser acosada por papá. Aunque desearía que nunca me hubiera pedido que me casara con él, estaba siendo injusta al culparle de su comportamiento». Las sábanas se movieron y tiraron mientras Allison retorcía el borde entre sus manos. «Me convenciste de que él no tuvo la culpa del accidente. Una vez que lo perdoné, reconocí que aunque no es el hombre para mí, no es tan terrible. Hablé con papá antes de irnos. Ahora que he prometido buscar una pareja en serio, papá mantiene sus quejas en voz baja, lo que me ha permitido pensar más racionalmente». Levantó la mano y se mordió las uñas.

«Entonces, ¿estás lista para considerar ofertas?» Su hermana no estaba de humor para dejar caer la conversación, pero Julia esperaba poder desviarla en otra dirección.

«Estoy más preparada de lo que estaba antes de que tuviéramos nuestro tete-a-tete nocturno. Pero realmente no tengo elección. Al parecer, sólo me quedan unos meses antes de que se pierda toda esperanza para mí». Allison soltó la mano de su cara, y aterrizó en la cama con un suave golpe. «Pero no estoy aquí para discutir mi futuro. Todavía no hemos hablado sobre la raíz de tus males».

«Estoy bien». Las palabras sonaron como un gemido. «Si no parezco yo misma, estoy segura de que es sólo el estrés de la temporada. Estoy segura de que se me pasará».

Allison suspiró. «Veo que no vas a admitir que esto tiene algo que ver con el señor Heartford. No te culpo. Yo también te he estado ocultando algo con respecto a él».

Los ojos de Julia se abrieron de par en par y se sintió más alerta. Se volvió y miró a Allison. La cama se sacudió suavemente cuando ella se movió.

«Debería habértelo dicho hace tiempo», continuó Allison. Apartó los ojos del montón de mantas que envolvían a su hermana. «A veces, con el paso del tiempo, resulta más difícil revelar lo que no se ha dicho.

Julia alargó la mano y tomó la de Allison. Allison se volvió; tenía el ceño fruncido. «Creo que guardar mi pequeño secreto puede haberte causado dolor, pero estoy intentando enmendarlo». Se frotó el borde del labio con los dientes.

«¿De qué estás hablando? preguntó Julia, con la atención puesta en Allison.

«Hace años, poco antes del accidente, oí parte de una conversación privada entre Johnathan y Phillip». Allison retiró las manos del agarre de Julia y las secó en las sábanas. «Phillip decía que estaba muy enamorado de ti, pero que estaba angustiado porque creía que nunca podría ganarse tu amor».

Julia negó con la cabeza. «Mírame a mí. Ningún hombre podría amarme. No cuando te ven a ti».

«No sabes lo equivocada que estás». Allison introdujo la mano bajo las sábanas y tomó de nuevo la mano de Julia. «Te pasas la vida comparándote conmigo, sin ver nunca que tú ganas. Eres hermosa, pero eres mucho más. Eres la que él quiere. Eres la que siempre ha querido».

Julia quería poner los ojos en blanco. *¿No hay fin a las cosas que la gente dirá para intentar convencerme de lo que sé que es falso?* «No quiso saber nada de mí después del accidente. Así no se comporta un hombre enamorado».

«Tal vez no normalmente», dijo Allison suavemente. «Pero es como Phillip, que tenía el corazón roto, se comportó».

«¿Por eso rechazaste su propuesta? ¿Porque creías que alguna vez me amó?»

«Yo... bueno, esperaba un encuentro amoroso, y sabía que eso nunca podría suceder con un hombre que nunca ha dejado de amarte...».

Julia soltó la mano de su hermana. «No», ladró. «Él no me ama. ¿Qué clase de hombre te pediría la mano si estuviera enamorado de mí?».

«He visto cómo se le ilumina la cara cuando te mira. Es la única vez que se parece al chico con el que crecimos. Estoy convencida de que buscará tu mano. De hecho, papá también. Es la única razón por la que ha dejado de...».

Julia sintió náuseas al pensar que sus padres esperaban que cambiara su atención. «Él ya lo ha pedido. Sabía que había fracasado contigo y me vio como una presa más fácil».

«Julia, debes saber que no es así. Sé que le has visto hoy. ¿No te habló de sus sentimientos?».

Sentada, Julia negó con la cabeza. «Sólo quiere a una Morgan. Me dijo lo que creía que funcionaría. Y tú sólo quieres a alguien en quien desviar a tu pretendiente no deseado».

«¡Yo no!» gritó Allison.

Julia miró hacia la puerta, temiendo que la voz alzada de Allison pudiera haber llamado la atención.

En voz baja, Allison añadió: «¡Su proposición fue una farsa, Julia! Ni una sola vez me mostró afecto. Su oferta era un acuerdo comercial. Por favor, dime que no te estás dejando cegar por su ridícula e insincera proposición. No es posible que estés tan llena de autocompasión y orgullo como para tirar por la borda toda una vida de felicidad».

Julia volvió a acurrucarse, dando la espalda a su hermana.

«Siempre has sido capaz de saber cuándo mentía», continuó Allison. «Cuando hablaba de sus sentimientos, ¿no veías que estaba siendo sincero?».

Julia la ignoró. El reloj de pedestal sonó y, con un suspiro, Allison se levantó, tomó una vela y cruzó hacia la puerta. Permaneció en silencio, con la mano en el pomo, pensando en algo. «Esta noche voy a dormir en la segunda habitación de invitados. Tienes mucho en que reflexionar».

Una vez cerrada la puerta de la alcoba, Julia se tumbó boca arriba y se quedó mirando el techo. Sabía que esa noche no dormiría.

Capítulo Dieciséis

“Allison?”

Escuchó su nombre pero trató de ignorarlo.

«¡Allison!»

La voz era cada vez más insistente, y ahora estaba siendo sacudida.

Los ojos de Allison se abrieron lo suficiente para ver dos cosas. La voz pertenecía a su hermana, y el sol aún no había salido del todo. Sus pestañas cayeron contra su mejilla.

«Allison.»

«¿Qué?

«Necesito hablar contigo. Despierta».

«¿Qué hora es?» Allison preguntó mientras mantenía obstinadamente los ojos cerrados.

«No estoy segura. No miré, pero justo antes del amanecer, creo», dijo Julia.

«¿Puede esperar esto?» preguntó Allison. Rodó sobre su lado y se arrebujó en las mantas, esperando que pudieran actuar como un muro entre ella y su muy ruidosa hermana.

Julia ignoró la pregunta que le habían hecho, y en su lugar dijo: «He pensado en lo que dijiste... en Phillip... en el señor Heartford. He cometido un terrible error. Lo amo, pero dije cosas tan terribles».

Allison gimió internamente. *¿Puede esperar esto? Pues sí*. Puede. Pero los recuerdos de Julia consolándola desinteresadamente durante años pasaron por su mente. Hizo acopio de una enorme fuerza de voluntad y se incorporó. Tomó a su hermana pequeña en brazos. «No te preocupes. Lo arreglaremos. Hay un restaurante que quería visitar y del que se dice que tiene los mejores pasteles de carne. Iremos allí a comer y pensaremos un plan».

Julia se apartó viendo a su hermana como si hablara en una lengua extranjera. «¿Por qué no podemos hablar de un plan ahora?»

«Porque estuviste despierta toda la noche y necesitas dormir. Y pienso mejor con el estómago lleno». Allison ahogó un bostezo.

Julia frunció el ceño.

Allison la miró con severidad. «Dado que se declara a la primera de cambio, comprendo tu sentido de la urgencia, pero te prometo que unas horas no supondrán ninguna diferencia».

Tras insistirle un poco más, Julia regresó a su habitación. Allison suspiró y se acercó al timbre. Tenía que enviar una nota a la señorita James.



«Disculpe», dijo Julia al hombre con el que acababa de tropezar. Nunca antes había estado en este establecimiento. De hecho, nunca había estado en esta parte de Londres, pero no podía decir que lo lamentara. El comedor no era especialmente pequeño, pero resultaba minúsculo teniendo en cuenta el número de clientes que abarrotaban la sala. Allison se echó hacia atrás y le tendió la mano, que Julia tomó de inmediato. Aunque nunca antes había

navegado, Julia imaginó que caer en el océano debía de sentirse un poco así. Estaba rodeada de un mar de caras, cada una tan desconocida como la siguiente. El movimiento a su alrededor le parecía como si las corrientes intentaran desviarla de su rumbo. La cacofonía de voces, platos y pasos era tan intimidante como el sonido de las olas chocando entre sí en una tormenta. Allison era el faro de luz que la guiaba hacia un lugar seguro y, momentos después, se acomodaron en una pequeña mesa que había en un rincón. Afortunadamente, las paredes permanecían en silencio, por lo que los oídos de Julia sólo estaban bajo asalto en dos frentes.

Allison gritó al otro lado de la mesa. «Teniendo en cuenta la popularidad del local, imagino que el rumor que he oído sobre las tartas es cierto».

«¿No tienen salones privados?». preguntó Julia.

Allison se llevó la mano a la oreja y negó con la cabeza.

Julia repitió, esta vez en voz más alta.

«De momento están llenos, pero llegamos temprano», contestó Allison.

Julia enarcó una ceja. «¿Temprano para qué?», preguntó.

Que el volumen de su voz fuese o no suficiente para que se oyeran sus palabras era irrelevante. Ambas sabían que Allison entendía exactamente lo que se le había preguntado, y la expresión que mostraba sugería que también lamentaba sus propias palabras.

«He escuchado que las multitudes disminuyen rápidamente después de la una», respondió. «Hemos llegado un poco antes de lo que esperaba».

Julia no estaba del todo convencida de que su hermana hubiera sido sincera en su respuesta, pero era demasiado difícil mantener una conversación en ese momento, así que en su lugar escudriñó la sala. Desde la seguridad de su asiento, podía apreciar el atractivo de la multitud. Había más emoción y energía en esta sala que en toda la fiesta de los Everly. La multitud era mucho más variada de lo que ella estaba acostumbrada, compuesta principalmente por comerciantes y sus esposas, con unos pocos individuos por encima y por debajo de su posición.

Como Allison había predicho, la multitud empezó a disminuir. Después de hacer su pedido, Julia levantó la vista y vio al señor James entrando en el establecimiento. Al parecer, Allison también se había fijado en él, pues le hizo señas para que se acercara a su mesa. Julia entornó los ojos.

«¡Señor James!» exclamó Allison. «Qué increíble coincidencia encontrarle aquí. ¿Viene usted aquí con frecuencia?»

«Como está al otro lado de la ciudad, no puedo decir que venga aquí con frecuencia. Pero esta mañana se me ha antojado un pastel de carne. Tengo entendido que los que hacen aquí son legendarios», confió Caleb.

«Sí. Yo también he querido visitarlo desde que tu hermana mencionó este lugar. Por fin pude convencer a alguien para que me acompañara», respondió Allison mirando a Julia. «No hace ni diez minutos, este lugar estaba tan lleno que apenas podíamos oírnos pensar», dijo Allison con una sonrisa. «Aunque ahora está mucho más tranquilo, veo que aún no tienen mesas disponibles. ¿Le gustaría acompañarnos?».

Frunció el ceño y dijo: «En realidad he quedado con un amigo».

«Creo que en nuestra mesa hay sitio para dos más, ¿no te parece, Julia?».

A Julia se le secó la boca. Miró a su hermana, deseando poder darle una patada debajo de la mesa, pero sabiendo que era demasiado tarde. No sólo era totalmente inapropiado invitar a un solo caballero a unirse a ellas, sino que el propósito de aquella salida era discutir un asunto muy importante. Realmente no tenía elección sobre qué decir, así que sonrió y dijo: «Por supuesto».

Llamó a los camareros y añadió algo a su pedido para luego acomodarse en su mesa. Mientras Caleb y Allison charlaban, Julia se preguntó si era posible que Allison estuviera intentando ligar con el señor James. Pero en cuanto Phillip Hartford entró por la puerta, Julia supo exactamente lo que estaba pasando.

«Oh, ahí está», dijo Caleb, mientras le hacía señas a Phillip para que se acercara a su rincón.

Phillip lucía tan torpe e incómodo como Julia, pero tomó asiento con elegancia y saludó como era debido. Incluso antes de que llegaran sus tartas, tanto Caleb como Allison habían encontrado excusas para levantarse de la mesa. Allison había alegado que necesitaba usar el retrete, mientras que Caleb recordó de repente que había olvidado dar al mozo de cuadra algunas instrucciones para el cuidado de su caballo.

Normalmente, Julia se habría escandalizado de que los caballeros montaran sus propios caballos en la ciudad. Pero dado que tal transporte proporcionaba al señor James una excusa razonable para marcharse, comprendió el propósito.

A excepción de su padre, Julia no recordaba la última vez que se había sentado a solas con un hombre en público. Se sentía bastante incómoda y no se atrevía a mirar a Phillip. Sin embargo, tuvo la incómoda sensación de que estaba siendo observada -no escudriñada- por su compañero de cena.

Pasaron unos minutos antes de que los ojos de Julia recorrieran la sala. No encontró ni a Allison ni al señor James. «Bueno, señor Heartford, no puedo asegurarlo, pero a mi juicio el señor James y Allison se han confabulado contra nosotros».

La diversión bailaba en sus ojos. «Habiendo visto a la hermana de la señorita Morgan comportarse de manera similar, no puedo decir que me sorprenda; aunque, yo diría que se han confabulado a *nuestro favor*».

Julia bajó la cabeza. Sus dedos se alzaron y tocaron un crucifijo que colgaba de su cuello. «Allison es en general la más madura y aparente de las hijas Morgan. Me decepciona que haya llegado tan lejos».

Phillip bebió un sorbo de su copa y la dejó en su sitio. «Se lo agradezco. Para ser sincero, no sabía qué pensar de la críptica nota que el señor James me envió esta mañana. Ahora bien, creo que debe de saber lo atormentado que he estado ante la perspectiva de perder su amistad. Creo que está intentando ayudarme».

Julia puso los ojos en blanco. «Si eso es lo que están haciendo, los dos son muy precipitados. ¿Ha pensado siquiera en lo que esto podría hacer a mi reputación? No deberían verme comiendo con un hombre sin una carabina».

«Estás perfectamente a salvo».

«Por supuesto que lo estoy. Estamos rodeados de gente. Pero esa no es la cuestión». Por el rabillo del ojo, Julia vio acercarse al camarero con la comida. Bajó la barbilla para protegerse la cara. Una vez que se hubo ido, continuó. «Que me vean aquí, a solas contigo, dará lugar a especulaciones».

Phillip cogió un tenedor. «Me atrevería a decir que esta es una parte de Londres que ninguno de nosotros frecuenta».

Julia le dirigió una mirada con la esperanza de dejar claro que no veía conveniente señalar lo obvio.

«Quizá estamos en este establecimiento porque no está lleno de nadie con quien sea probable que nos volvamos a encontrar». Dio un mordisco a la tarta, y su mueca sugirió que la reputación de estas tartas no era merecida. Dejó el tenedor y apartó el plato.

Buscó por la habitación y se sintió agradecida al ver que él tenía razón: no conocía a nadie. Al menos conservaba el anonimato.

Carraspeó y se inclinó hacia delante. «No he podido dejar de pensar en nuestro último encuentro y deseo disculparme».

Levantando la mano, Julia respondió: «No es necesario».

«Pero lo es», insistió Phillip. «Al volver a Marymoor, al verte de nuevo, recuerdo lo importante que es tu amistad para mí». Casi tan pronto como la había recuperado...» Apartó la mirada y tomó aire. Murmuró algo, y aunque ella no pudo captar las palabras, parecía estar regañando su propia falta de elegancia. Levantó los ojos y los clavó en los de ella. «La última vez que nos vimos, me sermoneaste por ser tan impulsivo y actuar tan deprisa. En cuanto terminaste, te confesé mis sentimientos. Tenías razón al decir que era un tonto. Por supuesto, te sorprenderías y te escandalizarías. Fui demasiado atrevido...»

Julia, que lo había estado estudiando atentamente, interrumpió. «Somos amigos desde hace mucho tiempo y, por lo tanto, hablaré sin rodeos. Aunque estaba enfadada contigo por haberte rendido tan fácilmente con Allison, no fue la conmoción de tu declaración lo que más me alteró. Creí que tus afirmaciones no eran sinceras y supuse que intentabas manipularme».

«Nunca mentí sobre mis sentimientos, Julia».

Su respuesta fue tan rápida y certera que a Julia le ardieron las mejillas. «Pero soy tan...»

«¿Perfecta?», sugirió. «¿Bonita, divertida, amable, compasiva?».

Julia dio un mordisco a su comida, dispuesta a no llorar.

«Comprendo que mis sentimientos no son correspondidos», continuó. «Y reconozco que hablo de mis sentimientos con demasiada franqueza. Pero son auténticos, te lo aseguro». Sus ojos le suplicaron. «Pero, por favor, no temas que vuelva a exponerlos. Si lo único que me ofreces es amistad, lo aceptaré encantada.

Julia dejó el tenedor y bebió un trago de té. «No creo que nos dijeran la verdad sobre las tartas legendarias», dijo. Después de terminar todo el té que quedaba en la tetera, añadió: «Es curioso. Siempre he sido capaz de darme cuenta cuando dices una mentira, pero no puedo detectar ningún signo de engaño».

«Porque no estoy siendo engañosa».

«Pero volviste a por Allison». Se le llenaron los ojos de lágrimas y parpadeó. «¿Por qué hiciste eso si realmente me amabas?»

Phillip sacudió la cabeza con un suspiro. «Está claro que, incluso ahora, no puedo esperar ganarme tu amor. Pero necesito que formes parte de mi vida, Julia. Estaba siendo codicioso. Pensé que al menos podría tenerte como hermana. Pero eso fue injusto para Allison y ella vio a través de mí. Por favor, dime que aún me tendrás como amiga».

«¿De verdad volviste por mí?» Su voz era débil, pero contenía una pizca de esperanza.

«Sí», dijo él. «Al principio me negaba a admitirlo, pero sí. Siempre has sido tú».

Una de las lágrimas que había estado conteniendo se soltó y rodó por su mejilla. «Lo siento, señor Heartford. No creo que pueda aceptarle como amigo».

Su rostro se volvió ceniciento. Sus hombros se desplomaron hacia delante y tenía la expresión de un hombre cabizbajo.

«Hacerlo sería injusto para su futura esposa», dijo Julia. «Sería incapaz de mirarla sin sentir un gran resentimiento y envidia».

Phillip levantó la barbilla y la miró. La confusión, mezclada con optimismo, jugaba en sus facciones.

«Verás, mi corazón también fue reclamado hace mucho tiempo», añadió. «Pero a

diferencia de ti, yo nunca lo he negado». Soltó un largo suspiro tembloroso. Se le escaparon más lágrimas. «Cuando estuviste a punto de morir, creí que una parte de mí se había perdido. Cuando te fuiste, intenté olvidarte, seguir adelante, pero no pude. Nunca pude creer que sintieras lo mismo por mí, pero ahora...»

Su expresión se volvió esperanzada. «Oh, Julia, te amo. ¿Estás diciendo que tú...?»

Julia terminó su frase. «Digo que hay una pregunta diferente que debería hacerme, señor Heartford».

«¿Me atrevo a esperar que acepte mi mano?»

«No si no me lo pides, Phillip».

Se levantó y se arrodilló. Varios de los clientes del establecimiento se giraron y se quedaron mirando. «No te lo pediré, pero te lo rogaré», dijo él agarrándole la mano.

«Levántate», siseó Julia. La vergüenza corría por sus venas.

«No. Dijiste que sería más difícil para una chica rechazar una oferta si las intenciones del caballero eran de dominio público», explicó. Su mano rodeó la de ella y la sujetó con firmeza.

«No debes preocuparte por eso... ¡ahora, levántate!», exigió ella.

«El Hada Aprendiz nunca toleraría semejante insolencia», le susurró él.

Julia parecía aterrada. «¿No te importa lo que pase con mi reputación?», preguntó mientras intentaba sacar la mano.

«Sí», respondió él. «Tu reputación es lo más importante para mí, por eso estoy aquí, de rodillas. Imagino que esta exhibición llamará la atención cuando, de otro modo, podrías haber evitado que te descubrieran. Eso puede significar que, para salvar tu reputación, tendrás que aceptar mi oferta».

«¿Estás tratando de chantajearme?»

«En este momento, estoy abierto a cualquier opción que funcione», dijo.

Julia se llevó un puño a la boca intentando reprimir una carcajada. «Me casaré contigo», susurró, “si te levantas”.

Phillip se levantó de un salto, y con voz fuerte y clara dijo: «Señorita Julia Morgan, he esperado toda mi vida para ganar su mano y usted me ha hecho el hombre más feliz del mundo al aceptar ser mi esposa». Todos los demás clientes no sólo los miraban fijamente, sino que se habían quedado en completo silencio. Por esta razón, pudieron oírle decir, en voz mucho más baja: «Si tú eres el premio, estoy incluso dispuesto a venir aquí, comer tartas terribles y hacer un espectáculo público de mí mismo.»

«Estás pensando en O'Malley», gritó alguien de la multitud. «Este lugar es conocido por su asado».

Phillip se rió. «Entonces me gustaría pedir asado para todos», dijo.

Algunos de los clientes vitorearon y se rompió el silencio. Phillip volvió a sentarse y juntó la otra mano de Julia con la suya. «¿No has cambiado de opinión?», preguntó.

«¿En los últimos dos minutos? No, todavía no», bromeó ella.

«¿Todavía no? Phillip se aflojó la corbata. «En ese caso, cuando le lleve el contrato a tu padre, le pediré un breve noviazgo», dijo.

«Entonces, ¿ya le has pedido permiso?».

«Por supuesto. De hecho, fue él quien pensó que, en público, la vergüenza podría acallar tu mente y dejar hablar a tu corazón.»

«¿Él autorizó esto?», preguntó ella.

«Sólo porque sabe que somos el uno para el otro, mi amor».

Capítulo Diecisiete

Caleb James cruzó el campo a grandes zancadas. Había visto a los señores Heartford y no iba a permitir que se marcharan de la fiesta de este año sin saludarlos. Subió las escaleras de la terraza y vio a Phillip sosteniendo un parfait en una mano y acercando una cuchara a la boca de su esposa con la otra.

«¿Practicando?» preguntó Caleb. «Tengo entendido que si haces girar la cuchara y zumbas como una abeja, es más probable que ella abra la boca».

Miró el abdomen de la señora Heartford. Pasarían meses antes de que Julia Heartford entrara en su encierro, pero Phillip había compartido la noticia con sus amigos más íntimos.

«Si el bebé es un participante menos dispuesto, tendré que probar tu técnica», replicó Phillip.

Julia se apartó obstinadamente de la cuchara. «¿Estás sugiriendo, Phillip, que coma con excesiva libertad?».

«Claro que no, querida. Es sólo que ahora que comes por dos, no puedo permitir que te saltes comidas. Siendo la madre perfecta, entiendes esta necesidad».

Julia abrió la boca y tragó el bocado que le habían ofrecido. «Tengo una afición muy particular por estos parfait», dijo, intercambiando una mirada cariñosa con su marido.

Phillip devolvió la cuchara al plato vacío. Se apartó, llevando estos objetos a una mesa cercana que contenía una colección de platos sucios.

«Bueno, señora Heartford, ¿está disfrutando de la vida en Marymoor?»

«Más de lo que se imagina, señor James. Tengo la bendición de que Marymoor esté situada tan cerca de la casa de mis padres». Julia dio unos pasos hacia delante y se apoyó en la barandilla. «La vista desde aquí es sencillamente encantadora», dijo mientras contemplaba los jardines de abajo.

Phillip se acercó por detrás y le puso la mano en la espalda. Ella le dedicó una sonrisa que le derritió el corazón.

Volviéndose hacia Caleb, le preguntó-: No he podido localizar a mi hermana. ¿La ha visto, señor James?».

Él levantó la mano y se frotó la barbilla. «Ahora que lo pienso, no. Y es bastante curioso, ya que sentí como si hubiera recorrido los terrenos dos veces buscándolos a ustedes dos». Caleb miró a Phillip y dijo: «Empezaba a preguntarme si simplemente harías otra de tus apariciones fantasmales».

«Aunque me conformaría con quedarme con mi esposa, sin abandonar nunca las comodidades de Marymoor, Julia no lo permitiría».

Julia levantó el borde de la boca. «Nunca alcanzarías tus objetivos políticos adhiriéndote a un plan así».

Se acercó y pellizcó la mejilla de su esposa. «Puede que ese fuera tu razonamiento inicial para asistir a estos actos, pero a mí no me engañas. Ha conquistado los corazones de todo Londres, y asiste a estas funciones porque son las únicas veces que estoy dispuesto a compartirla con sus numerosos devotos.»

Caleb se aclaró la garganta.

«Le pido disculpas señor James. Me imagino que encuentra irritante nuestro afecto».

«Ni mucho menos», respondió Caleb mientras sacudía la cabeza. «Cuando tenga la suerte de encontrar esposa, espero que ella y yo seamos tan felizmente felices como lo parecéis

vosotros dos. Sin embargo, tenía un segundo motivo para buscaros. Me preguntaba si alguno de ustedes ha visto a Fitz».

«¿Han revisado el invernadero?» Phillip preguntó.

«Tienes razón. He recorrido los terrenos buscándole, pero de alguna manera olvidé mirar en ese rincón».

«Entiendo», dijo Phillip.

«Nunca entenderé tu aversión por las plantas», le dijo Julia a su marido.

«Y yo nunca entenderé cómo pensabas que yo podía preferir a tu hermana», replicó él.

Todos rieron entre dientes y Caleb se despidió de ellos.

Julia se volvió hacia su marido. «Estar aquí de nuevo me recuerda una pregunta que tenía».

«¿Debería convertirla en un juego y negarme a contestar hasta que hagas lo que te ordeno?».

Ella le sonrió y negó con la cabeza. «Me dijiste que habías venido a Kent por Allison. Pero ella había estado asistiendo a la temporada de Londres antes de la fiesta de los Everly. ¿Por qué no te acercaste a ella allí?»

Phillip puso las manos alrededor de la cintura de su esposa y la miró a los ojos. «Tú conoces la respuesta a esa pregunta».

«Pero nunca me canso de oírla». Sonrió con coquetería.

Phillip suspiró y la miró como a un niño demasiado mimado. «No podía admitirlo en aquel momento, pero volví por ti».

Una sonrisa de satisfacción adornó su rostro. «¿Porque echabas de menos a tu hermana pequeña?»

«No», Phillip se inclinó hacia su mujer y le susurró: «Quizá porque echaba de menos al tío Edward que, te alegrará saber, está a punto de llegar».

Los ojos de Julia se abrieron de par en par y se agitaron como si fuera un ratón buscando una escapatoria.

Phillip se rió.

«¿Te complace mi situación, Phillip?», preguntó ella, su pánico evidente en su tono.

«No es tan malo, querida».

El tío Edward estaba bastante lejos, pero se dio cuenta y saludó frenéticamente. Corrió hacia ellos tan rápido como le permitía su corpulento cuerpo. Cuando se reunió con ellos, estaba rojo como una rosa y sin aliento. «Julia», resopló, “tienes que venir, rápido”. Se dobló sobre sí mismo y respiró varias veces seguidas.

«Si está ofreciendo visitas guiadas al lugar donde salvó heroicamente una vida, el señor James aún no ha tenido el privilegio...».

«No», interrumpió Edward, agitando la mano. Su color había empezado a volver a un tono normal y su respiración estaba más regulada, pero aún le costaba hablar. «Es Allison», balbuceó.

Un escalofrío recorrió la espalda de Julia. «¿Está herida?»

Edward negó con la cabeza. Se levantó, se secó la frente con un pañuelo y dijo: «Se ha comprometido».

Aunque la historia de Julia y Phillip ha llegado a feliz término, su hermana Allison sigue buscando el amor. Haga clic aquí para leer su historia, o consulte el primer capítulo de su historia en la página siguiente.

Extracto de El Duque y La Doncella

Libro 2

Capítulo 1

Allison Morgan cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás. Decenas de conversaciones en voz baja bailaban en el aire, salpicadas de risitas o carcajadas. Si escuchaba atentamente, podía percibir el suave zumbido de las abejas que recolectaban néctar en los arbustos cercanos y el crujido de los zapatos sobre la grava del camino.

La brisa que soplaba entre los árboles dejaba pasar la luz del sol a través de sus párpados. De vez en cuando, una ráfaga de viento era lo suficientemente fuerte como para apartar la cortina de ramas, permitiendo que rayos de luz se unieran a la fiesta.

Sí, la fiesta en la mansión Brighton volvió a ser un éxito perfecto. Los prestigiosos invitados iban bien ataviados y la comida era deliciosa, pero de algún modo, el evento de este año era diferente.

Una sombra persistente alertó a Allison de que había alguien a su lado. Cuando abrió los ojos, se posaron en la señorita Trimble.

La mujer mayor frunció el ceño. «¿Se encuentra bien, señorita Morgan?», preguntó. Le tendió la mano. Llevaba un guante sucio, tan desgastado que debería estar jubilado.

Con esfuerzo, Allison se abstuvo de apartar la mano.

«¿Por qué no me permite que le traiga algo de comer?» preguntó la señorita Trimble, señalando una de las muchas mesas rebosantes de postres. «Una de las mejores cosas de estar en el estante es que ya no tenemos que preocuparnos por nuestras figuras».

Si esto se hubiese dicho para levantar el ánimo de Allison, había fracasado estrepitosamente. «Estaré perfectamente. Creo que simplemente estoy inquieta. ¿Me disculpa?»

La señorita Trimble asintió y Allison abandonó la sombra que le proporcionaba el grupo de robles. Últimamente se daba cuenta de que prefería la compañía de las plantas. Nunca hablaban ni la miraban con lástima. Cuando había decidido aceptar una vida de soledad, no había comprendido cuánta humillación la acompañaría. Sin embargo, la vergüenza era un pequeño precio a pagar por la autoprotección.



El camino que conducía al invernadero estaba bordeado de arbustos perfectamente recortados en un largo y frondoso muro verde. Mientras Allison caminaba por el sendero, su mano recorría las puntas de las pequeñas hojas. No había recorrido más que unos metros cuando algo le rozó el cuello. Levantó la mano y vio que le faltaba la cadenita de oro que sujetaba su cruz. Volvió sobre sus pasos, mirando al suelo. Pronto vio el oro brillar bajo la claridad. Agarrando el amarillo narciso de su vestido de fiesta favorito, se agachó para recoger su collar.

«¿Has visto a la señorita Morgan cerca de la señorita Trimble? Una voz sarcástica se filtró desde el otro lado de los cuidados setos.

«Sí. ¿No es triste? Si yo fuera ella, no me acercaría demasiado. No querría que la consideraran una solterona por asociación».

Allison tomó aliento. Podía temer que los demás pensaran así de ella, pero escucharlo confirmado era mucho peor.

«Me hizo preguntarme si aún no ha encontrado pareja, ¿cómo me las arreglaré?»

«La señorita Morgan puede ser bonita, Gertrude, pero he oído que su corazón es frío como la piedra. Es incapaz de sentir calor, y mucho menos amor».

«No sé cómo fingir estar enamorada. ¿Debo actuar así para provocar una oferta?» La ansiedad en la voz de Gertrude era clara.

«No. Sólo asegúrate de ser al menos amistosa. Si necesitas que te recuerden cómo no debes comportarte, pasa algún tiempo con la señorita Morgan».

Allison esperó a que las risas y los pasos se desvanecieran. Se levantó de su posición agachada y se secó una lágrima de la mejilla antes de volver a ponerse la joya en el cuello. Abrió el retículo, encontró un pañuelo y se sonó la nariz. *Si mi corazón se parece a la piedra, entonces lo he protegido con éxito*. No me importa lo que digan. Estoy más segura sola.

Aceleró el paso. Sabía que estar rodeada de plantas le aliviaría el corazón, y necesitaba ese refugio ahora más que nunca.



La puerta del invernadero se abrió y la cabeza de Fitz Atherton empezó a latir con fuerza. Permaneció sentado, dobló y luego dejó sus periódicos. Miró hacia las puertas y allí, deslizándose hacia él, estaba Caleb James. «¿Cómo me has encontrado?», espetó.

«Bueno, hola a ti también, Fitz», respondió Caleb. Se reunió con su amigo en la pequeña mesa de té. «Veo que estás de buen humor. Ya que has elegido quedarte en los terrenos de la mansión Brighton este año, supongo que estás disfrutando de la fiesta en el jardín».

Fitz levantó sus materiales de lectura, los desplegó con una fuerte, aunque no vigorosa sacudida, y respondió, «No tuve elección. Mi padre prohibió a los cocheros que me llevaran a ninguna parte sin él a mi lado». Ojeó la página izquierda del periódico y, al no encontrar nada de interés, preguntó: «Nunca me dijiste cómo me encontraste».

«Phillip en realidad. Me siento como si hoy hubiera encontrado dos unicornios. Es bastante extraordinario que ambos se queden durante la parte social del fin de semana». Caleb empezó a tamborilear con los dedos sobre la mesa, haciendo que Fitz soltara la esquina de su periódico y le dirigiera una mirada severa.

«Deja de hacer eso. Estás provocando vibraciones».

«Sí, estoy al tanto», respondió Caleb. No dejó de tamborilear, sino que empezó a golpear la mesa con la otra mano. El efecto fue un patrón rítmico que no era del todo desagradable.

«¿Estás intentando ser extra molesto, o simplemente he estado tanto tiempo lejos de ti que he olvidado tu detestable estado normal?». Volvió a doblar el papel y lo dejó a un lado. «Debería haber sabido que Phillip te enviaría a mí».

«¿Porque es un hombre generoso, dispuesto a compartirme con el mundo?».

Fitz descruzó las piernas y se apoyó en la mesa. «No. Lleva mucho tiempo queriendo vengarse de mí porque te dije dónde esconde la llave del cajón que guarda sus mejores puros».

«Ah. Sí que tiene un gusto excelente». Caleb aquietó las manos. Se reclinó, echando un brazo sobre el respaldo de la silla y dejando que las piernas quedaran estiradas frente a él. Parecía un muñeco de trapo que se hubiera dejado caer en la silla. «Bueno, ahora que tengo tu atención ¿Desde cuándo te parezco tan desagradable?».

Fitz miró a su amigo con suspicacia. «¿No estás aquí para arrastrarme de vuelta con mi padre, para que pueda conocer a otra encantadora y talentosa dama?»

«No lo soy, pero», dijo, alargando la mano y cogiendo un terrón de azúcar del cuenco que había sobre la mesa, "¿tu aversión es al encanto o al talento?".

«A la monotonía. Todos son iguales». Fitz cogió su taza de té y bebió un sorbo. La devolvió

a su platillo y dijo: «Sólo les interesa robarme mi libertad».

«No creo que las mujeres tengan la culpa. Tu padre parece ser el más empecinado en que te cases». Caleb se introdujo el azúcar en la boca. «¿Crees que podrás ignorarlo indefinidamente?».

«Bueno, dado que su salud ya no es lo que era, indefinidamente podría ser menos tiempo del que imaginas». Fitz levantó una galleta Príncipe de Gales del plato y le dio un mordisco. «Así que sí, creo que puedo esperarle. Sólo tengo que seguir siendo sutil en mis esfuerzos para asegurarme de que me rechazan. Al menos de los prospectos que conozca. Es mucho menos esfuerzo librarme de esas mujeres que intentan un asalto directo sin que él lo sepa.»

« Son momentos como estos los que me recuerdan mi buena suerte de no haber nacido de un padre con título». Caleb se incorporó. «Por cierto, ¿qué pasó con Brown?»

«¿Quién?» Las cejas de Fitz se apretaron en señal de confusión.

«Brown. ¿El soltero de repuesto? ¿No es el que llevas en el bolsillo para echarlo como sacrificio estos días?». Caleb sacó una galleta de la bandeja y trató de hacerla girar como se haría con una peonza de juguete. Debía de faltarle simetría, porque se tambaleó y se cayó, casi al instante.

Comprendiendo, Fitz levantó la barbilla. «Ah, él. Anunció su compromiso la semana pasada. Está muerto para mí». Su tono dejaba claro que sus palabras no eran en broma.

Caleb sonrió. «Supongo que no se casó con la dama que te perseguía».

«No lo hizo. Y, para empeorar las cosas, ese mismo buitre está hoy aquí. Me persigue con saña».

Asintiendo lentamente, Caleb preguntó: «¿Cuál es ella? Cambian con tanta frecuencia...»

«No. Por supuesto. No se puede esperar que las recuerdes todas cuando yo apenas puedo hacerlo». Bebió otro sorbo. «Era la señorita Allen. Hablaba con el tipo que me presentaste, DeVoss».

«¿Evan DeVoss?» Caleb abrió mucho los ojos. «Si estaba hablando con él no tienes por qué preocuparte. Sus afectos ya deberían haber cambiado. Ese hombre es tan encantador como...»

«¿Es largo el día?» Fitz ofreció.

«Ah. Muy bien. Shakespeare. Pero no. Iba a decir como yo».

Fitz puso los ojos en blanco.

«Vamos, debes admitir que poseo algunas virtudes».

«Sí, pero el encanto no es una virtud. Preferiría la honestidad cualquier día».

«Entonces no te interesaría DeVoss». Caleb se echó un mechón de pelo hacia atrás. «Tiene mucho encanto, pero es un tramposo. En realidad, durante esa incómoda época en la que no sabía cómo demostrar al mundo mis muchos atributos y mi simpatía, él fue mi mentor. Le estoy agradecido por su ayuda. Sin embargo, no puedo reclamarlo como un amigo. Pero puedes considerar resuelto tu problema con la señorita Allen».

Fitz asintió con la cabeza. «Bueno, me alegra oírlo. La señorita Allen es muy persistente».

Fitz introdujo la mano en el bolsillo y sacó su reloj. Un vistazo le confirmó que tenía al menos otra hora antes de que su padre estuviera preparado para abandonar la fiesta.

«¿No has encontrado un sustituto?» preguntó Caleb.

Esto sacó a Fitz de sus pensamientos. «¿Qué?»

«Para el señor Brown».

«Oh. Sí, lo he hecho. Pero anoche tuvo fiebre. Me avisó a primera hora de la mañana. Por eso debo refugiarme aquí. Agradezco la ayuda de DeVoss con la señorita Allen, pero sin alguna protección, no se me ocurriría exponerme en este ambiente.» Fitz dio otro sorbo a su té.

Caleb asintió. «Bueno, el motivo por el que he venido a buscarte es que hay un joven que

pregunta por ti. Tal vez podrías pedirle ayuda para defenderse de la multitud de doncellas dispuestas a casarse contigo por dinero y títulos». Una ceja levantada de Fitz pareció hacer que Caleb divulgara más. «No estoy seguro de su propósito, pero se hace llamar Alsworth».

Fitz se quedó boquiabierto. Por un momento, pensó que había oído mal. «¿Alsworth consiguió una invitación para la fiesta de tu tía? Eso es espantoso».

«No fue invitado directamente», explicó Caleb. Se tiró de los puños de la camisa hasta que medio centímetro de cada manga asomó por encima de la chaqueta. «Vino como invitado de uno de los amigos de mi tío, el señor Walkon. Walkon es un poco tonto y no siempre muestra buen juicio al seleccionar a aquellos con quienes se asocia. Como nunca había oído hablar de ese tal Alsworth, pensé que debía averiguar si es amigo o enemigo tuyo para poder dirigirlo hacia ti o alejarlo de ti.»

«¿Y qué dirección se aplica a cada uno?» preguntó Fitz. Caleb le lanzó una mirada y Fitz continuó. «En realidad, el hombre no es ni lo uno ni lo otro. Me debe dinero. Más de lo que puede pagar. Imagino que espera llegar a un acuerdo».

«Entonces, ¿quieres que te encuentre?».

Fitz hizo una pausa, considerando la pregunta. «No particularmente», dijo al fin. «Pero el hombre es un poco comadreja y tiene unos modales detestables. Probablemente sea mejor que lo vea aquí, lejos de cualquier persona importante. Preferiría que no me vieran con él, y uno nunca sabe si tendrá un arrebato».

Caleb se puso en pie. «Muy bien. Te lo enviaré».

Caleb casi había llegado a la puerta cuando Fitz gritó: «Si regresas a la fiesta, ¿podrías hacer que me envíen también un poco de té? Se me está acabando».

Con una sonrisa ladeada, Caleb hizo una dramática reverencia. «Por supuesto, mi señor. No soy más que su humilde servidor».

Una vez que Caleb se hubo ido, Fitz se quedó mirando la galleta que su amigo había intentado hacer girar. Debería haberle pedido que enviara una de repuesto. La recogió, la puso en el plato y apartó éste. Tras recuperar sus papeles, los hojeó hasta encontrar un artículo de interés. Rápidamente, se enfrascó en su lectura y perdió la noción del tiempo. No fue hasta que la puerta de la habitación se abrió y el sonido de las pisadas llegó a sus oídos, cuando se dio cuenta de que ya no estaba solo. Sabiendo que eran los pasos de una mujer, razonó que debía de ser la criada.

«Puede dejarla aquí», le dijo sin soltar el periódico.

«Oh, le pido disculpas, señor. No tenía ni idea de que hubiera alguien aquí».

¿De qué demonios podía estar hablando? ¿Por qué iba a traer té a un invernadero vacío?

Fitz inclinó la esquina de su periódico y miró en la dirección de la voz. Para su sorpresa, allí estaba una mujer que, con toda seguridad, no era una criada. Tardó un momento en ordenar sus pensamientos. ¿Por qué una mujer bien educada dejaría a un grupo solo en las entrañas de la mansión Brighton? De repente, la respuesta se hizo muy clara.

«Señorita, si su objetivo es tratar de atraparme, debe ser más inteligente que eso».

Ella sacó la mandíbula y la ira brilló en sus ojos. «¿Cómo dice?»

«Le digo que aquí no encontrará marido. Así que dese prisa en volver a la fiesta donde puede que tenga más suerte».

«¡Qué!» La cara de Allison se puso roja. «No me casaría con usted ni aunque todos los demás hombres de la tierra cayeran muertos. Usted, señor, no es un caballero».

«Y no he afirmado lo contrario. Ahora váyase».

Sus ojos parpadearon hacia la puerta.

Fitz estaba satisfecho. Ella se iría ahora.

Pero entonces se cruzó de brazos y levantó la barbilla. «No creo que lo haga», declaró, mirándole por debajo de la nariz.

Fitz la fulminó con la mirada. « Comprende el daño que podría hacerse a su reputación si la descubrieran aquí, sola con un caballero soltero, ¿verdad?»

«Creía que usted pretendía no ser un caballero».

«Cierto. Razón de más para huir».

Volvió a mirar nerviosa hacia la puerta.

Prácticamente podía sentir su ansiedad. Estaba a punto de convencerla. Sólo tenía que dejar muy claro que, aunque no se conocieran, la conocía. Había conocido a docenas de chicas exactamente como ella, y por muy buena que fuera, no podía dejarse engañar. «Veo que quieres hacer lo correcto. Ahora, no veas la retirada como un fracaso. Hiciste lo que pudiste. Considera esta práctica para alguien un poco menos experimentado. Yo, por desgracia, conozco tu tipo demasiado bien, me temo. »

Su cabeza volvió a su sitio. «¿Mi tipo?» Sus ojos se entrecerraron en él «¿Qué exactamente quiere decir con mi tipo?»

«Oh, la bella doncella que sueña con la riqueza y empezó su primera temporada con la esperanza de casarse con el soltero más codiciado». Se levantó y dio unos pasos hacia delante para verla mejor. Se permitió evaluarla. Sus ojos la recorrieron con atención. «Estoy seguro de que casi lo logras. Pero los padres del caballero intervinieron para salvarlo. Sin su príncipe, había una fila de ofertas en su puerta, pero ninguna era lo suficientemente digna». Comenzó a rodearla. Ella era hermosa. Eso se lo reconocería. «Cuando volviste la temporada siguiente, seguías teniendo pretendientes, pero en realidad eran inferiores a la última hornada. Supusiste que era sólo la cosecha de ese año, sin sospechar que circulaban rumores sobre ti». Mientras seguía moviéndose a su alrededor, se acercó más a ella. Se daba cuenta de que la estaba poniendo nerviosa, y eso era lo que quería. Si ella le temía, se iría. «Ahora, con el tiempo, te has vuelto más desesperada. Aún no estás dispuesta a aceptar a uno de esos don nadie, pero el hijo de un duque te merece la pena, aunque venga con un poco de mala fama».

Allison se quedó con la boca abierta, incrédula, y sus ojos se agrandaron. Dio dos pasos más hacia ella y ahora estaba tan cerca que podía sentir su respiración entrecortada. Se observaban el uno al otro, sintiéndose cada uno como una presa pero intentando intimidarse. El sonido de la puerta al abrirse sobresaltó a Fitz. Cuando se volvió hacia la entrada, allí estaba Alsworth. Fitz supo que estaba en apuros.

Haga clic aquí para Leer Más

Notas de la Autora

Gracias por leer Casarse con una Morgan. Empecé a escribir historias con los adorados personajes de Orgullo y prejuicio de Jane Austen bajo el nombre de Cinnamon Worth. Tuve mucha suerte de tropezar con un género que homenajea a una mujer tan brillante. Me encantan los libros que toman prestados a algunos de los héroes y heroínas favoritos de la historia. Permiten a los lectores, como yo, pasar más tiempo con personajes ficticios con los que ya nos hemos encariñado. Pero, después de escribir algunas historias de este tipo, quise ver si podía crear mis propios personajes.

Esta serie es mi primer intento de escribir utilizando un mundo y unos personajes creados por mí. Esto hace que esta serie sea un poco especial para mí. Hay elementos de gente que conozco, y de mí misma, en varios de los personajes. En cierto modo, es gratificante escribir personajes sabiendo que los lectores no tienen ideas preconcebidas sobre cómo podrían actuar o comportarse, pero en otro sentido, es aterrador no saber cómo serán recibidos. Supongo que me contentaré con saber que me gusta este pequeño grupo de personas.

Por otra parte, como escritora de ficción histórica, leo bastante sobre la vida y las costumbres de quienes vivieron durante la época de la Regencia y en torno a ella. Trato de ser históricamente exacta. Sin embargo, creo que la naturaleza humana lleva a muchas personas a romper las reglas sociales una o dos veces en su vida, incluso en aquellas sociedades en las que dichas reglas se consideran sumamente importantes. A veces incluso permito que mis personajes hagan algo que no se solía hacer en esa época. Por ejemplo, puedo imaginar a un personaje masculino paseando solo por su finca en 1810, quitándose el abrigo en un día sofocante, aunque tal acción no se considerara apropiada según las normas de la sociedad. No creo que incluir tal acción en una escena haga que la historia sea históricamente inexacta, pero usted está en su derecho de discrepar. Dicho esto, estoy segura de que aún me queda mucho por aprender sobre el periodo comprendido entre 1790 y 1880, y de vez en cuando cometo errores. Si no está satisfecho con éste o cualquiera de mis otros relatos porque los considera históricamente inexactos, le pido mis más sinceras disculpas.

También debo dedicar un minuto a agradecer a algunas personas que me ayudaron a pulir esta historia y me animaron a seguir escribiendo incluso cuando dudaba de mí misma. Probablemente esta lista no sea exhaustiva, pero imagínense la música que suena durante la entrega de los premios de la Academia y el telón que se abre sobre el escenario... Gracias, Gianna Thomas, Patricia Holmes, Kay Springsteen, Cheryl Kepler, Meggan Boren, Sandie James, Renee Quinn Yancy y Melissa Williams-Pope. Gracias a Shaela Kay por diseñar la portada. Y muchísimas gracias a mis lectores por sus encantadores comentarios, críticas y ánimos. Bill... ¿ mencioné a mi marido Bill?

Acerca de la Autora

C.T. Worth es natural de San Diego y la menor de diez hermanos. Cuando era pequeña, escuchaba las historias de travesuras y escapadas de sus hermanos. Aunque no compartía la osada búsqueda de aventuras de sus hermanos mayores, descubrió que su imaginación le ofrecía toda la emoción que ansiaba desde la seguridad de su habitación.

Descubrió su pasión por la lectura a una temprana edad y creía firmemente que un buen libro debía esforzarse por hacer que el lector se sintiera animado. Más tarde se sorprendió al descubrir que casi todos los profesores de inglés con los que estudió no estaban de acuerdo con esta filosofía. Tras incontables horas leyendo novelas que incluían tragedias, melodramas y modernismo, acabó convenciéndose de que un buen libro no requiere un final feliz. Sin embargo, defiende firmemente que sí lo haya.

En la universidad conoció a su príncipe azul, al que abandonó rápidamente para estudiar en el extranjero, en la hermosa campiña inglesa. Afortunadamente, su príncipe fue un hombre paciente que esperó su regreso, y desde entonces ha pasado casi 25 años enseñándole el significado del amor, mostrándole el mundo, ayudándola a criar dos hijos maravillosos y animándola a perseguir sus sueños.

Disfrutó de una larga carrera en el sector financiero público, pero en 2014 se alegró de dejar atrás el mundo corporativo para centrar sus esfuerzos en ser ama de casa. Este cambio le dio más tiempo para explorar nuevos intereses y aficiones, como viajar, decorar pasteles, hacer manualidades y reformar su casa. Para su sorpresa, descubrió, casi por casualidad, que también le encantaba escribir.

Con la esperanza de animar a sus propios hijos a abrazar la lectura, empezó a escribir historias que se adaptaran a sus preferencias. Se centró en tramas protagonizadas por personajes populares de manga y anime. A pesar de que sus hijos le decían que sus historias eran «buenas, pero tenían demasiadas palabras», encontró un público para sus obras tras publicarlas en Internet. Pronto decidió centrarse en escribir historias basadas en algunos de sus personajes favoritos. Sus cinco primeras novelas se han centrado en los personajes del adorado libro de Jane Austin Orgullo y prejuicio. La serie Caminos del Romance es la primera vez que escribe con personajes creados por ella. Esta serie, como todas sus obras publicadas, se centra en romances formados durante la época de la Regencia y se basa en conexiones más emocionales que físicas para mostrar la progresión de las relaciones.

Todas sus obras publicadas se encuentran en Amazon.com